TESSA COOPER

EL HOTEL DE LA DISCORDIA



El hotel de la discordia

Tessa Cooper

© de la obra: Tessa Cooper

1.ª edición: 2026

Diseño de cubierta: María Latorre

Corrección: Érika Gael

N.º de registro CEDRO:uGnfjvYF-2026-03-18T18:00:54.672

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Índice

Nota de autora

PRÓLOGO

Viernes, 8 de abril

11:00 En el cementerio – Tres Naranjos

11:40 En el piso de Lola – Tres Naranjos

12:30 En el bar de Rafa – Tres Naranjos

Grupo «Más muertos que vivos»

Un lunes de septiembre de unos años atrás

12:45 En un lugar indeterminado camino a El Burgo de Osma

13:52 En el Hotel Cuerpo y Mente – El Burgo de Osma

14:15 En la recepción del hotel – El Burgo de Osma

14:22 En casa de Nora y Zeta – Tres Naranjos

Un miércoles de octubre de unos años atrás

16:45 En el *spa* – Hotel Cuerpo y Mente

16:58 En la recepción – Hotel Cuerpo y Mente

17:05 En la habitación 108

Grupo «Más muertos que vivos»

18:15 En la azotea del edificio – Hotel Cuerpo y Mente

19:15 En una cabina de masajes – Hotel Cuerpo y Mente

20:15 En el *spa* – Hotel Cuerpo y Mente

Grupo «Más muertos que vivos»

21:45 En el restaurante – Hotel Cuerpo y Mente

23:05 En la habitación 108

Un viernes de noviembre de unos años atrás

Sábado, 9 de abril

10:15 En la piscina cubierta – Hotel Cuerpo y Mente

Grupo «Más muertos que vivos»

Un viernes de enero de unos años atrás

15:40 En el área de mantenimiento – Hotel Cuerpo y Mente
17:22 En la recepción – Hotel Cuerpo y Mente
Grupo «Más muertos que vivos»
18:45 En la habitación 108
21:22 En el restaurante – Hotel Cuerpo y Mente
23:15 En la habitación 108
Un viernes de enero de unos años atrás
Domingo, 10 de abril
00:05 En la habitación 108
00:22 En la habitación 108
01:42 En la habitación 108
02:50 En la habitación 108
03:37 En la habitación 108
04:36 En la habitación 108
Grupo «Más muertos que vivos»
10:35 En el aparcamiento – Hotel Cuerpo y Mente
12:55 En el piso de Lola – Tres Naranjos
16:00 En El Local – Tres Naranjos
Grupo «Más muertos que vivos»
17:33 En El Local – Tres Naranjos
Lunes, 11 de abril
09:30 En el Mala Vida - Tres Naranjos
11:52 En un parque de bomberos - Madrid
12:08 En un parque de bomberos - Madrid
12:12 En un parque de bomberos - Madrid
Epílogo
Inicio UN ERROR CON PATAS
1
2
3
Agradecimientos
Sobre la autora

Nota de autora

Esta historia forma parte de la **serie Tres Naranjos**:

Siete días y una foto: es una historia independiente y autoconclusiva, por lo que se puede leer en cualquier momento.

Prohibido besar al villano: **te recomiendo encarecidamente leerla antes de *El hotel de la discordia*.**

El hotel de la discordia: mejor que te la leas después de *Prohibido besar al villano.*

Y ahora, ¡a disfrutar!

Tessa

P.D.: Si quieres estar al día de mis novedades, **suscríbete a mi boletín** y lee gratis **un relato muy especial** pincha aquí.

PRÓLOGO

Los habitantes de Tres Naranjos discrepaban en multitud de cuestiones, aunque había tres normas que convertían a esa comunidad en una muralla imposible de derribar:

1. Los forasteros debían ser tratados con el respeto justo para que la voluntad de regresar se instalara en su mente, pero con la indiferencia necesaria para evitar que establecieran allí su segunda residencia.
2. Cualquier cambio urbanístico estaba autorizado siempre y cuando el setenta y cinco por ciento de sus vecinos lo aprobasen en asamblea extraordinaria, entre torrijas y almendrados.
3. El número de habitantes debía ser superior a cinco mil, pero jamás sobrepasar los cinco mil cien.

Los tres mandamientos, como eran conocidos dichos acuerdos entre los parroquianos, constituían un secreto a voces entre los demás pueblos de la sierra de Guadarrama. Nadie, aparte de ellos mismos, comprendía el fundamento de unas normas acordadas mediante votación popular hacía treinta años, y que marcaban a Tres Naranjos como el pueblo con menor actividad económica de la zona. Teniendo en cuenta su ubicación, un sacrilegio, en opinión de muchos.

Los escasos setenta kilómetros que separaban Tres Naranjos de Madrid, sumados a las dos pistas de esquí a menos de veinte minutos en coche, transformaban cada uno de los días de sus habitantes en una lucha titánica, un equilibrio entre las bondades de los pelotazos urbanísticos, las hordas de turistas vaciando sus comercios y la búsqueda de nuevas formas de vivir, mezcladas con un ecosistema propio basado en la tranquilidad, el respeto por el

entorno y el conocimiento exhaustivo de la vida del prójimo más que la de uno mismo.

Pero incluso las murallas más sólidas terminan resquebrajándose. Y, en Tres Naranjos, la grieta apareció disfrazada de progreso: un hotel dispuesto a instalarse a las puertas del pueblo, promesas de empleo, turistas y un futuro que algunos consideraban inevitable. El problema no era solo convivir con aquel monstruo de cristal y hormigón en mitad de la sierra, sino todo lo que podía arrastrar consigo. Más visitantes. Más curiosos. Más gente queriendo quedarse. Y, con ello, el riesgo de romper el equilibrio que llevaban décadas protegiendo con uñas y dientes. Porque en un lugar obsesionado con no bajar de los cinco mil habitantes, pero aterrorizado ante la idea de superar los cinco mil cien, cualquier cambio podía convertirse en una amenaza. O en el principio del fin.

Viernes, 8 de abril

11:00 En el cementerio – Tres Naranjos

—Cinco mil habitantes. Otra vez.

—Un difunto más, y los mandamientos se van a tomar por culo.

—Uno no puede espicharla tranquilo, manda cojones.

—Es terrible.

—Toda una vida de equilibrios, y nos iremos a la tumba con nuestro legado en ruinas.

—A Flora le quedan dos telediarios; a Cristóbal, puede que cuatro. Tanto viaje a Madrid para visitas médicas me da mala espina.

El grupo de octogenarios se paró unos segundos, durante los que repasaron mentalmente los achaques del resto. Después, en un acto mecánico que cada vez les costaba más, reanudaron la marcha al unísono.

Lola, cuatro pasos por delante de ellos, siguió el sendero por inercia y con los puños apretados por la rabia. Necesitaba fuerzas para no girarse y espetarles cuatro frescas. La cuadrilla parecía más preocupada por el censo local que por el fallecimiento de una de las pocas personas con las que ella había congeniado en ese pueblo de la sierra de Guadarrama. Pensó en Eusebio, que había enterrado a su esposa cinco meses atrás, todavía con el brillo que caracterizaba a sus ojos, para, poco después, apagarse con suma lentitud. Sin hacer ruido, pero sin pausa.

—¿Y si lanzamos una campaña de márquetin para buscar jubilados que aspiren a un retiro tranquilo?

—¿Como cuando se fletaban autocares llenos de mujeres en busca de un buen mozo?

—¡Exacto!

Los aplausos que estallaron detrás de Lola fueron el detonante. Frenó en seco y se giró, con las aletas de la nariz tan hinchadas como las de un toro en San Fermín. Sin embargo, en el preciso instante en que iba a alzar la voz, la mano de Pablo tiró de ella y se la llevó a un lado.

—No vale la pena. Piensa en Eusebio. No le gustaría que su adiós se convirtiese en un espectáculo.

—Son unos cabrones insensibles.

—Anda, déjame abrazarte. Lo que ocurre es que están asustados, y esa es su forma de demostrarlo.

—¿Los has visto cuatro veces y ya sabes cómo están?

—Sí. Calo a la gente a la primera. Es un don.

Pablo relajó a Lola. No por el abrazo en sí, que también; lo que dibujó una tenue sonrisa en los labios de la joven fue el recuerdo del primer encuentro entre ambos.

Tras separarse de él, Lola le propinó un codazo en un gesto íntimo y entrelazó sus dedos con los suyos. En pocos segundos, se sumaron a las personas congregadas al final del camino.

La tranquilidad no le duró ni cinco minutos.

—Yo lo pondría arriba del todo, siempre le dará más el sol. ¿Qué ocurre? ¡No me miréis mal! Cuando estire la pata, a mí que me toque el Lorenzo. Cuanto más abajo, más humedad, y eso es malo para los huesos.

»Y el transistor, hay que dejarle encendido el transistor. Pobre Eusebio; desde que se jubiló, no recuerdo haberlo visto nunca sin ese chisme pegado a la oreja.

—Paco, dejar el transistor en marcha es demasiado. Anda, apágalo, que mientras duren las pilas, más de uno se puede llevar un susto de muerte.

—Genaro, no seas aguafiestas. Votemos: ¿transistor encendido?

—Reme…

—Ni Reme ni leches, Rafa. Vivimos en democracia, y a Eusebio no le queda familia que pueda decidir por él. Mi voto es un sí.

Pablo, pegado a Lola, apretó los labios y miró el cielo encapotado.

—Como se te escape la carcajada, te hacen la cruz, así que aguanta como un jabato o prepárate para morir a manos de los cuerdos de mis vecinos —susurró Lola, inclinándose hacia él, sin apenas mover los labios.

—¡Oh! Eres ventrílocua. ¡Uish! Lola, menudo pellizco.

—Un respeto. Don Eusebio era un hombre sensato. Si escuchase lo que estos pretenden, se levantaría de su tumba.

—¡Solo cinco a favor! A ver, Lola, ¿tú qué dices? Eusebio era tu vecino; quizá alguna vez te comentó qué le gustaría que se hiciera con el transistor tras su muerte.

Lola miró a Reme con fijeza. A continuación, desvió la vista hacia el pobre sepulturero, cuya tez era tan blanca que parecía fundirse con los nichos que se alzaban a su espalda. Genaro negó, con la cabeza gacha y cierto bochorno en las mejillas; don Aurelio, que agarraba el tacataca con tanta fuerza que se le marcaban los nudillos, elevó el mentón, infundiéndole ánimos a Lola para que zanjase esa estúpida discusión. Por último, Charo, alcaldesa de Tres Naranjos, la animó con un movimiento de mano.

—Aunque os parezca raro, jamás hablamos de semejante momento. Reme, quizá tú comentas las decisiones vitales con tus clientes en el bar, o con las tres cotorras con las que compartes bloque. Sin embargo, Eusebio era un hombre culto y de vida tranquila, cuyos intereses iban mucho más allá de si, una vez muerto, la humedad le provocaría reuma, se perdería la noticia del siglo o si los chalados de los parroquianos de esta nuestra comunidad convocarían una votación antes de meterlo entre cuatro piedras bien selladas. Por cierto, ya que estamos: a mí, como si me envolvéis en una sábana y me tiráis a una cuneta. ¡Ya os vale! Un poco de consideración. Sepulturero, a sepultar.

El chaval apagó el transistor y se puso manos a la obra mientras un silencio tenso se adueñaba del ambiente. Lola curvó sus labios ante la mirada fría que le dedicó la mayor parte de los allí presentes.

El día empezaba de lujo. Y aún no había llegado lo peor. Eso llegaría tres horas más tarde, no le cabía duda. Aún no creía que hubiese aceptado ese viaje que la devolvería a un pasado del que había huido hecha un guiñapo. Pero ahí estaba, diciéndole adiós a su buen amigo Eusebio, acompañada por Pablo, a la vez que imágenes difusas de Oliver se escabullían por entre las murallas que había construido tiempo atrás.

11:40 En el piso de Lola – Tres Naranjos

—Deja de mirarme como si fuese directa a mi ejecución. Solo es un viaje. Dos noches. Un trámite: verificar que el hotel cumple los estándares ecológicos que estipulan los mandamientos, y listo. Mierda, ¿por qué no cierra la maleta?

»Sé dónde me meto, Pablo. En serio. ¡Joder! Esta cremallera…

—Espera un momento. ¿Ves?, más vale maña que fuerza. Y no te miro mal. Solo quiero… necesito… Prométeme que, si te ves en apuros, silbarás.

—¿Silbar? —Lola, que cruzaba el umbral de la habitación de matrimonio con el equipaje a cuestas, se detuvo.

—Sí. Silbar. Como Rigodón en los dibujos de Willy Fog. ¿No te sabes la canción? Aquella que dice que, si te encuentras en peligro, solo tienes que silbar. ¿Ves?, cuando te ríes como una hiena significa que te comen los nervios. —Pablo se aproximó a ella y la rodeó con los brazos hasta quedar pegados. Lola ocultó el rostro en el hueco de su cuello—. Después de lo que me contaste, sé que eres capaz de pasar por un infierno sin alzar la voz. Hoy me tienes a mí. Siempre me tendrás, no lo olvides.

Lola se apartó lo justo para ponerse de puntillas y alcanzar los labios de Pablo, que recibieron un beso suave, desprovisto de pasión.

—Bajemos ya. Mis tres compañeras de aventura (además de medio pueblo, y la banda de música) nos esperan.

Descendieron por las escaleras uno al lado de otro, la vista al frente, rozándose los dedos. Él se quedaba con las ganas de entrelazarlos con los de ella, y se repitió que Lola necesitaba un amigo, no ese «algo más», sin etiqueta, que eran; ella estaba segura de haber tomado el camino correcto, por muy escarpado que fuese.

En la calle, las compañeras de viaje de Lola: Ángeles, Margarita y Leonor, la esperaban junto a su coche. Tanta sonrisa y tanta encía a la vista no eran buen presagio. Tampoco las decenas de vecinos apostados cerca del vehículo, y cuyos susurros se transformaron en alboroto nada más verla. Dos pancartas captaron su atención. Primero, la de Reme, que rezaba: «Por un planeta mejor: no al hotel invasor»; tres filas más allá, otra decía: «Hay que ser corto de miras para negarse al proyecto».

—Llegas cinco minutos tarde. Abre el coche, que esto ya está durando demasiado —masculló Margarita cuando Lola se acercó al grupo. Carlos, el marido de aquella, miró al cielo y resopló—. Y, tú, sé que tramáis algo. Demasiadas veces has bajado a la calle estos últimos días. Si a mi regreso te has metido en un embolado, o si esta expedición es una cortina de humo, como tantas otras, me las pagarás.

Carlos observó atónito como su mujer guardaba el equipaje en el maletero y ocupaba el asiento del copiloto después de besar su mejilla y darle una palmadita en el brazo.

—Pero ¿qué le das de comer? —soltó Paco, que recibió un codazo de su señora.

—Cariño, no te metas donde no te llaman, que ya tenemos bastante con lo que hay en casa, ¿no te parece?

—¿A qué te refieres, Ángeles? —Colocó la maleta de su mujer junto a la de Margarita.

—Que sois calcados, Paco. Si esto es una encerrona…

—Disculpad la intromisión, pero os ofrecisteis voluntarias.

—Señora alcaldesa, nosotras sí, pero la moza, no. Ella fue seleccionada a dedo. Y todos conocemos el parentesco de los que aquí habitamos.

—¡Eh! Por ahí no vayáis, que el viaje se acaba antes de que empiece. Que mi hermana haya estado casada con el hijo de Charo no tiene nada que ver conmigo. Ángeles, entiendo que dudes, por ciertas personas —Lola paseó la vista por Paco y Carlos, que miraron sobre el hombro como dos ángeles recién caídos del cielo—, que no voy por gusto. Es decir, que entiendo que creáis que soy la que menos apego tiene a todo y, por ende, la más objetiva.

—Ese es el tema, Lola. Que ninguna de las tres nos creemos que no hayas cogido ni una pizca de cariño a Tres Naranjos, que ya son unos cuantos años los que llevas viviendo entre nosotros. En fin, es hablar por hablar; las cartas están sobre la mesa. Paco, quiero el piso como una patena a mi regreso. Nada de juergas.

Ángeles se adentró en la parte trasera del vehículo tras succionar los morros de Paco como si de la cabeza de una gamba se tratara. Después de semejante demostración de amor, Lola pensó que el mal rollo que parecía existir entre la pareja era más fachada que realidad. Se rio por lo bajo. Pablo se situó frente a ella para que lo utilizase de parapeto.

—La más normal es Leonor, que ocupa su asiento sin decir ni media. Arrímate a ella —le aconsejó entre risas.

—Así será.

La mirada pícara de Lola provocó una sacudida en el estómago de Pablo, quien hizo a un lado sus dudas: sujetó la cabeza de ella entre sus manos y se agachó despacio, dándole la opción de retirarse si consideraba que no era el lugar, por sus vecinos, o el momento, por el tipo de relación que mantenían. Su cuerpo tembló de pies a cabeza cuando sus lenguas se encontraron. Quizá lo que necesitaban era que ella diese carpetazo a su pasado para avanzar. Puede que ese viaje marcara un antes y un después para ellos.

Quizá.

Puede.

Pensamientos imprecisos que lo llevaron a bajar los brazos para rodearle la cintura y alargar el beso.

12:30 En el bar de Rafa – Tres Naranjos

Mientras Carlos y Paco debatían sobre cuál de sus señoras era la más rígida, Pablo repasó con la mirada el bar de Rafa, centro neurálgico de la comunidad, reconvertido, desde la semana anterior, en campo de batalla. No es que la tensión flotara en el ambiente: es que se reflejaba en las acciones de cada cliente que ponía un pie en el local. Tras cruzar la puerta, los ojos del parroquiano de turno se dirigían irremediablemente a la porra que habían organizado los socios de la Unión de Montañeros, y que estaba colgada en un lateral, tras la barra. Todos los vecinos hacían su apuesta: «Hotel, sí» u «Hotel, no». En ese momento, el «sí» ganaba por veintidós votos.

La ideología de unos y de otros se manifestaba en sus rostros de una forma descarada. Los partidarios del «sí» sonreían; los del «no» fruncían el ceño. Una vez que los clientes tomaban asiento, los pros y los contras se debatían entre carajillos, cañas, infusiones y el sonido de la máquina tragaperras de fondo. ¿Sería buena para Tres Naranjos, sus habitantes y el monte, la construcción de un hotel? ¿Qué ocurriría con los tres mandamientos sagrados del pueblo si aquel asunto los desvirtuaba? ¿Perderían su identidad? Hasta hacía poco, Tres Naranjos había sido solo un punto en el mapa; ahora empezaba a ocupar otro tipo de espacio, uno al que le importaba el resultado de todo ese embrollo.

—Ya echo de menos a Leonor. Es la primera vez que nos separamos y me siento extraño. —Fermín miró a Pablo; supuso que era el único que lo entendía.

—Ángeles me ha dejado las comidas en fiambreras. Dice que no sirvo ni para freír un huevo, ¿os lo podéis creer?

—Paco, ¿cuántos huevos has frito en tu vida?

—Ninguno, Carlos, ninguno. Pero esa condescendencia…

—Margarita ha vaciado la nevera y el congelador; me veo dependiendo de Rafa y de Reme para no morir de inanición —anunció Carlos, con los ojos puestos en la pareja que servía tras la barra.

—¿Y tú, chaval? ¡¿Qué?! No me miréis como si fuera idiota. Ya imagino que el muchacho sabrá cocinar y prepararse sus cosas. Con el genio que se gasta Lola, cualquiera le chista. Me refería a si es un futuro habitante de Tres Naranjos o si nos vacila con su presencia.

—¡Paco!

—Fermín, no me vengas con remilgos, que es una incógnita para muchos. Qué mejor ocasión para sacar el tema que una reunión de hombres cuyas mujeres se han embarcado en la expedición que puede cambiar el sino de nuestro pueblo. Por cierto, Leonor va a votar que sí.

—Eso ya lo veremos. Y si es un sí, pues muy bien. Vivimos en democracia, ¿o no?

—Eso parece. —Paco le echó una ojeada al tablero de la porra: el «sí» había obtenido un nuevo voto—. Pablo, ahora en serio, ¿qué tal con Lola? A nosotros ya nos ves: Fermín y Leonor forman un *pack*, y aquí, mi amigo Carlos y yo formamos otro. Nuestras doñas hace siglos decidieron aliarse para mover los hilos de nuestras vidas.

Pablo, que había optado por el silencio y la observación, decidió ser lo más sincero posible, sin entrar en detalles. Por lo que Lola le había contado de Carlos y Paco, sus señoras hacían muy bien en tenerlos en el punto de mira.

—Lola y yo somos amigos. ¡Ep! Que no he acabado, Paco, no despegues el culo de la silla. ¿Saltas siempre tan rápido? Pobre Ángeles.

»Carlos, tú no te rías tanto, que te he visto la cara: has estado a tres segundos de soltar alguna burrada. ¿Veis?, si Fermín, que os conoce más, asiente es que no me equivoco.

—Hostias, con el bombero. Ya sé por qué está liado con Lola, es igual de espabilado.

—Paco, Lola y yo no estamos liados. Somos amigos.

—¿Te acuestas con todas tus amigas? Carlos, nacimos en la época equivocada.

—No digas gilipolleces. A ver si te gustaría tener una pareja abierta de esas… Yo estoy muy feliz en mi quinta. Miradlo —señaló a

Paco a la vez que alternaba la vista entre Fermín y Pablo—, ya se le ha pasado la tontería.

—¿Sois unos abiertos de esos? —Los ojos de Fermín parecían dos mandarinas.

Pablo apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. Los tres hombres imitaron su postura, interesados por una conversación que girase en torno a los más suculentos secretos de la vida sexual de un par de jovenzuelos como Lola y Pablo, aunque ambos hubiesen superado ya los treinta.

—Somos amigos. Ni pareja abierta, ni pareja a secas. Hoy en día no es necesario ser novios o prometerse para mantener una relación especial con otra persona. Lola es mi amiga especial, si así os llega mejor el mensaje. No hay nada formal entre nosotros. Nos lo pasamos bien juntos. Ya.

Pablo se reclinó. Pegó la espalda al respaldo de la silla y esperó la reacción de sus compañeros de mesa.

Fermín también se dejó caer hacia atrás, en el mismo instante en que la máquina tragaperras escupía un buen puñado de euros.

Carlos se irguió cuando un voto al «no» se sumó al marcador.

Paco permaneció en la misma posición unos segundos más. Examinó a sus amigos, que menearon la cabeza y rieron los dos a la vez.

—Y un cojón. —Ese fue Carlos.

—Lo subo a dos —afirmó Paco.

—Amigo —apuntó Fermín—, estás más colgado por Lola que estos dos por sus respectivas, por mucho que se esfuercen en aparentar lo contrario. Me gustas: serás un buen vecino. Os dejo, voy un rato al huerto.

El móvil de Carlos y el de Paco sonaron a la vez. Leyeron el mensaje, cruzaron una mirada y, acto seguido, salieron del bar musitando un «nos vemos».

Pablo aún estaba en proceso de asimilar las afirmaciones del trío que acababa de irse cuando Zeta ocupó el lugar de Carlos.

—Buenos días. O me lo cuentas ya o se lía.

—¿Aquí la gente es un poco excéntrica o es solo mi impresión? Quizá me vacilaban; tampoco me extrañaría. Primo, tú

que llevas…

—Lo de esos tres no me interesa. Sea lo que sea, te acostumbrarás. Es así casi todo el pueblo, en mayor o menor medida. Según Nora, es por un gen.

»Quiero saber qué ocurre con Lola y quiero saberlo ya. ¡Ni intentes escaquearte!

—No he dicho nada.

—Conozco tu cara. Lamento informarte de que vas a cantar como un pajarito. Mi mujer está preocupada por su hermana.

Pablo se levantó. Los ojos y los oídos de medio bar estaban puestos en ellos.

—Se trata de algo que solo puede arreglar ella. Dile a Nora que, a la mínima señal de que la situación se le va de las manos, me tendrá a su lado y, si veo que Lola la necesita, no tardaré ni un segundo en llamarla. Anda, levántate, que el papel de matón no te pega. Vamos a correr un rato; a los dos nos irá bien.

Grupo «Más muertos que vivos»

Carlos
Reme, ya te vale con el nombre del grupo.

Paco
Tiene razón. Luchamos a muerte por preservar nuestra identidad o morimos en vida.

Genaro
No has tardado ni un minuto en exagerar, Paco. Deja que Reme se explique.

Reme ha añadido a María
Reme ha añadido a Fermín

Carlos
¡Pero ¿qué hace Fermín aquí?! Leonor es una traidora. ¿Quién nos asegura que no le pase información?

Fermín
No me faltes, que Margarita está con Leonor. Este grupo, ¿para qué es?

Reme ha añadido a Paquita
Reme ha añadido a Elvira

María (mensaje de voz)
Hijos, no discutáis, a ver qué necesita Reme.

Rafa
En nada os lo cuenta. Le falta añadir a dos personas más.

Reme
Que te digo que no.

Rafa
Y yo te digo que sí.

Reme
La otra vez nos dejaron en la estacada.

Rafa
Esto es diferente.

Fermín
Yo tengo faena en el huerto. ¿Nos llevará mucho rato lo que sea que tenéis en mente?

Genaro
Conociéndolos, toda una vida.

Rafa
Venga, Reme.

Reme ha añadido a Marta
Reme ha añadido a Isaías

Carlos
¿Cuál es el plan?

Genaro
Y dale. ¿Para qué esperar?

Carlos
La alcaldesa y don Aurelio se traen algo entre manos. Esta mañana, antes de que se fuesen las mujeres, estaban reunidos en el hostal, con Saúl.

Marta
¿En serio habéis montado otro grupo?

Isaías
No me lo puedo creer.

Reme
¡Por favor! No os vayáis.
Esta vez es distinta. Pese a nuestras discrepancias, nos llevamos bien, representamos a diferentes generaciones. Tengo dudas, y me gustaría compartir con vosotros mi opinión.

Carlos
¿Cómo que tienes dudas? ¡Hace dos horas levantabas un cartel de guerra!

Marta
Te escucho.

Paco
Me había ilusionado por vernos unidos de nuevo, pero tienes dudas, ¿de qué?

Carlos
No entiendo nada.

Elvira
Pero ¿esto va del hotel o de una crisis existencial? ¿Alguien sabe por qué ese bombero se pasea por nuestras calles como si le pertenecieran?

Paquita
Pablo es uno de los nuestros, aunque todavía no lo sabe.

Carlos
Quien no lo sabe es Lola.

Paquita
Esa muchacha…

Marta
¿Nos centramos?

Reme
¿Podría ser que estemos empujando a Tres Naranjos a la extinción sin darnos cuenta? ¿Que los mandamientos se hayan convertido en una venda que nos ciega?
No hablo de renunciar a lo que somos, sino de preguntarnos si seguir igual será nuestro fin.

Elvira
Crisis existencial.

Paquita
¡¿Nos vas a traicionar?!

Paco
¡Me cago en la puta!
Reme, de ti jamás lo hubiese creído.

Reme
¡Que no es eso!
Cada vez hay más entierros, y apenas nacimientos. Enviamos a Nora en busca de pareja para reponer un habitante y así no incumplir uno de los mandamientos, pero no pensamos en que envejecemos sin relevo.
Más muertos que vivos; pensadlo.

Carlos
Qué mal fario.

Paquita
Se me ha cerrado el estómago.

María (mensaje de voz)
Reme, ¿tienes más flores del hombre ese?

Un lunes de septiembre de unos años atrás

Las dudas se arremolinaron en su cabeza como un puñado de hojas en medio de una ventisca.

La primera vez que le había ocurrido fue apenas un soplo de brisa, tan breve que las dudas se mantuvieron en suspensión durante un periodo insignificante. Su amiga estaba equivocada: era imposible que él fuese el tipo al que había visto entrar en el cine de aquel centro comercial de las afueras, acompañado de otra mujer. Borró la imagen de su cabeza como quien espanta una mosca.

Tiempo invertido: cincuenta y tres segundos.

En la segunda ocasión, las hojas habían alcanzado mayor altura y permanencia. Los dos habían quedado para cenar en el mismo bar de tapas en el que se habían conocido, un viernes por la noche en el que ella salía del baño y fue, literalmente, interrogada por él. Le hizo gracia su pose de abogado peliculero; también le llamó la atención su físico. Eso no lo negaría en la vida, pero, de no ser atractivo, su labia convencería al mismísimo diablo. Cuando descubrió que, en efecto, era letrado, su carcajada impactó de lleno sobre una sonrisa descarada. Ambos fueron conscientes de que la chispa había prendido.

Sin embargo, aquel otro viernes noche, en el mismo bar de tapas, las patas de la silla de enfrente rasguñaron el suelo cuarenta y tres minutos tarde. Demasiado retraso, si se tenía en cuenta que, hora y media antes, él le había asegurado que ya salía del despacho. En esa ocasión, y al contrario que la anterior, ella fue incapaz de disipar la sombra de la desconfianza de un simple manotazo.

Tiempo invertido: cuatro días.

Esta era la tercera vez. Ella estaba sentada sobre la cama; la camisa, los pantalones y la ropa interior de él, desparramados por el parqué. El sonido del agua de la ducha se mezclaba con el barullo de interrogantes en su cabeza; las hojas revoloteaban en espiral, del suelo al techo. Ella se levantó de forma mecánica. No era insegura, mucho menos cobarde, pero llevaban tres días sin verse, con la débil excusa de «estoy hasta arriba de trabajo».

Primero, comprobó los bolsillos del pantalón; después, corrió al comedor y se encargó de los de la chaqueta. Nada. Giró la cabeza como quien escucha un estruendo: rápido, con el corazón acelerado y frío en los huesos. La cartera y el móvil descansaban sobre la repisa del recibidor. En la primera no halló entradas de cine, tiques de restaurante ni de hotel. El alivio brotó de entre sus labios en forma de suspiro.

Dio dos pasos de vuelta al comedor. Paró en seco. Dos pasos hacia atrás. Cogió con lentitud el móvil; no hacía mucho que conocía el código pin. Quizá… ¿Sería muy grave la traición? Escuchó la mampara del baño correr sobre su guía. Tenía que decidirse. Necesitaba saberlo. Tecleó rápido. «Pin incorrecto».

Las hojas se convirtieron en un tornado; sus dedos se tornaron blancos por la fuerza con que se agarró a la mesa. No era una mujer confiada en ningún ámbito de su vida, y aun así…

Tiempo invertido: el resto de su relación.

12:45 En un lugar indeterminado camino a El Burgo de Osma

—¡Ya lo tengo! El *pack* descontracturante: quiromasaje parcial, masaje craneofacial-cervical y reflexología podal. Aquí indica que los tratamientos pueden realizarse en cabina individual o doble, ¿cómo nos repartimos?

—Leonor, no me convence. ¿Y si contratamos algo más sofisticado? Para que me masajeen los pies, ya tengo a Paco.

—Ángeles, hay información que no es necesario compartir. —Margarita, que viajaba de copiloto al lado de Lola, rio por lo bajo. Jamás confesaría que las manos de Carlos trazaban círculos en su cabeza hasta que caía rendida.

—¿Y el *pack* regenerativo? Exfoliante con escamas de sal del Himalaya, masaje corporal y tratamiento facial reafirmante; dos horas de mimos me irían de perlas. Aunque, si es verdad que traen la sal desde el mismísimo Himalaya, de sostenible tiene poco.

Ángeles se llevó los dedos a los pómulos y estiró la piel hacia las orejas.

—Queridas, estos colgajos no los reafirma nada. Puede que Lola esté a tiempo de frenar la caída; aun así, la huella de carbono me echa para atrás. ¿Y algo con chocolate?

—Muy típico. Además, no sabemos si es de comercio justo. ¿Piedras volcánicas? —sugirió Leonor, exasperada.

—¿En serio? —Margarita se giró para hablar con ella—. ¿Indican la procedencia?

Leonor repasó en su móvil la oferta del *spa* del Hotel Cuerpo y Mente. Deslizó el dedo hasta el final de la web; subió despacio, por si el dato se le hubiera pasado por alto.

—Nada. Recapitulemos: sabemos con certeza que la sal es del Himalaya, así que tocará interrogar a las esteticistas con respecto al volcán. Me lo apunto en la libreta junto con el resto de las cuestiones. Anoche anoté un par de cosillas: número de calles de la piscina y medidas (ya sabéis, por mi espalda), gestión de residuos, climatización, recogida de aguas; si los productos de limpieza son biodegradables, por normativa deben tener una carpeta con las fichas técnicas, que incluya las instrucciones de uso y cómo proceder en caso de intoxicación.

—Vale. Un poco de calma. ¿Cómo hemos cambiado de tema tan rápido? ¿De verdad someteréis a un tercer grado a la cadena hotelera?

Lola miró por el retrovisor y se encontró con los rostros de Ángeles y Leonor moviéndose de arriba abajo.

—No somos unas vendidas, si es lo que insinúas —aseguró Margarita.

—La pregunta es estúpida. ¡Pues claro que lo haréis! Disfrutaréis de la estancia a la par que les daréis por saco hasta el último segundo.

»Pensaba que vuestra postura era un sí rotundo al proyecto.

—Leonor, Ángeles y una servidora creemos a pies juntillas en nuestros mandamientos, pero abrirse un poco al exterior nunca es malo; la radicalidad, en cambio, sí lo es. Se nos pone en bandeja de plata la oportunidad de implementar en el pueblo una serie de servicios que jamás nos ofrecerá el ayuntamiento, por lo que desear una mejor calidad de vida no es desleal. ¿Cierto?

—Cierto —contestaron Leonor y Ángeles.

—Así es —agregó Lola al reparar en la mirada expectante que Margarita posaba en ella.

—Tenemos la misión de verificar que el establecimiento cumple con lo prometido; de no ser así, no dudaremos en ser francas, pero, si es cierto que son respetuosos con el medio ambiente, defenderemos el proyecto a muerte.

»Y ahora que nos encontramos solas en medio de la nada…, ¿qué haces aquí, Lola?

—Ejercer de chófer.

—No eres un topo, ¿verdad?

—Margarita, soy imparcial.

—Estás tensa.

—Define «tensa», porque no podría estar más tranquila, dada la compañía.

—A la Lola a la que yo conozco no le tose ni el diablo. Ángeles ha insinuado que el tratamiento para estirar colgajos te podría ir bien y no has saltado. Ocultas algo.

—Es cierto, querida. —Ángeles había esperado una reprimenda por su pulla, y quien calla otorga. Lola ni otorgaba ni callaba.

—Os lo ruego: no acabéis con mi paciencia antes de llegar. Os llevo, me quedo con vosotras estos días y os devuelvo al pueblo. Sin trampa ni cartón.

—El tiempo nos dará la razón: escondes algo. No hay que ser Agatha Christie para deducirlo. ¿Por qué si no ibas a andar con estos tres carcamales en lugar de retozar con el pedazo de bombero que has dejado en Tres Naranjos? —señaló Margarita.

—¿Sabéis qué?, meteos en vuestros asuntos.

—Esa sí que se parece a nuestra Lola —canturreó Leonor.

—Ya veremos —dijo Margarita.

—Qué desperdicio. Yo, si tuviera tu edad, y con los tiempos que corren, no me despegaba del chaval ni con agua hirviendo —añadió Ángeles—. ¡¿Qué?! Es verdad. De hecho, cuando mi Paco y yo…

—¡No quiero saberlo! Dios, si existes y me escuchas, dame fuerzas para no sucumbir a la tentación de abandonarlas en la primera gasolinera.

Por suerte, Lola no se deshizo de las tres señoras, que resultaron ser mucho más que tres embajadoras quisquillosas de Tres Naranjos.

13:52 En el Hotel Cuerpo y Mente – El Burgo de Osma

Oliver les repitió a los miembros del equipo de confianza del director del hotel: Cata, de recepción; Bárbara, gobernanta; Claudia, responsable de los servicios de *spa*; Mauricio, encargado de las actividades lúdicas, y por último, la joya de su corona, Agustín Ballesteros, el chef, la importancia de la visita de las cuatro mujeres. La ejecución del proyecto dependía, en gran medida, del buen hacer de todos ellos: grandes profesionales y mejores personas. Sin duda, que la cadena no fuese un gigante, ayudaba a conocer al personal. Si las cosas iban como las tenía planeadas (y no albergaba dudas de que así sería), Tres Naranjos gozaría del noveno establecimiento de la cadena Cuerpo y Mente en España.

Le dio el visto bueno al último cambio de menú del sábado por la noche; escuchó con atención a Mauricio cuando este le explicó las actividades al aire libre que más se adaptaban a las clientas, y felicitó a Bárbara por haber dispuesto una cesta de bienvenida en las habitaciones: una triple, para las señoras; otra doble, para Lola. Tal y como había solicitado Charo, alcaldesa de Tres Naranjos, cuando lo llamó para hacerle una propuesta jamás vista: dos noches de estancia, con todo incluido, para cuatro personas, que se encargarían de valorar la viabilidad de la construcción del hotel en su municipio.

Tras colgar el móvil, y con los nombres de las cuatro mujeres escritos sobre un pósit, parpadeó incrédulo. No era nerviosismo lo que sentía, se dijo, sino una molestia antigua que creía superada: Lola. Después de tanto tiempo, y tras su infantil manera de esquivarlo el día que presentaron el proyecto en su pueblo, ella permanecería bajo su mismo techo dos días.

Pulsó el botón rojo, y el silencio lo engulló como si cayese en un agujero negro. Ernesto, dueño de la cadena hotelera, y Eva, hija de este y abogada principal de la empresa, se preocuparon por su palidez, así que alegó estupefacción por las rarezas de los habitantes

de ese pueblo de la sierra. Eva no insistió, aunque se mantuvo alerta.

—Acaban de aparcar frente al hotel. —Cata, que desde las diez supervisaba las cámaras de vigilancia del aparcamiento, informó a Oliver.

—Perfecto.

Oliver se recolocó la americana con un gesto automático y avanzó hacia la entrada principal. El cristal reflejaba una imagen que conocía bien: espalda recta, sonrisa medida, seguridad sin fisuras. Nada fuera de control. Nunca.

14:15 En la recepción del hotel – El Burgo de Osma

—Pues será un hotel, pero parece una catedral —susurró Ángeles mientras elevaba la vista hasta los techos altos de la recepción, donde lámparas de cristal colgantes filtraban la luz como si quisieran purificar a los recién llegados.

—¿Habéis visto esa escalera? Yo no subo por ahí ni con arnés —murmuró Margarita, que siguió con la mirada la alfombra gris marengo, perfectamente alineada con los mosaicos del suelo.

—No me lo creo. —Leonor se deslizó las gafas por la nariz para leer el cartel de madera que coronaba el mostrador—. «Cuerpo y Mente. El equilibrio comienza aquí». Qué cursilada más pretenciosa.

Lola, que iba un paso por detrás, dejó que ellas ocuparan el espacio, que fueran las primeras en entrar, en opinar, en tocarlo todo con la mirada. Agradeció no ser el centro de atención. Respiró hondo: el aire olía a madera húmeda y eucalipto. A control. A dinero bien invertido. A Oliver en su elemento.

Este las vio aparecer desde el extremo opuesto del vestíbulo.

Había ensayado ese momento: hombros relajados, gesto abierto, sonrisa profesional. Nada personal. Sus ojos recorrieron al

grupo y solo se detuvieron una fracción de segundo más en Lola. Lo justo para reconocerse sin delatarse. Ella le rehuyó la mirada.

—Bienvenidas a Cuerpo y Mente —entonó con voz baja y serena, como si en vez de un hotel dirigiera un templo zen—. Soy Oliver, abogado de la cadena, y la persona que las guiará durante su estancia. Espero que el viaje haya sido agradable.

—Largo —respondió Ángeles— pero productivo. Hemos trabajado bastante.

—Eso siempre es buena señal —replicó él, sin saber a qué se refería la señora.

—¿Estas flores son naturales? —Margarita señaló un jarrón gigantesco ubicado a su derecha.

—Cambiadas cada mañana.

—Bien —asintió ella—. Tomamos nota.

—Hemos preparado un programa para ustedes —continuó—. Actividades al aire libre, acceso completo al balneario, tratamientos personalizados…

—No hará falta —lo interrumpió Margarita, con una sonrisa educada—. Disponemos de nuestro propio programa.

Leonor sacó la libreta.

—Empezaremos por la piscina. Necesitamos saber lo siguiente: número de calles, accesibilidad para personas con movilidad reducida, medidas de seguridad. Mi espalda no negocia.

—Después —añadió Margarita—, nos gustaría revisar el sistema de gestión de residuos, la climatización, el consumo energético y los productos de limpieza. Por normativa, deberían disponer de las fichas técnicas.

—Y la procedencia de las piedras volcánicas —apuntó Ángeles —. Y la sal del exfoliante. Lo del Himalaya nos genera ciertas dudas.

Durante un segundo, el silencio se posó en la recepción como una capa invisible.

Oliver asintió despacio.

—Por supuesto.

—Perfecto —zanjó Leonor.

Lola observaba la escena desde un lateral, sintiéndose extrañamente a salvo. No pertenecía del todo a aquel grupo, pero

tampoco estaba fuera. Era testigo. Y eso, por el momento, le servía para mantenerse a flote.

—Ella —dijo Ángeles, apuntándola con la barbilla—, viene con nosotras, pero solo hace de chófer.

Oliver miró de frente a Lola.

—Bienvenida. Espero que su estancia resulte agradable.

—Gracias.

No hubo más. Ningún gesto. Ninguna grieta visible. Rastreable.

—Si me acompañan, les enseñaré sus habitaciones.

Las condujo hacia los ascensores, exponiéndoles todos los detalles: orientación este, proximidad al *spa*, cestas de bienvenida con productos de kilómetro cero. El ascensor subió en silencio. Leonor observaba cada indicador; Margarita memorizaba; Ángeles parecía disfrutar de las vistas al jardín central.

—La *suite* triple —anunció Oliver, al abrir la puerta—. Esperamos que estén cómodas.

—¿Y la joven? —preguntó Ángeles.

—Se alojará en la habitación contigua —respondió—. La ciento ocho.

Las tres mujeres entraron, satisfechas. Oliver se quedó fuera con Lola. Respiró hondo. Ella lo notó.

—Si vas a decir algo ñoño, no te esfuerces —se anticipó ella —. Ahórrate el intento.

—Cenar contigo no es ñoño —replicó él, y metió las manos en los bolsillos con una soltura impostada—. Solo quería proponerte eso. Una cena. Tranquila. Sin reproches.

—Imposible —respondió, seca—. Espero la llegada de Pablo esta tarde. Bombero. Ya sabes. Viene a salvarme.

Oliver no sonrió.

—Claro. Por supuesto.

Le tendió la tarjeta, sin tocarla. Lola la cogió.

—Oliver —añadió antes de entrar—, no confundas hospitalidad con redención. Este hotel será todo lo que tú quieras, pero jamás el lugar donde se reparen viejas mentiras.

Cerró la puerta con suavidad.

Oliver permaneció un instante frente a la hoja de madera blanca. Luego giró sobre sus talones y volvió a la recepción. El rechazo de Lola resonó en su cabeza más fuerte que cualquier negativa que hubiera recibido nunca.

Tendría paciencia.

Nada estaba fuera de control.

Todavía.

14:22 En casa de Nora y Zeta – Tres Naranjos

La mesa estaba a medio recoger y aún flotaba en el aire el olor de la comida. Nora cortaba el bizcocho de limón que había horneado, mientras Zeta apilaba los platos en el fregadero. Pablo asentía apoyado en el respaldo de la silla, intranquilo por no haber recibido aún noticias de Lola.

El móvil vibró sobre la mesa. Pablo lo giró despacio. Por fin.

—Perdonad. Salgo un momento.

—¿Va todo bien? —quiso saber Nora.

—Sí, sí, enseguida vuelvo. Dadme unos minutos.

Salió al jardín y cerró la puerta tras de sí. El aire frío le caló los huesos; con las prisas, no había cogido el abrigo.

—¿Ya habéis llegado?

—Hace un rato —dijo Lola—. El lugar es… grande, majestuoso.

—Eso suena a impactante.

—Demasiado. Como dice Leonor, parece una catedral. Me dan ganas de hablar en susurros.

Pablo sonrió.

—¿Y las señoras? ¿Te han dado mucha guerra?

—¡Bah! Nada que no pudiera gestionar. La verdad, creo que son las mejores embajadoras que Tres Naranjos podría haber escogido. Pablo, de esto ni media palabra, que se nos suben a la chepa. No te rías, que no estoy de broma. Pueden ser incisivas de

formas inesperadas. Creo que la dirección del hotel no es consciente de la que le ha caído encima.

—Eso seguro. Nadie sospecharía hasta qué punto llega la exigencia de Tres Naranjos y sus gentes. Bordea la locura.

Se produjo un silencio breve, cómodo.

—¿Qué tal por el pueblo? ¿Sigue raro el ambiente?

—Creo que es el de siempre. La porra del bar sigue activa. Gana el «sí», de momento.

—Ya me lo imaginaba.

Pablo apoyó el codo en la barandilla del porche. Dudó un segundo.

—¿Te has cruzado con… él?

Silencio.

—Sí.

»He hecho como si no lo conociera —añadió—. Correcta. Educada. Impecable. Como si nada.

—¿Y?

—Por fuera, bien. Por dentro… —Soltó una risa que a Pablo le sonó triste—. Un flan. No me reconozco. A mí, que todo me resbala.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo. Eres humana.

—Ya, pero es que ha sido muy insultante —prosiguió, sin detenerse—. Me ha propuesto cenar. Así, sin más. Como si lo nuestro hubiera sido una anécdota que comentar entre plato y plato.

Pablo apretó la mandíbula.

—¿Te ha molestado?

—Me ha cabreado. Y me ha dado miedo. Porque aquí todo se sabe. Tres Naranjos es pequeño, y la gente habla. Y no quiero que nadie piense que… —se interrumpió— que esto va de nosotros. No es así. Tampoco quiero que me juzguen.

—Entiendo.

—Y aun así —bajó la voz—, he sido fuerte. He puesto límites. He hecho lo que tocaba.

—No lo dudo.

—Pero luego —él percibió que su tono estaba a punto de cambiar—, ha ocurrido algo extraño.

Pablo no dijo nada. Prefirió dejarle espacio, concederle el ritmo que necesitara para liberar lo que callaba y, de alguna forma, la descolocaba.

—Le he dicho que tú vendrías.

—¿Qué?

—Que vendrías al hotel. —Guardó silencio un segundo—. No lo he pensado, me ha salido solo. Como una reacción infantil. En plan: tengo refuerzos.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

—Sorprendida. No era una estrategia. Simplemente…, has sido lo primero que se me ha pasado por la cabeza.

Pablo cerró los ojos un instante.

—Lola.

—No dramatices. No es un silbido, si es lo que piensas. O sea… No. En absoluto. Ya me inventaré algo, un macroincendio o un gatito en un árbol. Yo puedo con esto. De verdad.

—¿Seguro?

Ella resopló.

—Eres un pesado.

—Quizá, aunque, ¿es un silbido, Lola? ¿Uno inconsciente?

La respiración de ella, cada vez más acelerada, le reveló a Pablo la respuesta.

—Puede. No lo sé. Ha sido un acto reflejo.

—Con eso me basta.

—No quiero que vengas por una tontería.

—No voy por una tontería. Voy porque quiero estar ahí.

—Gracias —susurró Lola, a quien las costillas dejaron de oprimirle los pulmones—. De verdad.

—A media tarde estaré contigo.

—No hace falta que vengas cagando leches.

—Lola, nos vemos en un rato. Ahora, a ver cómo les explicas a las señoras mi presencia.

—¡Bah! Tú tráete el bañador y las hipnotizaremos con tus encantos. Las tienes en el bote, ¿lo sabías?

—¿En serio, Lola? Esa risa sobra. Vale. Fantástico. Ya veo que tienes pensado divertirte a mi costa. Lo dicho: nos vemos en un

rato.

Pablo se demoró unos segundos en contemplar el jardín. Incluso en los momentos más duros, Lola recurría al humor.

Que hubiera pensado en él en una situación crítica decía más de lo que quería admitir. Sin embargo, no había tocado fondo. Y si llegaba a hacerlo, él no la dejaría caer.

Un miércoles de octubre de unos años atrás

Oliver recogía la cocina tras la cena, con la voz de Joe Cocker de fondo. Mientras, ella examinaba cada uno de sus gestos, como si la forma en que introducía los platos en el lavavajillas o se secaba las manos con uno de los paños fuese a proporcionarle respuestas a unas preguntas que no se atrevía a formular. Meneó la cabeza; después, sacudió el resto del cuerpo. La fría pátina de desprecio que la embargaba por comportarse con tanta cobardía la afligió más.

Habían pasado ya tres semanas desde que había descubierto que Oliver había modificado el pin de su móvil. Ese era el tiempo que hacía que se le había quitado el apetito, que llevaba durmiendo un máximo de cuatro horas por noche, y que lucía unas ojeras profundas y oscuras que, en casa, se negaba a maquillar. Y aun con todo, seguía a la espera de que él mostrase un mínimo de preocupación.

Por aquel entonces, ella todavía creía que un simple «¿va todo bien?» bastaría para plantearle la decena de incógnitas que la atormentaban, y que la habían convertido en una versión de sí misma gris, aterrada y dolida. En ese periodo, había transgredido normas éticas y de respeto por la pareja que siempre consideró inquebrantables; las mismas que, si hubiera roto él, ella jamás habría perdonado. Mentira. Le perdonaría todo. Esa certeza era la más hiriente. ¿De qué sería capaz por conservarlo?, ¿valía la pena romperse en el intento? Cada vez que lo recordaba, un reflujo ácido subía hasta su garganta.

Giró sobre sus talones para que Oliver no detectase la incertidumbre en su rostro. En el comedor, Eric Clapton dio paso a Dire Straits a la vez que ella soplaba las llamas del par de velas que había dispuesto sobre la mesa para la cena, y que desprendían una fragancia frutal; después, echó al fuego el último leño del cesto, retiró de la silla la manta con la que se había tapado las piernas durante la velada, la dobló y la colocó sobre el sofá. Así y todo, no pudo olvidar que había abierto el maletín de Oliver, que había hurgado en su cartera y bolsillos. Una de las noches en que durmió en casa de él, revolvió en los cajones de la cómoda y las mesitas.

Dio un respingo al notar las manos de Oliver sobre sus caderas. Se sentía extraña ante su contacto, a la vez que deseaba que su relación no se fuera a pique. Se volvió con rapidez para esconderle las lágrimas que humedecían sus ojos, inmersa en un tornado de palabras no dichas.

—Han adelantado el retiro en el trabajo; me iré dentro de dos viernes. —La elevó para que las piernas de ella rodeasen sus caderas—. Será mejor que aprovechemos, ¿no te parece?

Un «sí» se ahogó contra la piel de Oliver.

Para él, fruto de las ganas.

Para ella, de la posible mentira.

16:45 En el *spa* – Hotel Cuerpo y Mente

El vapor envolvía el espacio con una densidad palpable, como si el aire tuviera peso propio. El agua templada amortiguaba cualquier sonido más alto de lo necesario. Las luces indirectas hacían del *spa* un refugio lejos del estrés y, según creía Lola, de Oliver.

—Yo no me muevo de aquí en lo que queda de día —aseguró Ángeles, con la cabeza recostada contra el borde de la piscina.

—Es verdad que se está muy bien —admitió Margarita, sin abrir los ojos—. Puede que demasiado, para ser gratis.

—Nada es gratis —murmuró Leonor, que flotaba boca arriba con los brazos extendidos—. Este sitio debe de consumir una barbaridad de energía.

Ángeles abrió un ojo.

—Gracias por arruinarme el momento.

—No lo estropeo, lo contextualizo —replicó Leonor—. ¿Os dais cuenta de la temperatura a la que tiene que estar el agua para que se condense tanto vapor?… Insostenible.

—O el tamaño del edificio. Calentar el complejo en invierno debe de asemejarse a alimentar una locomotora. —Margarita se colocó junto a Ángeles.

Lola, sentada en el borde de la piscina con los pies dentro del agua, las observaba sin dar crédito. Ni en ese entorno eran capaces de olvidarse un minuto de los mandamientos. Lo dicho: nadie como esas tres señoras para cumplir con la misión que les habían encomendado, aunque Lola no se fiara ni un pelo de sus acciones y hubiera aceptado ir con ellas para mantenerlas bajo un férreo control, y no para relajarse.

—Disfrutad un poco, ¿queréis? No todos los días nos invitan a un centro como este. Lo tenemos entero a nuestra disposición.

—Precisamente por eso —respondió Ángeles—. Si nos invitan, será por algo.

—Y ese algo —continuó Margarita— no se va a evaluar solo. Chicas, deberíamos centrarnos primero en la misión; ya tendremos tiempo después para el ocio.

Lola se abstuvo de recordarles que, en realidad, Charo, la alcaldesa, había conseguido que las invitaran a cambio de reflexionar sobre la posible construcción de un hotel de la cadena en Tres Naranjos.

Leonor incorporó la cabeza.

—¿Creéis que usarán geotermia? O aerotermia, al menos.

—¿Y la recirculación del agua? —añadió Margarita—. Porque si esto se vacía y se llena a diario…

—¡Chicas! —interrumpió Lola—. *Spa*. Relax. Respirad.

Las tres la miraron como si acabara de decir la mayor de las tonterías.

—Respiramos bien —aseguró Ángeles—. Lo que olvidas es que somos capaces de pensar a la vez.

En ese momento, una trabajadora del *spa* se acercó con una bandeja de infusiones. Sonreía con profesionalidad, aunque sus ojos iban y venían entre las cuatro.

—¿Todo bien por aquí?

—Magnífico —respondió Leonor—. Oiga, una cosa: ¿sabría decirnos cuánta agua se consume al día en este espacio?

La sonrisa de la chica se congeló apenas una décima de segundo.

—Eh… —Miró alrededor, en busca de una cámara oculta—. Bueno, depende del uso…

—Claro —convino Margarita—. Pero hablamos de litros. Miles, suponemos.

—Y de energía —añadió Ángeles—. Porque tanto el ambiente como el agua tienen una temperatura de lo más agradable.

La empleada dudó.

—Si quieren, puedo llamar a la responsable…

—No, no —se apresuró Lola, poniéndose en pie—. No hace falta. Solo son… curiosas.

—Mucho —confirmó Leonor—. Nos gusta saber cómo funcionan las cosas.

La chica respiró hondo y se recompuso.

—El hotel cuenta con un sistema de recirculación y depuración del agua. Se reutiliza en varios ciclos, y se controla el consumo mediante sensores. En cuanto a la energía, parte de ella proviene de fuentes renovables contratadas con proveedores certificados.

—¿Parte? —recalcó Margarita.

—Estamos en proceso de ampliarlo. De hecho, hay un plan para instalar placas solares en la cubierta.

Las tres se miraron.

—¿En la terraza? —matizó Ángeles.

—Sí.

—Interesante —dijo Leonor—. Muy interesante.

La empleada tragó saliva.

—Si desean más información, puedo facilitársela… o avisar a dirección.

—No será necesario. —Lola esbozó una sonrisa conciliadora —. Está todo muy bien explicado.

—De momento —apostilló Margarita.

La chica asintió, recogió la bandeja vacía y se alejó con paso contenido, claramente debatiéndose entre continuar con su trabajo o correr a avisar a un superior.

—La habéis asustado —comentó Lola.

—Un poco —admitió Ángeles—. Pero sus respuestas han sido claras.

—Sí —dijo Margarita—. Y no se ha puesto a la defensiva. Eso solo habla bien de ella. Una chica muy amable.

Leonor volvió a tumbarse.

—Después de merendar, subimos a la terraza —anunció.

—No contéis conmigo para eso —rehusó Lola—. Yo ya he cumplido mi cuota de vigilancia.

—Tú vienes —sentenció Ángeles—. Para que no la liemos.

—Exacto —secundó Margarita—. Eres nuestro seguro de responsabilidad civil. Aunque nos pese.

Lola resopló.

—Por cierto, Pablo llegará en un rato.

Las tres mujeres le dedicaron toda su atención.

—¿El bombero? —preguntó Ángeles.

—No ha podido resistirse. —Margarita sonrió.

—Qué bonito, no podéis estar separados. Como yo con mi Fermín. Lo echo de menos —comentó Leonor.

—No digáis tonterías —farfulló Lola—. Viene porque tenía que venir.

—Claro, claro —canturreó Ángeles—. ¿Por qué tenía que venir? ¿Qué nos perdemos? Hay algo extraño. Tú estás rara. Más agradable de lo habitual.

—Ocultas algo, Lola, huelo la mentira desde aquí. —Margarita olfateó el aire y arrugó la nariz, como si de verdad un olor desagradable flotara entre ellas.

—Sois tremendas.

—Sí, sí, tú ríete, pero no nos dejes en ascuas. —Ángeles se acercó a ella y le salpicó el torso.

—No seáis crías. Venga, ¡arriba esas tetas! Regresemos a la habitación, que hay que arreglarse para la merienda.

—Siempre tan poética —bufó Ángeles, mirándose el pecho.

—Empodera —admitió Leonor.

—Y distrae —añadió Margarita.

Salieron del agua. Mientras se enrollaban las toallas, Margarita se acercó a Lola.

—Por si te lo preguntas —le susurró—, no hemos olvidado lo de las placas solares. Te vienes con nosotras, no es negociable.

Lola cerró los ojos un segundo.

—Lo suponía.

—Y por supuesto —añadió Margarita—, el bombero está invitado.

Lola negó con la cabeza. No hubiera esperado otro destino.

16:58 En la recepción – Hotel Cuerpo y Mente

Pablo aparcó frente al hotel; no apagó el motor a la primera, sino que se quedó unos segundos con las manos apoyadas en el volante, el pulso golpeándole las sienes. El edificio imponía. Demasiado limpio, demasiado grande, demasiado ajeno a Tres Naranjos. Inspiró con avidez antes de bajar del coche.

Cruzó la entrada con paso decidido. La recepción olía a madera, a agua caliente, a un aroma cuidadosamente pensado para que nadie se sintiera fuera de lugar. No le gustó. Preguntó por Lola en el mostrador y se registró en la misma habitación; ella ya había informado de su llegada. Cogió la llave que le tendió la recepcionista con una sonrisa de agradecimiento. A continuación sacó el móvil y escribió un mensaje:

Pablo

Ya estoy aquí. ¿Dónde andas? Voy para la habitación.

Mientras esperaba respuesta, la incómoda sensación de ser observado lo tensó.

Oliver se le aproximó desde uno de los laterales. Iba impecable, como si formara parte del mobiliario del hotel: traje bien cortado, gesto tranquilo, una seguridad abrumadora. Pablo lo reconoció al instante, aunque nunca lo hubiera visto en persona. Algunos hombres ocupaban más espacio del que les correspondía, sin pedir permiso. Oliver era uno de ellos.

Pablo lo escaneó sin tapujos; reconoció que tenía buen porte. Demasiado. Encajaba con Lola de una forma que le resultó molesta, casi ofensiva. No porque le pareciera mejor que él, sino porque podía imaginarlo a su lado sin esfuerzo. La mandíbula se le contrajo.

Oliver, por su parte, lo estudió con curiosidad. No vio amenaza. Vio otra cosa. Un hombre directo, sin artificio, con una energía distinta a la suya. No entendía qué podía encontrar Lola en él, aunque le llamó la atención que no pareciera impresionado por lo que le rodeaba.

Tras presentarse como el anfitrión de los habitantes de Tres Naranjos, le indicó el camino hacia los ascensores con un ademán educado, casi mecánico; el mismo que había usado horas antes con las mujeres del pueblo. Pablo lo siguió, consciente de cada paso, de cada segundo compartido en una amabilidad superflua que no engañaba a nadie.

El ascensor subió sin sobresaltos. El espacio cerrado amplificó la tensión. Pablo pensó que el otro jugaba en casa, dominaba ese terreno. La desventaja lo irritó.

Oliver, mientras tanto, se preguntó en qué punto exacto había dejado de resultar indiferente para Lola. Le disgustó no saberlo.

Caminaron por el pasillo hasta la habitación. Pablo comprobó el móvil. Ninguna respuesta.

Oliver se detuvo frente a la puerta de la ciento ocho.

Una certeza extraña se asentó en el estómago de Pablo: no había ido a competir, ni a marcar territorio. Había acudido porque Lola pensó en él cuando se tambaleó. Y eso, por primera vez desde

que había cruzado la puerta del hotel, le devolvió algo parecido a la calma.

Oliver se apartó un paso para cederle espacio; observó como Pablo se colocaba frente a la puerta, dispuesto a cruzarla, a ocupar un lugar que ya no le pertenecía a él, sin ningún signo de titubeo.

17:05 En la habitación 108

Lola cerró la puerta tras de sí con cuidado, como si temiera que el pasillo pudiese alertar de su ubicación exacta a cierto directivo. Dejó la bolsa sobre una butaca; al girarse, sus ojos rozaron un instante los del hombre que la esperaba. Se dejó llevar por su instinto antes de que él abriera la boca: dio un paso, dos, tres, y finalmente se le echó encima. Pablo la rodeó con los brazos, sin preguntar, sin medir, como si ese gesto de alegría sin contención fuese común entre ellos. Lola apoyó la frente en el pecho de él y exhaló una respiración honda, cansada, de puro alivio. El olor a jabón del *spa* se mezcló con el que su cuerpo conocía bien, por lo que se relajó de inmediato.

—Gracias por venir —murmuró—. De verdad.

—Ya te dije que lo haría.

—Sí, pero una cosa es decirlo y otra, plantarte aquí.

Pablo sonrió contra su pelo.

—No parecía el momento de quedarme en Tres Naranjos haciendo tiempo.

Se separaron lo justo para mirarse.

—Te he metido en un lío.

—Define «lío».

—Hotel de lujo, ex con traje caro, señoras revolucionadas y tú haciendo de escudo humano.

—Ah. Ese lío.

Ella suspiró.

—Le he dado a entender que somos pareja, ya me entiendes. No quería cenar con Oliver, ni remover el pasado. Abrir cajones que

cerré con llave no es una posibilidad.

—¿Crees que se equivoca por pretender que mantengáis esa charla?

—Creo que no quiero saber si se equivoca o no.

Él la observó unos segundos.

—Eso no es lo mismo.

—Lo sé. Por eso vamos a cambiar de conversación a la de ya.

Pablo soltó una risa breve.

—Eso sería muy tú.

Lola se alejó. Se quitó las chanclas, fue hasta la ventana y la abrió un poco.

—Después de la merienda las señoras quieren subir a la azotea.

—¿Por?

—Buscan placas solares, salidas de emergencia y vete tú a saber qué más.

—Me sorprende que no hayan empezado ya un inventario exhaustivo.

—Han interrogado a una empleada del *spa*. Casi la mandan a terapia.

Pablo meneó la cabeza, divertido.

—Y yo, ¿qué pinto en todo eso?

—Según ellas, un bombero siempre viene bien. Da empaque. Seguridad. Prestigio.

—Ajá.

—Y músculo —añadió Lola, girándose—. Eso no lo han dicho, pero lo piensan, seguro.

—Me siento utilizado.

Lola rio. La cara de satisfacción de Pablo delataba, más bien, lo mucho que eso lo complacía.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sí. Cansada, pero bien. Son agotadoras.

—No me refería a eso.

—No pienso abrir ese cajón ahora; no escuchas.

—No te he preguntado en ese sentido.

—Pero es lo que crees que necesito.

—Tal vez.

—Pues guarda ese pensamiento donde te dé la gana. No ocurrirá ni hoy ni nunca.

Pablo asintió despacio.

—Vale.

—Gracias.

Se miraron un segundo, en silencio. El ambiente se tensó sin llegar a volverse incómodo; al contrario. Había algo suspendido en él. Un par de frases que ninguno terminaba de pronunciar. Ella, por no escarbar en un pasado que dolía; él, por no asustarla antes de tiempo.

—Por cierto —fue Lola quien rompió el silencio—, dicen que te pegará mucho el albornoz.

—Ese es un piropo un tanto perturbador.

—Te acostumbrarás. Con ellas nada es normal.

—Entonces, ¿subo a la azotea con vosotras?

—Sí.

—¿Tengo que llevar casco?

—Solo paciencia. Y ganas de mirar al cielo mientras tres mujeres analizan un edificio.

—He sobrevivido a incendios peores.

Lola volvió a reír.

—Sabía que dirías algo así.

Se acercó de nuevo y le dio un abrazo rápido.

—Gracias por no insistir —susurró.

—Para eso están los silencios —respondió él.

Lola apoyó la frente en su hombro un segundo y luego se separó de él.

—Venga —resolvió—. Arriba esas ganas. Me ducho, merendamos y a hacer de carabinas.

Pablo deshizo su equipaje mientras Lola se recluía en el baño. Sí, estaba en un lío. No era el momento, ni el lugar. Aun así, la idea de quedarse al margen lo inquietó más de lo que esperaba.

Grupo «Más muertos que vivos»

Paco
El bombero está en el hotel con las mujeres.

Carlos
¡¿Cómo?! Y Margarita, sin soltar prenda. No me puedo fiar ni de mi señora.

Genaro
No digas eso, amigo. Margarita se desvive por ti.

Carlos
¡Pero qué dices!

Reme
Mucho ladrar y poco morder.
Paco, ¿sabemos el motivo?

Paco
No. Lo que sí he descubierto es el plan de don Aurelio y la alcaldesa. Podría funcionar.

Fermín
Leonor me ha dicho que cree que ha ido por nuestra Lola. Qué bonita pareja hacen.

María (mensaje de voz)
Niña, ¿estás más animada? Los pensamientos negativos no son buenos. ¡Gracias por las flores! Ese músico es mano de santo.

Isaías
¿Ya empezamos con las especulaciones?

Marta

Es que no evolucionan.

Carlos
¡Paco! Explícales el asunto. Yo lo compro desde ya.

Reme
Dale tiempo a Paco, Carlos, que está en ello.

Paquita
Eso, eso, que se explique, a ver si soy capaz de comer algo. Reme, una petición, hija: deja a los difuntos tranquilos, por el amor de Dios.

María (mensaje de voz)
Bueno, no le quitemos la razón a la chiquilla cuando la tiene. Rafa, ¿cómo va la porra?

Rafa
Paco, ¡escribiendo, uno se murió! Carlos, te espero para la cena.
La porra va con veinticinco votos de diferencia; la ilusión por el hotel ese se contagia como un mal bicho.

Elvira
Los compañeros del grupo de teatro propondrán, en la siguiente asamblea, la creación de una campaña para atraer a jubilados que deseen vivir sus últimos años en sosiego. Podría funcionar, ¿verdad?

Marta
Sosiego y Tres Naranjos, menuda fantasía.

Isaías
¡Qué razón tienes! Aunque la preocupación de Reme debería conocerse en todo el pueblo.

Reme

¡Ains! Porque no compartimos espacio, Isaías, o te juro que te besaba en *to* los morros.

Rafa
¡Pero qué dices, mujer!

Reme
¡Qué pasa, HOMBRE!

Isaías
¡Eh! No quiero problemas.

Marta
Os juro que me meo.

Paco
El asunto es que don Aurelio ha citado a la alcaldesa en el hostal para, junto con Saúl, estudiar los planos de la parcela maldita. El resultado: van a proponer la construcción de un polideportivo con sala polivalente. He escuchado que habrá profesores de esos que van en mallas, marcando músculo, y una piscina climatizada. ¡Fermín, con eso recuperamos a Leonor!

Paco
Un fisioterapeuta, un socorrista.
He pensado que se podría contratar a Zeta. El mozo es amable y, desde que vino a vivir al pueblo, está muy ocioso, ¿no os parece? ¡Ah! ¿Os imagináis que le dan un puesto al bombero? Sería una carambola magistral.

Carlos
Ahora sí te reconozco.

Paco
Y si le sumamos la caravana de jubilados, ¡reventamos las apuestas a favor del «no»!

Vecinos, estoy eufórico.
Os dejo, que tengo que pasar por el campo antes de que hiele.

Reme
¿Zeta, de socorrista? *Mamma mia!*

Rafa
Qué pronto te has olvidado de los muertos.

Marta
¿Qué opináis?

Marta
Aclaro: del proyecto.

Isaías
Es interesante. No puede competir con las comodidades que ofrece el hotel, pero tampoco presenta las mismas desventajas.

Genaro
A mí me va bien cualquier opción, la verdad.

Fermín
Me gusta la idea.

Elvira
A ver qué opina la avanzadilla del hotel, y luego decidimos.

Carlos
¡¿Elvira?!

Elvira
No me señales con el dedo, Carlos. Margarita, Leonor y Ángeles son de fiar. Y la cabra loca de Lola, imparcial. No seamos obtusos. Yo digo «no», pero quiero escuchar a mis vecinas.

Genaro
Eso sí es hablar.

María (mensaje de voz)
Yo solo sé que es muy triste ver cómo, poco a poco, Tres Naranjos envejece junto con nosotros. Decidir con cabeza debería ser nuestra prioridad.

Isaías
Opino igual que la señora María. En cuanto a la caravana de jubilados, me parece buena idea, siempre y cuando no padezcan del corazón. No me gustaría que os cargarais a alguno de los pobres incautos.

Carlos
¡Exagerado!

Fermín
Un poco de razón tiene.

Paco
Igual lo que necesitamos no es un hotel ni un polideportivo. Es un plan.

María (mensaje de voz)
¿Os recuerdo lo que me pasó a mí? Voy a por un vaso de flores de esas.

18:15 En la azotea del edificio – Hotel Cuerpo y Mente

De pie, con el viento en la cara, rodeada de tubos, rejillas metálicas y una vista privilegiada del monte, Lola se preguntó en qué momento había aceptado que subir a una azotea en busca de placas solares fuera una actividad recomendable para una tarde de hotel en compañía de Pablo.

—De verdad —dijo, llevándose las manos a las caderas—, que hayáis insistido en examinar esta zona me supera.

—Exagerada —le reprochó Leonor—. Si Fermín estuviera aquí, ya habría señalado tres posibles ubicaciones. Lo echo de menos. No estoy acostumbrada a dormir sin él. Ni a ducharme sin que me pregunte si el agua sale fría o caliente.

—Eso es amor —afirmó Ángeles—. Yo he llamado a Paco desde el baño.

Lola se acercó a Pablo y le tironeó de la chaqueta para que prestase atención.

—¿Desde el baño? —preguntó, con los ojos de Pablo fijos en ella.

—Claro. Para saber cómo van las cosas por el pueblo. Y para recordarle que no se le ocurra tocar mi lado de la cama. Ni una arruga quiero encontrar a mi vuelta.

—¿Y qué tal por Tres Naranjos? —indagó Margarita mientras inspeccionaba el perímetro, como si supiera con exactitud qué buscar.

—Revuelto —contestó Ángeles—. Paco dice que el bar está más lleno que nunca y que la porra del hotel cambia cada hora. Me pregunta cuándo regresamos, como si no lo supiese. Le he dicho que cuando me canse de estar tan a gusto.

—Mentira —apuntó Margarita—. Te mueres de ganas de volver.

—Calla —replicó Ángeles—. Que luego se crecen.

A Pablo se le escapó una risa; Lola le dio un codazo.

Ángeles, encantada con la complicidad de la pareja, miró a sus amigas, que asintieron con la barbilla.

—Carlos también ha escrito —comentó Margarita—. Quería asegurarse de que todo anda bien. Le he dicho que genial, con retintín y después, que se metiera en sus asuntos.

—Eso también es amor. —Leonor zarandeó un par de rejillas con el fin de comprobar que estuvieran bien sujetas.

—O costumbre —apostilló Ángeles.

Lola negó con la cabeza.

—Sois incorregibles.

Pablo, que hasta entonces había observado la escena con una sonrisa divertida, condujo a Lola hacia uno de los laterales. Desde allí el paisaje se abría en toda su amplitud: montañas, cielo despejado, aire frío que aclaraba las ideas.

—Tengo la sensación de que, si nos descuidamos, se ponen a medir el viento —murmuró él.

—No les des ideas. Capaces son. —Se apoyaron en la barandilla—. Las tres están coladas por sus maridos, aunque luego se quejen. Aunque discutan. Aunque se lancen pullas absurdas.

—Sí, se nota a la legua. No dejan de nombrarlos, para bien o para mal.

—Y eso que no los tenemos delante. Si estuvieran aquí, no habría azotea que inspeccionar. Discutirían por algo tan nimio como quién se pone primero la chaqueta.

Pablo rio.

—¿Y tú? —Apartó la vista del cielo para clavarla en Lola—. ¿Qué esperas encontrar?

—¿En la azotea o en la vida?

—En el amor.

Ella se tomó su tiempo.

—No quiero fuegos artificiales. Ni promesas grandilocuentes. Quiero a alguien que se quede cuando me pongo difícil. Que no huya cuando construyo muros. Que se ría conmigo… y de mí, si es necesario.

—Eso suena exigente.

—Lo soy —admitió—. ¿Y tú?

Pablo observó el horizonte.

—Yo quiero paz. Llegar a casa y no tener que fingir; saber que puedo ser mi mejor versión a su lado, pero también la peor, sin una pizca de miedo. Que, si un día me caigo, no me pida explicaciones antes de darme la mano para levantarme.

—Vaya. —Lola sonrió—. Eso suena peligroso.

—Lo es. Pero merece la pena.

Se quedaron unos segundos callados, cómodos, sin necesidad de llenar pausas para las que, quizá, aún no habían inventado palabras.

—¡Ejem! —La voz de Ángeles los sacó de su burbuja—. ¿Habéis terminado de filosofar o debemos seguir con la búsqueda?

—¡No hay más placas! —gritó Lola—. Solo cielo y tuberías.

—Entonces, bajamos —decidió Margarita—. Antes de que se nos ocurra algo peor.

Leonor se acercó a la pareja.

—Fermín dice que si el hotel cumple, votará que sí. ¡Ya tenemos un voto más! Pero no piensa ir conmigo a nadar, le da pánico tanta agua junta. ¡Ah! Y vosotros formáis un gran equipo, ¿os lo habían dicho?

Lola abrió la boca para replicar, pero se lo pensó mejor.

—No saquéis conclusiones —les rogó Pablo.

—Tranquilo —intervino Margarita—. Nosotras solo nos dedicamos a observar.

Bajaron de la azotea entre risas, con el viento aún adherido a la piel y la sensación de que, aunque no hubieran encontrado las placas solares que esperaban, algo importante había quedado claro:

Para Pablo, que encajaba con lo que Lola deseaba.

Para ella, que él era más profundo de lo que daba a entender.

Para las tres señoras, que, con un poco de tiento y mimo, conseguirían un nuevo vecino.

19:15 En una cabina de masajes – Hotel Cuerpo y Mente

—¿Esto es una broma? —Ángeles sostenía las braguitas de papel con dos dedos, como si acabara de sacar un pañuelo destruido de la lavadora.

Lola miró las suyas.

—Parecen filtros de cafetera.

—Aún más finas —sentenció Ángeles—. Como estornude, se desintegran.

La masajista había salido un momento para darles intimidad. Un biombo separaba las dos camillas. Ángeles lo apartó de un empujón.

—Quita eso, mujer. A estas alturas de la vida ya lo hemos visto todo.

—Habla por ti.

—¿Para qué lado va esto? —murmuró Ángeles.

—Fíate de tu intuición. La misma que usamos con los sujetadores deportivos.

—No he usado uno en la vida.

—Da igual el lado, tú póntelas.

Ángeles consiguió encajarse ese invento del demonio bajo las caderas.

—Esto no cubre nada.

—No está diseñado para cubrir, solo tapa lo justo —razonó Lola.

Se miraron en silencio un momento.

—¿Tú crees que estas braguitas son reciclables? —se le ocurrió de pronto a Ángeles.

—No empieces.

—Piénsalo. Papel, bolsa de plástico, fabricación, transporte… Y luego nos exigen que cerremos el grifo mientras nos lavamos los dientes.

Lola se sentó en la camilla.

—Ángeles, por favor, solo deseo tumbarme boca abajo y que me soben la espalda.

—¿Te has fijado en el calor que hace aquí? Esto está climatizado a propósito para que no pases frío al estar en pelotas. ¿Te haces una idea del consumo energético?

Lola dejó caer la cabeza.

—Sabía que no debía subir a la azotea. Ni aceptar el masaje trampa.

¡Pum, pum, pum!

Las dos se giraron hacia la pared.

—¿Estáis vivas? —La voz de Margarita les llegó amortiguada.

—De momento —contestó Lola.

—Preguntadle a la chica de dónde sale la sal del Himalaya —añadió Leonor, de fondo—. Que lo mismo es de Cuenca.

—¡Y lo de las toallas! —gritó Margarita—. ¿Cada cliente usa un juego nuevo? ¿Dónde las lavan?

Lola se frotó la cara.

—No es posible.

—Es una cuestión genética —le explicó Ángeles—. La curiosidad innata de Tres Naranjos.

La puerta se abrió al mismo tiempo que la de la cabina contigua. Las dos masajistas entraron sincronizadas: sonrisa profesional, serenidad autoimpuesta.

Duró tres segundos.

—Perdonad —dijo Margarita, quien, envuelta en un albornoz, asomó la cabeza por el hueco entre la chica y el marco de la puerta —, una duda rápida. La sal del Himalaya, ¿viene realmente del Himalaya o es un nombre artístico?

La masajista parpadeó.

—Eh…, es un compuesto mineral comercial que…

—Ajá —asintió Leonor—. Márquetin.

—¿Y las toallas? —intervino Ángeles—. ¿Cuánta agua consume cada lavado? ¿Qué detergente usan? ¿Es ecológico o de los que matan peces en los ríos?

Lola levantó la mano como si estuviera en clase.

—Yo no vengo con ellas.

—También quería saber —siguió Margarita— si el calor de las cabinas se regula por estancia o por planta, porque si es por planta estamos ante un despilfarro.

La segunda masajista miró a la primera.

—Puedo avisar a dirección si lo prefieren…

—No, no —dijo Lola, incorporándose—. Son preguntas… culturales.

—Muy culturales —confirmó Ángeles.

La chica respiró hondo.

—Trabajamos con proveedores certificados, sistemas de lavado de bajo consumo y productos con control medioambiental.

Las tres señoras se miraron.

—Bien —dijo Leonor—. De momento, aprobado.

Las masajistas dudaron si la contestación era positiva o todo lo contrario.

—¿Empezamos el tratamiento? —preguntó una, con cautela.

—Sí, por favor —dijo Lola, dejándose caer boca abajo—. Antes de que alguien pregunte por el origen del algodón de las toallas.

Se hizo un silencio.

—¿El algodón es egipcio? —preguntó Margarita, ya desde la otra cabina.

Lola cerró los ojos.

Las manos expertas le deshicieron tensiones que ni sabía que tenía. Por primera vez desde que había llegado al hotel, su cabeza dejó de correr a toda velocidad.

Entre las braguitas de papel, las auditorías medioambientales y la sal del Himalaya, casi se le olvida un detalle importante: se hallaba en territorio de Oliver.

Sorprendentemente, con aquellas tres mujeres alrededor, eso era lo que menos la inquietaba.

De momento.

20:15 En el *spa* – Hotel Cuerpo y Mente

El recinto estaba casi vacío a esa hora. El vapor subía lento, como si no tuviera prisa por disiparse; el arrullo del agua confería una calma artificial que Lola empezaba a considerar peligrosa: allí dentro era fácil bajar la guardia.

Había salido de la cabina de masajes con el albornoz mal anudado. Se sentía ligera, desarmada. Demasiado. Buscó a las señoras con la vista y las encontró, cómo no, entretenidas.

Ángeles hablaba con una empleada mientras señalaba las duchas. Margarita, a su lado, asentía con expresión grave, y Leonor inspeccionaba una esquina como si esperara encontrar una grieta estructural.

—¿No quedamos en subir a la habitación? —preguntó Lola, aunque sabía la respuesta antes de escucharla.

—Un momento —dijo Ángeles, sin mirarla—. Primero debemos aclarar un tema importante.

—Muchísimo —enfatizó Margarita—. El consumo de agua caliente.

Lola suspiró.

—Claro.

Fue entonces cuando lo vio.

Pablo entró en el *spa* con paso tranquilo, el bañador bajo el brazo y una camiseta clara que contrastaba con su pelo. Se detuvo al verla y sonrió, como si no llevaran todo el día cruzándose en lugares extraños.

Lola arrugó la frente.

—¿Qué haces tú aquí?

—Me han citado. Con nota incluida.

Se acercó y bajó la voz:

—Veinte quince. *Spa*. Lleva bañador.

—¿De qué hablas?

—Recepción. Muy discretos. He dado un paseo por el jardín mientras vosotras estabais aquí y, a la vuelta, me han dado el recado.

—¿El jardín? ¿Y qué tal?

—Demasiado perfecto. Árboles jóvenes con tutores, grava que cruje lo justo. Me sentía fuera de lugar.

—Normal —dijo ella—. Aquí todo es demasiado.

Las tres señoras se giraron al mismo tiempo.

—¡Ah, ya estás aquí! —exclamó Margarita—. Perfecto.

—Todo encaja —añadió Leonor.

—¿Encaja el qué? —Lola se puso alerta.

Ángeles dio un paso adelante, sonrisa con muchos dientes.

—Os hemos preparado un momento en pareja.

—¡Qué! ¡¿Por qué?! No hacía falta. De verdad.

—Pues claro que sí, Lola. Piscina de chorros —continuó Leonor—. Agua templada.

—Hamacas con calor —sumó Margarita—. Y piedras volcánicas.

—Hasta las nueve y media —remató Ángeles—. Luego nos vemos en el comedor para cenar.

—Ni se os ocurra negaros. —El tono de Margarita no admitía réplica.

Lola miró a Pablo.

—Lo siento.

—Empiezo a entender cómo funcionan —respondió él.

Las tres mujeres los guiaron hacia la zona más apartada del *spa*, entre comentarios sobre lo jóvenes que eran y lo poco que sabían aprovechar las oportunidades. Cuando por fin se quedaron solos, un silencio cargado de intimidad, al que no estaban acostumbrados, los asaltó.

Se despojaron de los albornoces sin prisa y se sumergieron en la piscina. El agua los cubrió con una temperatura agradable. Los chorros se activaron, envolviéndolos en un murmullo constante.

—Son unas liantas —comentó Lola, una vez que apoyó la espalda en el borde.

—Me han preguntado si pienso quedarme a vivir en Tres Naranjos —dijo él—. Así, sin rodeos.

Ella soltó una carcajada.

—Han tardado.

—No bromeaban.

—Nunca bromean con eso. Harían lo que fuera por conseguir un nuevo vecino.

—Lo sé.

Sonrieron. A medias.

Lola cerró los ojos un instante; el calor le aflojó los hombros. Pensó en que Pablo jamás dejaría su trabajo, ni a su familia. Mucho menos, la vida que ya tenía montada en la ciudad. No se lo reprochaba. Ella misma no sabía qué quería, solo tenía claro lo que no estaba dispuesta a repetir. Necesitaba equilibrio. Espacio. Nada que se pareciera a una renuncia.

Pablo la observó sin que ella lo notara.

Pensó en que nunca había dicho en voz alta todo lo que sí sería capaz de hacer por la mujer a la que amaba. Que callar era su manera de no presionar, pero también una forma lenta de perder terreno. Lo sabía. Y aun así, no hablaba. Porque Lola necesitaba calma, no promesas. Y él se la daría.

—Gracias por venir —dijo ella al abrir los ojos.

—A ti por pensar en mí —respondió él.

Se miraron sin necesidad de añadir más.

Y es que hay silencios que dicen lo que no estamos preparados para escuchar.

Grupo «Más muertos que vivos»

Reme
¿Habéis visto el panfleto de la caravana de jubilados?

Elvira
Sí. ¡Es ideal!

Marta
¿De dónde ha salido semejante barbaridad?

Fermín
A mí me lo ha enviado Carlos… Estoy sin palabras.

Rafa
Yo lo veo bien. ¿No es lo que queríais? Este grupo me confunde.

Reme
Los vamos a espantar…

Paquita
Da mal fario.

Genaro
¿De verdad estamos vendiendo el pueblo como destino final?

Reme
Pretenden imprimir cien para repartirlos entre los visitantes el próximo fin de semana.

Isaías
¿Sin contar con el consistorio?

Elvira
Somos un grupo de vecinos preocupado por el futuro de su comunidad. ¿Qué tiene de malo?

María (mensaje de voz)
El dato de la mortalidad, querida.

Reme
Y mencionar los mandamientos, sin exponer razones.

Marta
Y la fotografía del cementerio. A nadie le interesa lo bonito que es el lugar en el que «tus huesos se convertirán en polvo».

Reme
Nos preocupa quedarnos solos y lo primero que se nos ocurre es promover aún más despedidas.
Creerán que somos unos chiflados.

Marta
Si solo fuera eso, resultaría hasta entrañable.

Carlos
Tenemos la piel muy fina. Cambio de tema: ¿se sabe algo del bombero?

Paco
No. ¿Por?

Carlos
Nada.

Paco
¿Celoso? ¿Preocupado?

Carlos
Paparruchas. No podemos perderlo.
¿Y si están en crisis? ¡No me digáis que no lo habéis pensado!

Reme
¡Oh!

Rafa
Os dejo, los clientes me reclaman.

Paquita
No se puede vivir con tanta incertidumbre.

María (mensaje de voz)
Con lo que me gusta esa pareja.

Paco
Voy a sonsacar a Bea. Quizá ella pueda darnos información. ¡No lo dejaremos escapar!

Reme
Ni se te ocurra. No somos un servicio de inteligencia.

Carlos
¡Bea no soltará prenda! Sigue mosqueada con nosotros.

Marta
Ni media tarde tranquilos…

Paco
¡Os mantendré informados!

Elvira
Paco, te espero en la esquina con los prismáticos.

Paquita
Que no cunda el pánico. Miro por la ventana y os cuento qué hace ese par.

21:45 En el restaurante – Hotel Cuerpo y Mente

El comedor del hotel emulaba el escenario de un gran teatro preparado para la representación: luz cálida, mesas separadas con precisión matemática, copas cuyo brillo invitaba a bajar la voz, camareros sigilosos, un metre capaz de anticiparse a cualquier elección. Nada quedaba al azar. Lola pensó que aquel lugar había sido creado para que, en su interior, todo pareciera fácil, amable, incluso cuando no lo era.

Oliver, que ocupaba una de las mesas centrales, se levantó al ver llegar al grupo. Desde que dejó a Pablo frente a la habitación de Lola hacía unas horas, no se había quitado de la cabeza la necesidad de conseguir un momento a solas con ella para aclarar, puede que justificar. Soltar. La presencia del bombero suponía un obstáculo en su propósito.

Con una sonrisa estudiada, de las que no enseñan de más, se dirigió hacia ellos. Sus ojos, inevitablemente, recalaron primero en Lola, que lo miró de frente; un segundo más tarde, viajaron hasta Pablo, como quien revisa una variable no incluida en la ecuación inicial.

—Me alegra verlas —saludó—. Espero que nuestro *spa* haya estado a la altura.

—Relajante —respondió Ángeles—. Muy relajante.

—Muy esclarecedor —apuntó Margarita.

Oliver sonrió un poco más, como si aceptara el comentario, aunque no terminaba de comprenderlo.

—Si no tienen inconveniente, sería un placer para mí que cenáramos juntos.

Lo dijo en una jugada limpia, con la vista fija en Margarita. Uno debía detectar al elemento fuerte del grupo antes de actuar.

—Claro —respondió esta, sin dudar—. Así intercambiaremos impresiones.

Lola sintió que la decisión se cerraba sin necesidad de consultarle. Miró a Pablo. Él asintió con naturalidad, como si ese ligero bache no alterara nada.

Ya sentados, mientras les servían agua, Margarita se inclinó hacia Lola.

—Ese hombre solo tiene ojos para ti, y no muy amables para con el bombero.

Lola mantuvo la mirada al frente.

—No exageres.

—Nunca exagero —replicó Margarita—. Observa.

Oliver hablaba con Leonor acerca de la carta de vinos, pero cada cierto tiempo su atención regresaba a Lola; sutil, educada,

constante. Cuando se dirigía a Pablo, lo hacía con corrección, aunque sin la calidez que reservaba para ella.

—Lola —dijo Margarita de pronto, en voz alta—, ¿desde cuándo conoces a Oliver?

La pregunta cayó sobre la mesa como un cubierto al suelo.

Oliver no pareció sorprendido. Esperó.

Lola levantó la cabeza.

—Es alguien de mi pasado.

Nada más.

—Ah —repuso Margarita—. Entiendo.

Oliver asintió, como si la respuesta fuera suficiente. O como si no precisara más.

—El pasado siempre vuelve de formas curiosas —comentó—. A veces, para cerrarse bien.

Lola le sostuvo la mirada.

—O para quedarse donde está.

—¿Y el bombero? —preguntó Ángeles, con aparente inocencia —. Sois pareja, ¿no?

—Amigos —respondió Lola, sin titubeos.

Pablo no reaccionó. Bebió un sorbo de agua, tranquilo, distante. Ese gesto, lejos de disminuir la tensión, la hizo más visible.

—Una amistad muy valiosa e íntima. No siempre se encuentra algo así —afirmó Oliver.

—No —secundó Pablo—. No siempre.

Durante la cena, Oliver se mostró atento sin invadir. Preguntaba a Lola, celebraba sus respuestas, reía con facilidad. A Pablo lo trataba con respeto, aunque sin buscar en él la menor complicidad. No necesitaba marcar territorio: le bastaba con estar.

Pablo, por su parte, se mantuvo un paso por detrás. No interrumpió a Lola. No la defendió. No completó sus frases. Estaba presente sin atosigar. Y eso, paradójicamente, hizo que todas las miradas se enfocaran más en él.

Ella respondió a preguntas directas, a comentarios velados, a silencios incómodos. No buscó refugio. Tampoco ayuda. Cuando algo no le agradó, lo cortó con educación. Cuando algo la incomodó, lo desvió con humor.

Y en algún punto de la cena, lo entendió: Pablo no se había apartado por desinterés. Lo había hecho para no convertirla en un territorio en disputa. Para no hablar por su boca. Para no restarle fuerza.

Más tarde le agradecería el gesto.

Oliver observaba. Encantador. Astuto. Sabía leer una batalla; cuándo avanzar y cuándo retirarse. Y supo, también, que aquella mujer no necesitaba ser salvada.

—Ha sido un placer compartir la cena con ustedes —dijo mientras se ponía en pie—. Espero que el resto de su estancia sea igual de… reveladora.

—Lo será. —La sonrisa de Margarita estaba teñida de promesas.

Cuando Oliver se alejó, el murmullo del comedor volvió a su lugar. Solo entonces, Lola se permitió respirar hondo.

Seguían sentados a la misma mesa. Todo continuaba en su sitio.

Aun así, se sintió distinta. Y no fue por Oliver.

23:05 En la habitación 108

La cena había colmado sus cabezas de pensamientos. Los de Lola se focalizaban en su pasado; los de Pablo, en un presente inestable.

Lola se quitó los pendientes en medio del silencio y los dejó sobre la cómoda con más delicadeza de la necesaria. Pablo, en el borde de la cama, se desabrochó el reloj, observándola.

—Oliver sabe estar en una mesa —dijo ella al fin—. Es desesperante.

—Sí. No necesita alzar la voz para ser escuchado.

Lola resopló antes de dejarse caer en la butaca.

—Juega limpio. O eso parece. Y eso lo hace peor.

—¿Peor que qué?

—Que si fuera un imbécil. ¿Qué? No me mires como si hubiese soltado una chorrada. Con los imbéciles, una sabe a qué atenerse.

—No creo que sea imbécil.

—No lo es —admitió ella—. Ese es el problema.

En los segundos que permanecieron sin hablar, el ambiente se cargó.

—Lola…, mírame. Por favor… No sé si te gustará lo que voy a decir.

—Está bien, dispara. El día de hoy ha sido una puñetera montaña rusa, dudo que puedas empeorarlo.

—Creo que evitar esa conversación es un error. ¡Eh! No te tenses.

—No me he tensado.

—¿Incorporarse de un salto es entrar en estado de relajación? Primera noticia. Gracias por actualizar mis conocimientos sobre lenguaje corporal.

—Pablo, no seas quisquilloso. Te lo dije: el pasado es pasado. Allí debe quedarse. No lo removeré.

—Ya. Pero no remover no es lo mismo que cerrar.

—Para ti es muy fácil decirlo.

—No creas.

Lola lo miró con atención.

—¿Por qué te molesta tanto que no quiera cenar con él? No te ofendas, o sí, pero no es asunto tuyo.

—Lola, siéntate. Por favor. Por favor. Gracias. Cada vez que nieva, haces un muñeco de nieve al que le pones su nombre. Guardas sus guantes y su bufanda, que dejó olvidados la última vez que lo viste. No es pasado, es presente.

Ella abrió la boca, pero las palabras se ahogaron antes de llegar a la garganta. Subió las piernas sobre la butaca y se las abrazó con fuerza. Pablo había arrancado la última espina de un pasado que la cambió y se la exponía sin tapujos. No supo qué hacer con esa verdad.

—Eso es solo un recuerdo insignificante de una parte de lo que fuimos.

—Lo sé. Y no te juzgo. Pero tampoco puedes pasarte la vida reconstruyendo un pedazo de vosotros, para después presenciar cómo se derrite. No lo dejas ir.

Lola se levantó, caminó hasta la ventana y la abrió un poco.

—No lo entenderías.

—Inténtalo.

Ella se quedó quieta.

—Tengo miedo. No a él, sino a lo que yo pueda encontrar si abro ese cajón. A darme cuenta de que aún duele. O, peor, de que ya no, y de que he malgastado años paralizada, convencida de que sí.

Pablo asintió.

—Eso sí lo entiendo.

Ella se giró.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me divorcié.

Lola parpadeó.

—¿Estás divorciado?

—Sí.

—No lo sabía.

—Nunca salió el tema.

—No pareces… —buscó la palabra— marcado.

—Porque no fue una tragedia. Fue un cúmulo de malas decisiones tomadas con muy buena intención.

Se dejó caer en la cama. Lola se tumbó a su lado, ambos con la vista fija en el techo.

—Conocí a Isabel cuando yo acababa de cumplir los veinticuatro. Era enfermera, y atendió a mi madre cuando esta se rompió el fémur. Yo llevaba el uniforme, así que me dejaron pasar a urgencias nada más llegar. Muy romántico todo.

—Imagino —murmuró Lola.

—Nos casamos cuatro años después. A los treinta y uno, nos divorciamos. Apenas nos conocíamos: mis horarios, los suyos… cero tiempo real. No hubo gritos. Solo la sensación de querer encajar en el molde equivocado.

—¿La querías?

—A mi manera, sí. Pero no como hay que amar para quedarse.

—Pablo, ¿no te dio miedo acabar solo?

—Mucho. Pero más miedo me daba seguir por inercia. —Se miraron—. Por eso creo que deberías hablar con Oliver. No es remover, es dejar de arrastrar.

—¿Y si al hacerlo descubro que todavía…?

—Entonces lo sabrás —respondió con calma—. Y decidirás desde ahí. No desde el miedo.

Lola asintió; luego su vista regresó al techo.

—Eres muy sensato. Molesta un poco.

—Lo sé. Tengo ese don.

Ella rio, cansada.

—No quiero que pienses que te uso como escudo.

—No lo he hecho ni por un segundo.

Cuando ella giró el rostro, se encontró con los ojos de Pablo. Se quedó en ellos.

—Le dije que estaba contigo.

—Lo sé.

—Fue infantil.

—Fue instintivo —corrigió Pablo—. Y dice más de lo que crees.

Lo miró sorprendida.

—Yo…

—No te voy a presionar. Haz lo que necesites. Pero no te quedes congelada, a la espera de que el muñeco se derrita solo.

Lola se levantó y le dio un golpe suave en el hombro.

—Eres un coñazo.

—Pero quieres que me quede aquí contigo.

Sonrieron.

No había promesas. No había perdices. Pero había algo más, y Pablo se aferró a ello.

Un viernes de noviembre de unos años atrás

Aceleró en el último segundo. Cruzó la intersección saltándose el semáforo, agarrada al volante, los ojos cerrados, el corazón furioso estrellándose contra su pecho en un aviso claro: rondaba el límite de su resistencia. Un sudor frío recorrió cada centímetro de su piel. Tembló.

Abrió los párpados con brusquedad, mirando sin ver, desorientada por unos segundos, ofuscada los siguientes: el todoterreno negro, Oliver, la mujer. Giró un poco a la izquierda, lo suficiente para invadir el carril contrario sin chocar con el vehículo que venía de frente, y regresó a su posición cuando localizó su objetivo, dos coches por delante del suyo. Respiró hondo al notar que sus frenéticos latidos se ralentizaban.

No podía perderlos de vista. No después del calvario en el que había vivido las dos últimas semanas. A ratos (porque no eran ni horas, ni minutos; puede que apenas segundos), se sentía estúpida, cobarde, peliculera incluso; también loca, por qué no aceptarlo. Que su amiga hubiera visto a alguien que se parecía a Oliver en compañía de otra chica, o que él hubiera modificado el pin de su móvil, no eran motivos suficientes para montar aquel circo, mucho menos para cruzar ciertas líneas. Pero luego estaban esos otros momentos, más intensos, profundos, desgarradores, que le nublaban el juicio. Las pistas eran intangibles, igual que la intuición, pero estaban ahí, y esta le susurraba al oído que Oliver parecía más distante, menos atento, quizá distraído. La excusa de verse con menos frecuencia debido a la súbita carga de trabajo le olía a tufo. Le robaba el sueño, el apetito, la voz.

Se recolocó las gafas de sol y el gorro que había comprado el día anterior, después de recoger el coche de alquiler; el mismo con el que había esperado desde el amanecer frente al portal de Oliver, para comprobar la veracidad de su supuesto retiro laboral. Miró por el retrovisor. De los dos conductores que iban tras ella, uno parecía tener prisa; si la adelantaba, le resultaría imposible seguirlos, por lo que aceleró hasta situarse detrás del todoterreno. De nuevo, el

corazón errático, el sudor frío, un sutil mareo adueñándose de su estabilidad.

El todoterreno, Oliver, la chica, el beso.

Sábado, 9 de abril

10:15 En la piscina cubierta – Hotel Cuerpo y Mente

Pablo llevaba despierto desde antes del alba. No porque hubiera tenido pesadillas, sino porque los posibles desenlaces del periplo en el que se había visto inmerso lo mantenían alerta. De madrugada, se sorprendió buscando las diferencias entre el silencio que reinaba en aquellas cuatro paredes y el de Tres Naranjos, mucho más natural. Contempló el techo un rato, como quien escudriña respuestas en la oscuridad; luego, el perfil de Lola, que dormía a su lado con la respiración tranquila, el rostro relajado y una leve sonrisa en los labios. Pensó que así, desprevenida, parecía todavía más fuerte. Y hermosa.

Cogió el móvil, con cuidado de no despertarla, para escribir a Zeta.

Pablo
Estoy empujando a Lola hacia una situación que puede que la aleje de mí, y no me gusta, pero no puedo frenarla. Es lo que más le conviene. Supongo que eso también es querer. Luego te cuento.

Posó el teléfono boca abajo sobre la mesilla. Se levantó con sigilo, fue al baño y se lavó la cara con agua fría. Cuando volvió, se encontró a Lola sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabezal. El pelo revuelto, los ojos cerrados, la sábana enrollada en la cintura y la camiseta pegada a la piel lo estremecieron.

—¿Siempre madrugas tanto o es cosa mía?

—Siempre —mintió él—. Es un don. Como el de ser sensato. Molesto pero útil.

Ella sonrió sin abrir del todo los ojos. Le tendió la mano y Pablo se sentó a su lado. Lola apoyó la frente en su hombro, apenas unos segundos, lo justo para absorber su calor.

—Gracias por no forzar.

—Eso jamás.

—Lo sé.

Lola fue la primera en robarle el aliento al otro. Pablo, el que profundizó el beso. Se fundieron en su lugar conocido. El único que existía para Pablo; el mejor en mucho tiempo para Lola.

—Margarita me dijo ayer que hoy nos dan la mañana libre. ¿Llamamos ya a la policía o nos hacemos los suecos?

—¿Qué plan tendrán en mente?

—Investigar, seguro. Sospecho que le han pedido al personal los planos del edificio y el título del arquitecto. No te rías; sabes que son capaces de eso y de mucho más.

—¿Te apetece ir a la piscina?

—¡Sí! Relajarme, pensar poco… Ven, acércate, acabas de ganar un beso.

—¿Uno? Menuda decepción.

Llegaron al *spa* media hora más tarde, cuando todavía estaba casi vacío. La piscina reflejaba la luz de la mañana, que se colaba a través de la claraboya, en ondas suaves; el ambiente olía a cloro y a calma impostada. No obstante, a Lola le sirvió. Se sumergieron despacio, dejándose acunar por el agua templada.

—Tengo un *déjà vu*. —Lola se apoyó en el borde, igual que había hecho la víspera—. Nosotros, una piscina, silencio.

—Falta que alguien nos observe desde la distancia y piense cosas raras.

—Dale tiempo al tiempo.

En lugar de jugar a hacerse ahogadillas, como cuando se conocieron, decidieron flotar en busca de la paz prometida.

—Nunca te he preguntado por qué bombero.

Pablo ladeó la cabeza.

—¿Por qué ahora?

—Porque anoche me di cuenta de que sé muchas cosas de ti… pero no de las importantes.

—No hay una gran historia detrás.

—Eso lo decidiré yo.

Él se pasó una mano por el pelo.

—Mi padre decía que, si había que correr hacia el fuego o alejarse de él, siempre había quien dudaba demasiado. Yo nunca dudé.

—¿Y te sale bien?

—A veces. Otras no tanto.

Lola lo miró de reojo.

—Tu trabajo te hace feliz. A mí también el mío. Tenemos suerte.

—¿Tatuadora por rebeldía?

—¿Por qué lo dices?

—Te pega.

—Cierto…

{ }

—Admitiré que es insano seguir estancada. Pero… ni necesito ni quiero ser salvada.

—No ha sido mi intención insinuarlo.

Guardaron silencio. El agua le llegaba a Lola a la altura del pecho. Una gota recorrió el antebrazo de Pablo, que se colocó a su lado.

—Tras lo ocurrido con Oliver, me refugié en Tres Naranjos. Nora ya vivía allí. No me arrepiento. Aun con todo, es un buen lugar para vivir.

—Lo sé. Los maridos de las señoras me lo vendieron muy bien.

—¿Y?

—Y nada.

Ella rio por lo bajo.

—Eso pensaba.

Pablo la observó a conciencia mientras su mente elaboraba respuestas audaces que no llegó a verbalizar. Quizá eso de dejar espacio era un pariente lejano del egoísmo. Si ella quisiera…, si él viera un gesto claro, un camino sin tantas curvas… Sin la información completa, Lola no sería libre de decidir. Y aun así, calló.

—¿Sabes qué es lo que más me asusta? —preguntó ella.

—Dímelo.

—Que, si cierro lo de Oliver, deberé abrir algo nuevo. Y no sé si estoy preparada.

—No lo sabrás hasta que suceda. Pero quedarse estática tampoco es vivir.

Lola esbozó una sonrisa desganada.

—Eres un coñazo constante.

—Pero me escuchas.

—En ocasiones; pocas. —Se acercó más, sin rozarlo—. Mentira; me importa lo que piensas. Aunque, pasados tres segundos, negaré haberlo dicho.

—No necesito escuchártelo, lo sé.

Ella no respondió. Se limitó a mirarlo. Y, por primera vez desde que había empezado todo aquello, pensó que a veces basta con mantenerse a flote, sostenerse, dejar que el agua haga su función. Permanecer junto a la persona adecuada.

Desde la entrada al *spa* oyeron unas voces familiares.

—¡Os hemos encontrado! —gritó Ángeles—. Se nos ha ocurrido una idea brillante.

Lola cerró los ojos.

—Ahí viene el caos.

Pablo sonrió.

—Pero del bueno.

Salieron del agua con la lentitud propia de quienes saben que acabarán atrapados en una emboscada.

Grupo «Más muertos que vivos»

Paco
Buenos días.

Rafa
Eso no es buena señal.

Carlos
Cuando Paco saluda tan formal es que algo ha pasado.

Elvira
Confirmo. Ayer fui testigo parcial.

Paquita
Y yo total. Desde mi ventana.

Genaro
Empezamos pronto.

Paco
Ayer fui a ver a Bea.

Rafa
Eso ya lo sabíamos.

Carlos
Y que Elvira iba detrás con los prismáticos.

Elvira
Por si acaso. Una nunca sabe hasta dónde le alcanza la vista.

Paco
Pues bien.
Fui.
Pregunté.

Paquita
Llamó al timbre dos veces, en lugar de entrar.

Elvira
Bea tardó en abrir.

Paco
No tardó tanto.

Elvira
Para lo que yo considero normal, sí.

Paquita
Yo le vi mala cara.

Paco
Normal. Le pregunté por Lola.

Rafa
¿Directo? Ahí ya, mal.

Carlos
Paco…

Paco
«¿Y a ti qué te importa, Paco?».
Eso fue lo que me contestó.

Genaro
¿Literal?

Paco
Literal.

Elvira
Confirmo tono seco. Brazos cruzados.

Paquita
No le ofreció ni pasar.

Paco
Y cuando insistí un poco…

Carlos
¡No me digas que insististe!

Paco
Poco. Casi nada.

Elvira
Insistió.

Paquita
Un insistir más y ella le cierra la puerta en las narices.

Paco
Me dijo que no era asunto mío.
Ni de nadie.

Isaías
Razón no le falta.

Paco
Me ha quedado claro.

Carlos
¿Y por qué no nos lo contaste ayer? Te llamé tres veces.

Paco
Porque ayer me fui caliente a casa.
Y he dormido mal.

Fermín
Eso explica muchas cosas.

María (mensaje de voz)
Entonces, ¿cómo está Lola?

Paco
Bien. Lejos de nosotros, superbién.
Eso sí lo dejó claro Bea.

Rafa
Pues ya está.

Paco
No. No «ya está».

Carlos
¿Por?

Paco
No es de recibo que nos preocupemos tanto por el futuro del pueblo y luego no podamos ni preguntar.

Fermín
Interrogar a bocajarro no es «preguntar», Paco. Debes hacerlo desde otra posición.

Genaro
Ahí está el quid.

Paco
¿Y desde dónde se pregunta bien?

Reme
Desde el miedo, pero sin salir escopeteado.

Paquita
Últimamente hablamos mucho de la muerte, como para no tener miedo.

Paco
Porque no nacen niños.

Reme
O porque nos da miedo que no nazcan.

María (mensaje de voz)
Reme, cielo, ¿pasa algo?

Reme
Sí.

Paco
No nos asustes.

Reme
Estoy embarazada.

Paquita
¿Perdón?

Elvira
¿Es en serio?

Carlos
Reme…

Genaro
Pues mira tú.

María (mensaje de voz)
¡Eso es una alegría, cielo!

Paco
Entonces era eso.

Reme
Sí. Por eso me importa tanto.

Rafa
Cariño, ya te lo he dicho, no estamos tan muertos como creemos.

Paquita
¡Eso digo yo!

Elvira
Habrá que ir comprando prismáticos más pequeños.

Genaro
No empecemos.

Paco
Vale. Mensaje recibido.

Reme
No lo he dicho para que me felicitéis. Lo he dicho para que dejemos de tocar timbres sin pensar.

Paco
Pensado queda.

Marta
¡Felicidades, Reme!

Reme
Gracias.

Carlos
Entonces… más muertos que vivos, por ahora.

Un viernes de enero de unos años atrás

La nieve se acumulaba sobre el parabrisas desde hacía un par de horas. A través de ella, y desde su posición en el aparcamiento, controlaba las entradas y salidas del hotel rural en el que se hospedaban Oliver y la mujer.

Miró por la ventanilla y examinó un cielo plomizo, tachonado de copos blancos, que parecía resquebrajarse para dar paso a unos tímidos rayos de sol. Dejó caer la frente sobre el cristal. Cuatro horas y cincuenta y tres minutos encerrada en ese habitáculo no eran moco de pavo. Los primeros signos de entumecimiento surgieron en las piernas; las siguieron el culo, las manos. Con las yemas de los dedos, se masajeó el cuero cabelludo; quizá eso la ayudaría a despejar la densa niebla que se extendía por su mente. Un espacio que parecía desconectado de ella y, a la vez, muy suyo. Un recuento lejano de momentos vividos junto a Oliver: excelentes, buenos, regulares, malos; pocos, de esos, pocos. Entre todos, una verdad oculta, un sinsentido: el pánico a perderlo.

La bilis que ascendió garganta arriba la pilló desprevenida, y tuvo que reclinar la cabeza para evitar el vómito. Ella, que se jactaba de ser una mujer fuerte e independiente, era en realidad una farsa. En ese rincón de la sierra, con su cordura patas arriba, el deseo de que Oliver regresara a su lado se superponía a todos y cada uno de sus principios.

Cuando las nubes se alejaron, casi una hora después, ella seguía dando vueltas a sus opciones: entrar o irse; valiente o cobarde; imprudente o precavida; ganar o perder. Se llevó los dedos a las sienes; o templaba los nervios en breve o le estallaría la cabeza. Miró una vez más hacia la puerta del hotel, donde una pareja abrigada hasta la coronilla salía con un trineo; tres minutos después, otra apareció cargada con unos esquíes. La tesitura, además de surrealista, era absurda, deprimente, humillante. La certeza de que de un momento a otro se desmoronaría por completo brilló como un fogonazo en mitad de la noche, por lo que introdujo la llave en el contacto. Un intento, dos; no atinaba, sus músculos

anquilosados se negaban a colaborar; tres, una risa histérica retumbó en el habitáculo. Vació la mente unos segundos, por pura supervivencia. En el cuarto intento, consiguió su propósito y el motor rompió el silencio; metió primera y, antes de partir, echó un último vistazo a la entrada.

Oliver salía seguido de la mujer. En cuanto anduvieron unos metros, esta saltó desde atrás para encaramarse a la espalda de él, quien corrió hacia el aparcamiento con ella a cuestas, risueño.

Su corazón se saltó dos latidos, para después revelarse feroz.

La pareja pasó por su lado sin reparar en ella, por lo que apagó el motor y los siguió por el retrovisor: Oliver tiró a la chica al suelo en una pequeña explanada. Ella gritó alegre; él, con rapidez, se colocó sobre sus caderas y estampó dos puñados de nieve contra su cara. La chica, lejos de enfadarse, pataleó entre risas hasta que consiguió zafarse. Luego corrió unos metros, formó una enorme bola y se la lanzó.

Durante los tres cuartos de hora que permanecieron en el exterior, no perdió detalle de cada uno de sus movimientos: abrazos, besos, guerra de bolas, un muñeco de nieve. La chica se sentó frente a su creación y la examinó con seriedad; él la contemplaba a ella con una estúpida sonrisa. Después, se despojó de su gorro y de la bufanda y se los puso al hombrecillo de hielo. Otro beso, esta vez más profundo, largo, sentido.

Se aferró al volante cuando regresaron al hotel cogidos de la mano. Se hizo la eterna, típica y descarnada cuestión: ¿qué tenía la otra que a ella le faltaba?

El primer impulso fue girar la llave, meter primera, arrancar. El segundo, acabar con aquella situación.

Entraría.

15:40 En el área de mantenimiento – Hotel Cuerpo y Mente

Frente a un cartel que indicaba: «Acceso restringido. Solo personal autorizado», Lola rebuscó en su bolso hasta dar con el móvil; había vibrado un par de veces. Se detuvo en seco al leer el nombre de su amiga en la pantalla.

Bea
Paco vino ayer. Le paré los pies. Todo bien.

Bea
¡Disfruta del pulpo como animal de compañía!! Y de las doñas…

Lola bufó. Los metomentodos de sus vecinos eran especialistas en invocar el caos de la nada.

Alzó la vista y se dio de bruces con los ojos escrutadores de Pablo, que, apoyado en una columna del pasillo, no la perdía de vista.

—Bea. —Le mostró el mensaje.

—¿Te preocupa?

—¡No! Si se lo propone, puede ser tan borde como yo.

—Bien. Entonces, no le des vueltas. Una duda: lo del pulpo, ¿va por mí?

—¡Bah! Eso. Ni idea. ¿No me crees? Por tu sonrisa diría que no. ¡Eres un creído!

—No, desde luego que no. ¡Soy un pulpo!

Pablo dio dos zancadas, rodeó la cintura de Lola y la atrajo hacia su pecho. Mientras él le daba un beso rápido, ella se preguntó cuál sería su reacción si supiera que Nora y Bea insistían en llamarlo «su novio», y que ella las dejaba hablar como quien acepta barco como animal acuático.

Se sintió mal. Pablo era más que un lema de anuncio o que una ficha en un juego de mesa. Se retiró despacio, en busca de su rostro.

—Pablo, verás…

—¡Vamos! —gritó Margarita desde el fondo del pasillo—. Se nos va el tiempo y aún no hemos examinado lo importante.

—¿Qué es lo importante ahora? —inquirió Lola, recelosa.

—La trastienda —respondió Ángeles—. Donde se cuecen las verdades.

—¿La basura? —dedujo Lola—. Porque yo ahí no meto las manos.

—Tú no —dijo Leonor—. Pero nosotras sí.

Sin esperar respuesta, las tres echaron a andar con determinación marcial.

Lola las contempló, adentrándose tras la puerta prohibida.

—Acabarán detenidas —murmuró.

—O contratadas.

Las siguieron a cierta distancia, lo justo para no parecer cómplices directos. El almacén del hotel olía a detergente industrial y a cartón húmedo. Encontraron contenedores etiquetados con esmero, carros metálicos, compactadoras.

—Mira —dijo Margarita al levantar una tapa—: orgánico separado del resto. Eso suma puntos.

—¿Y esto? —Ángeles señaló otro contenedor—. Vidrio claro, vidrio oscuro… Qué finura.

—Esto no es normal —susurró Lola—. En Tres Naranjos reciclamos por fe, no por sistema.

—Por eso estamos aquí —sentenció Leonor.

Un par de empleados las observaron unos segundos, dudando si pedirles que se fueran o si llamar a algún responsable. Entonces apareció Agustín, el chef, con la chaquetilla impoluta y gesto críptico.

—¿Puedo ayudarlas?

—Sí —dijo Margarita, sin dudar—. Mantelería. ¿Cuántos lavados semanales?

Agustín parpadeó.

—Depende del servicio.

—¿Y la que no se usa? —insistió ella—. ¿Se lava igual?

—No siempre. Se reutiliza si está en condiciones.

—¿Y el desperdicio real de cocina?

Agustín inspiró hondo.

—Tenemos control de mermas a diario.

—¿En kilos? —se interesó Ángeles.

—Así es.

Lola observó la escena con los brazos cruzados. Solo les faltaba una silla para el chef, una mesa que los separara y un cigarro entre los dedos de cada señora.

—Lo ahuyentarán —murmuró.

—No. Lo evalúan para calibrar su sinceridad a través de sus gestos. Son muy hábiles.

—¿Los procedimientos actuales garantizan el consumo mínimo de energía en toda la sala? —quiso saber Leonor.

Agustín dudó un segundo. Luego sacó el móvil del bolsillo.

—Si me lo permiten, llamaré a Oliver.

—Normal —dijo Leonor—. Nosotras también pediríamos refuerzos.

Durante el par de minutos que Oliver tardó en aparecer, las mujeres siguieron con su inspección: abrieron los contenedores pendientes, revisaron un cuadro de luces como si fueran electricistas profesionales, e incluso verificaron una manguera y un extintor con la ayuda de Pablo.

Agustín las observaba estupefacto. Oliver se había quedado muy corto cuando los previno de que aquellas señoras podrían ser un tanto invasivas. En cuanto su jefe se personó en el área de mantenimiento, el chef huyó como alma que lleva el diablo.

Oliver, con traje a medida y expresión serena, no mostró sorpresa al ver el panorama. Escuchó, respondió una pregunta, luego otra, otra más. Facilitó información acerca de proveedores, del funcionamiento de los circuitos internos y hasta de los convenios establecidos con empresas locales, todo ello sin levantar la voz. No eludió ninguna cuestión, ni siquiera las más peliagudas, como qué opinaba él de la huella de carbono de cada individuo.

—Hay que admitirlo, aguante tiene —concluyó Pablo.

Lola asintió a regañadientes.

La siguiente fase de la investigación tuvo lugar en el aparcamiento, bajo un sol limpio, ajeno a las zozobras humanas.

Oliver les mostró los puntos de carga para coches eléctricos.

—Ampliables. Según demanda —concretó.

—¿Y la demanda crece? —indagó Margarita.

—Más despacio de lo que nos gustaría.

—Bien —dijo Ángeles—. Es una respuesta honesta.

De repente, Lola notó cansancio en las piernas, aunque era más mental que físico. Demasiada información, demasiada contención, demasiado buen hacer, que podía colocar a Oliver en Tres Naranjos con suma facilidad. Sus ojos se cruzaron con los de Margarita, quien, tras fruncir los labios, anunció el fin de las pesquisas.

Ya en la recepción, Pablo encabezó el grupo.

—Voy a llevarlas a merendar antes de que se arrepientan y se les ocurra revisar los cimientos.

—Buena idea —aplaudió Leonor—. El azúcar calma el ansia.

Las tres se fueron con él, comentando entre risas lo educado que era el abogado y la paciencia que tenía.

Lola permaneció quieta.

Oliver, también.

El vestíbulo recuperó su atmósfera elegante, fría y aséptica.

—Han sido exhaustivas.

—No te lo tomes como algo personal. Son así con todo lo que les importa.

Él sonrió.

—Me hago una idea.

Y en ese silencio breve que se instaló tras las palabras de Oliver, Lola comprendió que era entonces, o quizá nunca. Que nadie la obligaba a hacerlo, pero que se lo debía a su yo del pasado, así como al del presente.

El futuro de su corazón dependía de qué dirección tomase, de modo que dio un paso al frente.

17:22 En la recepción – Hotel Cuerpo y Mente

Ni impulsivo ni valiente, el paso de Lola fue una mezcla de fatiga y lucidez. Como si una pieza que lleva mucho tiempo fuera de su sitio, y sin apenas molestar, reclamase de repente su espacio.

Oliver alzó la vista al percibir el movimiento. No se sorprendió, ya que lo esperaba con anhelo, pero sí lo agradeció para sus adentros. Con el paso de los años, había aprendido que desear y recibir no solían ir de la mano. Pese a todo, se mantuvo a una distancia prudente. La conocía bien para saber que su gesto no era una invitación, sino una tregua. La respetó por ello.

—Tenemos pendiente una conversación. No ahora —se apresuró a aclarar Lola.

Oliver asintió despacio. No sonrió. No intentó adornar el momento.

—Me parece justo.

A Lola se le disparó el pulso. Con una mano se tapó la muñeca, irritada consigo misma por ser incapaz de evitar acelerarse ante alguien que ya no formaba parte de su vida.

—Será una cena. Solo eso.

—No te pido más, Lola.

En su cabeza, Oliver pensó que seguía siendo la misma: directa cuando decidía actuar. También, que no había claudicado impulsada por la nostalgia, sino por una pregunta que llevaba demasiado tiempo sin respuesta. Y que, pasara lo que pasase después, ese gesto —el paso al frente— ya había cambiado de alguna manera una relación que llevaba años inalterada.

—A las ocho y media, en el comedor, si te parece bien —propuso Oliver.

Lola le dedicó un cabeceo leve y se giró antes de que el momento pidiera algo más. Caminó hacia la zona donde Pablo y las señoras reían alrededor de una mesa, frente a varias tazas de café y platitos con dulces. Sintió el cuerpo rígido, pero la cabeza extrañamente clara.

Oliver observó a Lola alejarse, consciente de que esa cena no sería una reconciliación, ni un ajuste de cuentas sencillo. Sería un cierre. O una confirmación. Y ambas opciones exigían entereza.

Cuando por fin se movió, lo hizo con el aplomo de quien sabe que el verdadero desafío no es hablar, sino escuchar sin barreras.

Grupo «Más muertos que vivos»

Carlos
No lo asimilo.

Paco
Yo tampoco.

Genaro
¿El qué? Porque tenemos para elegir.

Paco
Que Reme crease el grupo por… propio interés.

Carlos
Eso. Que, al final, el discurso de «salvemos el pueblo» se debiese a que a ella le viene bien.

Rafa
Paco, ¿quieres escribirlo de un modo más feo o ya vas servido?

Paco
Lo digo como es.

Paquita
Como es según tú.

Elvira
Paco, ayer llorabas por dentro y hoy te las das de juez. Qué rápido se te seca el alma.

Fermín
Yo lo único que sé es que Reme está embarazada y que eso, en Tres Naranjos, es como ver llover jamón.

María (mensaje de voz)
Ay, hijos…, dejadla tranquila. Si yo hubiera podido tener otro, lo habría hecho. Nadie se atrevió a preguntarme por qué no tenía más. Al revés, debería ser igual.

Paco
María, no es eso.

Genaro
Sí lo es, Paco.

Paco
Solo pongo de manifiesto que me jode sentirme utilizado.

Marta
Paco, cariño, Carlos y tú os pasasteis una novela entera utilizando a medio pueblo con el tema del Mochuelo.

Isaías
Marta…

Marta
No, Isaías, las cartas sobre la mesa.
¿O ya no recordamos los grupos paralelos?
¿El «fantasma a la vista»?
¿Los «me he traído los prismáticos»?
¿Las retransmisiones desde detrás del guardarropa?

¿La gente apostada frente al hostal, como si acudieran a un estreno de Marvel?
Juntos para lo bueno y lo malo. Que Reme esté encinta es bueno. Muy bueno. Y sus preocupaciones, e intenciones, tan lícitas como las vuestras.

Elvira
Yo solo diré una cosa: los prismáticos eran de alta gama.

Paquita
Y yo vivo enfrente. Si no miro, reviento.

Genaro
Marta suelta las cosas como son. A ver si espabilamos.

Carlos
Eso fue diferente.

Marta
Claro. Diferente porque os divertía.

Paco
No me compares.

Marta
Te comparo con cariño y con memoria.

Rafa
Hoy el desayuno viene con colleja incluida. Os dejo, que en el bar no cabe ni un alfiler. Reme, cariño, tú, ni caso.

Reme
¿Puedo hablar?

Carlos
Adelante.

Reme
No voy a pedir perdón por estar embarazada.

Paquita
Ni se te ocurra.

Reme
Tampoco voy a fingir que no me ha removido.

Elvira
Normal. A mí me escuece hasta ver un carrito de bebé en un anuncio.

Reme
Que solo vamos a entierros es una realidad. No necesitamos llenar el pueblo de octogenarios. Tres Naranjos debe rejuvenecer. Es su porvenir.

Paco
Solo pensé que… Mejor lo dejamos.

Reme
Que yo iba de santa. Pues no.
Me preocupa el pueblo, sí. Y también que mi hijo crezca aquí y, dentro de diez años, esto sea un museo de gente mayor y casas vacías.

Carlos
Razón no te falta, pero podrías haberte sincerado desde un inicio.

Reme
El foco no es mi embarazo, es el pueblo.

Fermín
Chicos, es comprensible.

Carlos
Lo sé. Aunque me fastidien las formas, lo sé.

Reme
Y otra cosa: no os he engañado. Nunca.

Genaro
Eso es verdad.

Reme
Solo he dicho en voz alta lo que muchos pensáis pero os da vergüenza admitir, porque suena a rendición.

Paquita
A mí no me da vergüenza. A mí me da pánico.

María (mensaje de voz)
A mí me da miedo que os quedéis solos.

Elvira
María, hoy estás sembrada.

Isaías
Reme, ¿se lo has contado ya a Charo?

Reme
Sí.

Carlos
¡¿Y qué le has dicho?!

Reme
Que no pienso ensalzar ninguna iniciativa que perjudique el monte. Pero tampoco pienso votar que no solo por sentirme íntegra.

Paco
¿Y eso qué significa, exactamente?

Reme
Que si el hotel cumple las condiciones, no seré yo la que le cierre la puerta.

Carlos
Me cago en…

Genaro
Carlos, respira.

Paco
¿Ves? A esto me refiero.

Marta
Paco, te refieres a que no controlas lo que va a pasar. Bienvenido a la madurez.

Elvira
A ver, que nos liamos que da gusto. El embarazo de Reme no cambia nada. Estáis dolidos porque no se os ha informado antes que al resto. Os tenemos muy mal acostumbrados.
Carlos, Paco, ¡espabilad!
Reme, ni una explicación más.

Genaro
¿Y vais a felicitar a la muchacha o vais a seguir como dos adolescentes ofendidos?

Carlos
Reme…, felicidades.

Paco
Felicidades, joder.

Reme
Gracias.

Paco
Pero que conste que aún pienso que eres una lianta.

Reme
Y tú, un bocazas.

Elvira
Ay, qué bonito. Reconciliación a hostias.

Paquita
Ahora que ya hemos vuelto a ser una familia disfuncional, ¿podemos dejar de tocar timbres a la ligera y centrarnos en nuestra misión?

Marta
Eso, por favor.
¿Misión? ¡¿Qué misión?!

Rafa
Y yo añado: dejad de usar las palabras «propio interés» como si fuera un delito, que aquí todos hacemos cosas por interés.
Empezando por mí: me interesa que volváis al bar y consumáis.

María (mensaje de voz)
Yo quiero un bizcocho para celebrarlo.

Fermín
Yo, que no os peleéis hasta las doce; tengo trabajo.

Elvira
Fermín, pretendes un imposible.

Reme
Una cosa más: no lo he anunciado para que montéis una fiesta. Lo

he hecho para que escojamos el camino certero.

Paco
Hecho.

Carlos
Vale.

Marta
Seguro… Pero ¡¿qué misión?!

María (mensaje de voz)
La misión es que no os quedéis solos.

18:45 En la habitación 108

Mientras las aguas volvían a su cauce en Tres Naranjos, Lola, lejos del pueblo, abrió la puerta de la habitación ciento ocho después de dar un paseo por las inmediaciones del hotel. La penumbra, junto con el aire, más denso de lo habitual, la alertaron. Dejó atrás el rumor constante de los pasillos para adentrarse en un refugio que se le antojó frío.

Pablo, de pie junto a la ventana, miraba el perfil del monte sin verlo realmente, pues a esas horas la oscuridad lo engullía casi por completo. Se giró al escuchar pasos.

—¿Todo bien?

Lola no respondió inmediatamente. Dejó el bolso sobre la cama y se quitó la chaqueta despacio, ganando tiempo para sopesar la respuesta.

—Sí. O no. No lo sé. Voy a cenar con él.

—Lo imaginaba.

—No quiero que creas que…

—Lola, piensa en ti.

Ella lo observó en busca de una grieta, una señal, alguna pista que le confirmase que a él le dolía el paso que estaba a punto de dar. No la encontró.

—Me pone nerviosa. No la cena en sí, sino lo que puede remover.

—Serías de hielo si no fuese así.

—No quiero que interfiera en lo que tenemos tú y yo. Sea lo que sea.

Pablo apoyó una mano en el respaldo de una silla cercana.

—Lo que tenemos conlleva cuidarnos sin exigir respuestas.

Lola soltó un bufido y se pasó una mano por el cuello. La afirmación de Pablo se asentó, injusta como era, en su estómago.

—Tengo la sensación de que te debo explicaciones.

—No es así.

—Eso dices siempre.

—Porque es verdad.

Un silencio espeso los sobrevoló. Duró unos pocos segundos. Efímeros, raudos, tranquilos.

—No me voy a marchar. No antes de que vuelvas.

—Gracias. Otra vez.

—No es un favor. Forma parte de estar ahí para alguien.

Lola eliminó la distancia entre ellos, aunque no llegó a tocarlo.

—¿Sabes qué es lo que más me fastidia? Que me importe.

—El problema era fingir que no. Avanzar es necesario, lo sabes.

Lola bajó los párpados. Pablo aprovechó para perderse en sus labios.

—No quiero volver a equivocarme.

—Nadie quiere.

—Ya me equivoqué mucho una vez.

Pablo alargó sus manos hasta entrelazar los dedos de ambos. Lola abrió los ojos a causa del roce inesperado.

—Y pese a todo, sigues aquí. Eso dice más de ti que del error.

—Ya… ¿Te quedarás en Tres Naranjos cuando volvamos?

—Sí.

No le explicó sus motivos ni añadió nada más.

Lola asintió, como si esa única palabra le bastara.

Más tarde, cuando la puerta se cerró tras ella, Pablo tomó consciencia de que, a veces, amar consiste en quedarse quieto para no estorbar el paso del otro.

Y aun así, esperar.

21:22 En el restaurante – Hotel Cuerpo y Mente

El comedor, más abarrotado que la noche anterior, recibió a Lola un tanto más ruidoso. Lo agradeció: cuantas más personas, menos íntimo; a menor intimidad, mayor estabilidad. Las conversaciones ajenas le servirían de cortina, le brindarían temas a los que agarrarse en los silencios incómodos. Le permitían esconderse a ratos, respirar entre frase y frase, llegado el momento.

Oliver la vio aparecer a los cinco minutos de sentarse a la mesa. Lola, su Lola, se acercaba hacia él con paso firme, confiada. Exhaló con fuerza antes de que ella lo alcanzase. Se levantó en un gesto automático, cortés, intranquilo sin resultar obvio.

—Gracias por venir —le dijo al retirarle la silla para que se sentara.

—Te dije que lo haría.

En una mesa para dos, con la distancia justa para escuchar al otro sin invadir su espacio, ambos se ocultaron tras las cartas con la excusa de elegir los platos. Mientras, a unos metros de distancia, y en una ubicación estratégica por pura suerte, las enviadas de Tres Naranjos cenaban con la naturalidad de quien no se esconde.

—Mira —susurró Ángeles, inclinándose hacia Margarita—. Detectados. A ver cómo evoluciona el tema; por el momento, no se devoran. Buena señal para nuestro bombero.

—O mala —terció Leonor—. Depende de cómo se mire. Donde hubo brasas, siempre quedan rescoldos.

Lola, que sintió el escrutinio de sus vecinas en la nuca, las obvió; no necesitaba verlas para saber que se trataba de ellas. Oliver, por el contrario, levantó hacia las señoras la copa de vino que había pedido con anterioridad y esbozó una sonrisa.

—Tus amigas no disimulan.

—Antes se mueren que actuar con elegancia.

Tras pedir, llegó el agua para Lola. Poco después, la ensalada de temporada, para ella, y canelones de espinacas, para él.

—Has cambiado —aseguró Oliver sin rodeos, los ojos fijos en su acompañante.

Lola sostuvo el vaso antes de dar un sorbo.

—Juraría que tú también, pero mentiría. Ya no sé quién eres; ni tú quién soy yo, pese a que creas lo contrario.

—Cierto. Pero aunque cambiar es inevitable, la esencia es la misma.

—No siempre. Hay quien se queda donde estaba por el impacto de la traición.

Oliver acusó el golpe.

—Sí, podría ser. Pero… fuimos importantes el uno para el otro. Decisivos. Únicos. También podría ser ese el motivo, ¿verdad?

Se produjo un silencio breve. Lola aprovechó para evaluarse: ritmo cardiaco, en orden; número de mariposas en el estómago, cero; ganas de aferrar cualquier objeto, nulas; conversaciones que pudieran salvarla de responder, ni las escuchaba ni le interesaban.

Colocó las manos a los lados del plato para examinar a Oliver con descaro. Escaneó desde el pelo, que ya en el pasado le quedaba de punta, hasta la nuez, marcada; esos ojos grandes que siempre le habían llamado la atención; la comisura de la boca a la que tantos besos había dado; los labios carnosos que la enloquecían; la frente sin arrugas, que se fruncía ante un reto… Oliver seguía siendo el hombre atractivo que exudaba seguridad, y aun así, nada era igual. O tal vez sí. Todo lo era. Menos ella.

—Pensé que esta cena sería distinta —admitió.

Oliver la miró con curiosidad, sin un ápice de nostalgia.

—Yo también. Ya no intentamos impresionar al otro.

Lola asintió despacio.

—Eso es lo que más me tranquiliza.

—Y a mí.

A lo lejos, Ángeles frunció el ceño.

—No hay drama —susurró.

—Porque ya lo tuvieron, me juego el cuello —respondió Margarita—. Esto es el epílogo.

—O el desenlace —añadió Leonor—. Que no es lo mismo.

Oliver apoyó los cubiertos con cuidado sobre el plato.

—Durante mucho tiempo, creí que lo nuestro se había roto por falta de tiempo.

—Vamos, Oliver, el tiempo no tuvo nada que ver. Sí la falta de sinceridad.

—Pero fue real.

—Más para unos que para otros —sentenció Lola—. O es lo que pienso desde hace años. Ya da igual. Fuiste mi pasado, con su parte buena, su parte mala y su parte destructiva, incendiaria. Pero ya no, y con eso me quedo. Ya no, Oliver. No más cenas, no más «te acompaño hasta la puerta», no más nada que yo no quiera. Y no quiero nada. No necesito nada, que es mejor. No sé qué pretendías obtener de esta reunión, pero no tengo nada para ti.

Oliver no respondió de inmediato. En lugar de eso, se llevó la mano izquierda a la muñeca derecha, como si le molestara algo. Lola siguió el gesto sin querer. La vio entonces: la pulsera de cuero trenzado, oscurecida por el uso. La misma que ella le había regalado por su cumpleaños, hacía ya mucho.

—Nunca me la quité —dijo él, sin teatralidad—. Pensé que lo haría cuando dejara de recordarte a diario. Pero no ocurrió.

El murmullo del comedor subió un punto; también el pulso de Lola.

—No imaginé que la conservarías.

—No la conservo. La llevo.

Un silencio más largo, aunque no incómodo. Más bien, inevitable.

—Me casé porque tú te fuiste —prosiguió él, con la voz igual de serena que de costumbre—. Porque era más sencillo que salir a

buscarte. Eva estaba ahí. Tú, no. Y confundí estabilidad con elección. Tardé demasiado en entenderlo.

Lola sostuvo su mirada.

—¿Entender qué?

—Que querer a dos personas no es amar a dos personas. Amar… contigo sí sucedió.

Lola contuvo la respiración.

Durante años había soñado con esas palabras.

Enfadada.

En soledad.

En la ducha.

En noches en las que el pasado le golpeaba el pecho sin pedir permiso.

Escucharlas, tardías pero tangibles, le abrió el pecho. No en una herida, sino en una compuerta.

El comedor se desvaneció. Las voces, la luz, el murmullo. Todo quedó suspendido en el punto exacto en que el mundo pudo haber sido otro.

Por un segundo, solo uno, quiso retroceder.

Quiso que esa confesión hubiese llegado cuando aún era capaz de salvarlos.

Y el vértigo fue brutal.

No hubo dramatismo, tan solo una afirmación limpia.

Lola enmarcó el plato con los dedos. Ver el cuero en la piel de Oliver le había provocado una punzada. Su afirmación, en cambio, dolía.

—Cada vez que nieva —confesó, sin saber por qué— hago un muñeco y le pongo el gorro y los guantes que dejaste olvidados aquel día.

Oliver parpadeó.

—¿Un muñeco?

—Sí. Siempre idéntico. Lo hago para recordarme que lo que puede ser precioso también desaparece en una tarde. Para no idealizar lo que tuvimos. Para no mentirme.

Oliver la observó como si acabara de aprender un idioma nuevo.

—Yo no quería desaparecer.

—Pero desapareciste de igual forma.

Él tomó la copa, pensativo.

—Si pudiera volver atrás, actuaría de un modo distinto. No permitiría que el miedo decidiera por mí.

Lola lo creyó. Y ese fue el problema.

Porque durante un segundo, apenas uno, imaginó cómo habría sido quedarse. No irse. No romper con todo. No huir.

Y se vio allí.

En ese hotel.

En esa vida perfectamente diseñada.

No era una mala vida, al fin y al cabo.

Segura.

Previsible.

Esperó el golpe.

La punzada.

La nostalgia que arrasa con todo; el deseo de correr hacia él.

Sin embargo, nada de eso llegó.

La sorprendió la calma. Una certeza limpia, casi extraña. Lo había amado, sí. Eso siempre sería cierto. Pero ya no lo amaba.

Lola lo miró carente de rabia.

—Lo nuestro fue real. Pero ya no es mío.

De repente, una verdad se elevó entre el resto: ella también había cambiado.

La cena continuó en una calma insólita. Hablaron del hotel, del pueblo, del monte. De inversiones, de placas solares, de proyecciones a diez años. Oliver explicaba con precisión, con la firmeza de quien sabe siempre hacia dónde va.

Lola lo escuchó y, por primera vez esa noche, dejó de mirarlo como hombre y empezó a verlo como proyecto.

Comprendió que, aunque él la hubiera amado, como decía, su mundo siempre se reduciría a planos, cálculos y decisiones tomadas desde la cabeza, antes que desde el corazón.

Ya no era la mujer que habría elegido esa vida.

Llegaron al postre sabiendo ambos que esa sería la última vez que compartirían un momento íntimo. Por mucho que esa palabra,

asociada al hombre que tenía enfrente, la disgustase.

—Gracias por aceptar, Lola. Creo que necesitaba vernos así.

—Yo también, lo admito.

Se levantaron casi a la par. Él no hizo amago de acompañarla. Ella tampoco lo esperó.

Desde su mesa, las tres mujeres observaron a Lola mientras esta se alejaba.

—No ha salido corriendo —comentó Ángeles.

—Ni se ha quedado enganchada —añadió Margarita.

—Eso es crecer —sentenció Leonor—. Aunque duela un poco.

Lola caminó hacia el vestíbulo con una sensación inesperada: ligereza. No porque hubiera ganado algo, sino porque había dejado de cargar con ello.

El pasado no había sido una mentira; tampoco su destino. Mirar atrás ya no significaba volver a él, sino reconocer en quién se había convertido ella.

23:15 En la habitación 108

Pablo se dirigió al comedor cuando el reloj del vestíbulo marcaba algo más de las once. Lo hizo sin prisa, con una calma forzada. Se dijo que aún había margen. Sin embargo, no lo había: las mesas estaban recogidas; las sillas, alineadas con una precisión que no aceptaba dudas. El murmullo había muerto.

Permaneció inmóvil unos segundos, con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en el vacío. Había dado por hecho que Lola habría alargado la sobremesa; dadas las circunstancias, tenía lógica. Era normal, incluso necesario. Se había repetido esa palabra como una muletilla que ya no sostenía nada. No había ido a buscarla, solo a comprobar que estaba bien.

Al cruzar el vestíbulo, de camino a la habitación, evocó el final de la cena: dos copas aún sin retirar, los platos ya ausentes. Las

sillas ligeramente desplazadas hacia atrás. Visualizó una inclinación sutil, una conversación en voz baja, un acuerdo tácito.

Subió a la planta superior despacio. El pasillo alfombrado se le antojó demasiado blando en contraste con el ruido que tronaba dentro de él. Frente a la puerta de la ciento ocho, apoyó la frente un segundo contra la madera: desolado, así se sentía.

Apretó la mandíbula. Entró.

En el interior, nada había cambiado. El bolso seguía donde ella lo había puesto antes de salir. El cuarto de baño, vacío. La cama, intacta; eso fue lo que lo devastó. Se sentó en el borde, sacó el móvil, lo sostuvo como si se tratase de su último aliento. Lo desbloqueó: ningún mensaje, ninguna llamada perdida. Por un momento, la tentación de escribirle se presentó clara, insistente. No saber qué decirle lo detuvo.

El reloj avanzó sin misericordia. Once y media. Casi medianoche. La certidumbre se le instaló sin estruendo, como una mancha de humedad que cala sin avisar: Lola había vuelto a elegir a Oliver. O al menos, no lo había elegido a él.

No hubo enfado ni reproche, solo una tristeza seca, madura, de esa que no pide auxilio. Se levantó, abrió el armario y metió su ropa en la mochila con minuciosidad, como si manteniendo el orden en las prendas pudiera evitar el derrumbe. Dejó la habitación tal y como la había encontrado. No quería que, al entrar, Lola notara una ausencia violenta.

En la recepción, el encargado del turno de noche le deseó buen viaje. Pablo asintió sin más explicaciones. Una vez en el aparcamiento, el aire le golpeó la cara con crudeza. Arrancó el coche.

Condujo varios kilómetros sin pensar en el destino. Madrid era una excusa. Tres Naranjos, un lugar que jamás le había pertenecido por completo.

En una recta larga, sacó el móvil y escribió un único mensaje, escueto, casi telegráfico. Apagó la pantalla y siguió adelante.

A veces, pensó, querer bien consiste en irse a tiempo. Aunque duela. Aunque no sea justo. Aunque nadie te haya pedido que lo hagas.

El hotel quedó atrás, envuelto en la oscuridad. Y con él, una realidad que Pablo no se permitió maldecir. Solo aceptar.

Un viernes de enero de unos años atrás

Entró en el hotel aterida hasta los huesos. Estudió el entorno, más para recuperar la sensibilidad que por curiosidad: paredes y suelos de madera bien cuidada; a la derecha una pequeña recepción, el comedor a la izquierda; en el centro, una estancia amplia con un par de sofás y cuatro butacas de colores alegres, así como una mesa para diez comensales; frente a esta, la chimenea crepitaba con regocijo, flanqueada por una librería repleta de revistas, libros, juegos de mesa y plantas.

Esbozó una sonrisa amarga. El lugar emanaba encanto, familiaridad, dulzura; resultaba reconfortante. No prestó atención a la familia que jugaba al Cluedo, ni a la pareja que discutía en una esquina, mucho menos a la que se besaba cerca del fuego. Dar con Oliver y la mujer era su prioridad. Fijarse en cuanto la rodeaba solo le proporcionaría unos segundos de calma antes de la tormenta.

Se dirigió al recepcionista con la mente en blanco y el cuerpo rígido a causa de la tensión. Esperó a que acabase de atender a una pareja de recién llegados.

Sin saber cómo, y sin recordar una sola palabra de lo que había hablado con el recepcionista, tan solo un número, se encontró en medio del pasillo de la primera planta.

Frente a la puerta de la habitación ciento veintiuno, escuchó la risa de Oliver; después, un grito de diversión de la mujer. Llenó los pulmones y exhaló con lentitud, en un ejercicio de autocontrol inútil; con todo, su cabeza iba a mil por hora. Resultaba imposible detenerla un momento para decidir, pensar, escoger las palabras adecuadas. Sacudió el cuerpo; antes de llamar debía deshacerse del

irracional sentimiento de culpa que arrastraba. Parpadeó varias veces. No se permitiría una sola lágrima, o eso creyó.

Golpeó la puerta.

—¿Puedo hablar con Oliver?

—¿De parte de…?

—Eva. Su prometida.

Domingo, 10 de abril

00:05 En la habitación 108

Lola cerró la puerta de la habitación ciento ocho tratando de no hacer ruido. Alumbró el suelo con la linterna del móvil, lo que le permitió llegar al baño sin tropezarse. Allí, encendió la luz. Se giró para observarlo dormir. Desde la primera noche que habían pasado juntos, le enternecía la paz que él irradiaba.

Sus ojos se agrandaron al encontrar la cama vacía. El escalofrío que le recorrió el cuerpo no dejaba margen a la equivocación. Encendió, entonces sí, la luz de la estancia y examinó esta: la mochila no estaba junto a la mesilla. Abrió el armario. Ni rastro de que Pablo hubiera estado allí.

Se quedó quieta, con los brazos inertes a los costados. La serenidad que se había apoderado de ella desde la cena se resquebrajó.

Miró el reloj: pasaban cinco minutos de las doce.

Se acercó a la ventana, apartó la cortina. El aparcamiento se columbraba a medias, iluminado por farolas discretas. El hueco donde había aparcado Pablo el viernes estaba libre.

El estómago le dio un vuelco cuando llamaron a la puerta.

—¿Por qué no abres con tu llav…

Tras abrir, la frase quedó en suspenso.

Eva la miraba con unas ojeras que eclipsaban el azul de sus ojos. El cansancio y la determinación vibraron entre ellas. Diferente hotel, misma escena, pensó Lola tras comprobar que Eva se aferraba al bolso como a un salvavidas, igual que había hecho tiempo atrás. No es que el pasado se hubiera colocado en su sitio, es que acababa de irrumpir de lleno, con nombres y apellidos.

—Hola, Lola —la saludó.

Lola parpadeó una vez. Dos. Tres. No dio un solo paso atrás, aunque el impulso estuvo presente.

—Eva…

Durante un segundo, ninguna de las dos se movió. Ambas constituían la evidencia incómoda de que algunas historias no se cierran hasta que no han hablado todas las partes.

—¿Puedo pasar? Si no es mal momento…

Lola abrió la puerta del todo y se hizo a un lado. Eva entró con cautela, como si aquella habitación no la pudiese disfrutar ni siquiera al huésped. Lola cerró, apoyó la espalda en la hoja y respiró hondo.

—Te he visto en el comedor. Con Oliver.

Lola asintió. No tenía sentido fingir.

—Ya…

—Pensé que acabaríais la noche juntos —la interrumpió Eva —. Me fui antes de comprobarlo. No podía. Otra vez… No.

Lola abrió la boca para responder, pero un nuevo golpe en la puerta la detuvo.

—¡Lola! —La voz de Ángeles atravesó la madera—. Abre, tenemos que hablar.

Las tres señoras irrumpieron con naturalidad, como quien entra en su propia casa. Ángeles fue la primera en captar el ambiente cargado. Margarita, por su parte, escaneó la habitación en dos segundos, y Leonor se quedó en el umbral, observando la situación.

—El coche del bombero no está —anunció Margarita—. Y eso no es normal. Ni bueno.

El silencio cayó como un peso. Ninguna de las tres apartó la vista de Lola.

Eva fue la primera en reaccionar.

—Perdón, creo que no debería estar aquí. Mejor me voy.

—Al contrario —respondió Ángeles—, a Lola la rodean muchos misterios últimamente.

—¿Y tú quién eres?

—Margarita… —censuró Lola.

—¡No! Deja que hable.

Lola miró a Eva, a la que le temblaron las manos. La respiración se le aceleró; el corazón se le contrajo. Lola había conocido de primera mano ese tipo de ansiedad.

—¿Te importa que les explique? —le preguntó en voz baja.

Eva dudó un instante.

—A falta de mi terapeuta… —soltó una risa nerviosa—, supongo que buenas pueden ser ellas.

—¡Eso! —celebró Ángeles—. Terapia de grupo improvisada. Lola, pide vino. Yo me agencio un lado de la cama. Cerca del respaldo, eso sí, que mis lumbares lo necesitan.

Lola miró a Eva, que asintió con timidez. Estrujó el bolso con más fuerza y se sentó en la butaca.

—Ahora mismo.

Fue hacia la mesilla para llamar a recepción, pero antes le echó una ojeada al móvil. Se detuvo cuando vio que tenía un mensaje nuevo.

Levantó la vista. Las cuatro mujeres la observaban sin abrir la boca. Eva parecía a un tris de desmoronarse; las señoras, curiosamente, esperaban con una paciencia de la que no habían hecho gala en todos esos días.

Dejó el móvil boca abajo sobre la cómoda. No podía ser nada bueno.

—Ahora vuelvo. Voy a por el vino.

La noche no iba de Oliver, tampoco de Eva. Al parecer, iba de lo que ocurre cuando alguien se marcha sin despedirse.

Y ella no tenía la menor idea de cómo afrontarlo.

00:22 En la habitación 108

Cuando Lola regresó con el vino, el aire se había asentado en la habitación sin que ninguna de las partes fuese consciente de ello. Las cinco mujeres asumieron, sin necesidad de verbalizarlo, que la noche no iba a ser breve ni, mucho menos, banal.

Dejó la cubitera sobre la cómoda y repartió copas sin ceremonia. Ángeles se acomodó en el borde de la cama y se dejó caer contra el cabecero con un suspiro exagerado; Margarita ocupó la silla más próxima a la ventana; Leonor se sentó en el suelo, con la espalda en la pared, cómoda, expectante. Eva permanecía en la butaca, envarada y con el bolso aún en el regazo.

—Por lo menos disponemos de ayuda —dijo Ángeles—. Las verdades, sin vino, se atragantan.

Eva esbozó una sonrisa mínima, más educada que espontánea.

—No suelo beber —confesó—. Pero ahora… ahora lo necesito.

Lola llenó su copa en último lugar. No brindaron. Nadie tuvo la ocurrencia de proponerlo. El vino cumplía otra función: bajar las defensas y subir el ánimo, como el mejor de los ansiolíticos.

Durante unos segundos solo se escuchó el tintineo suave del hielo, el sonido lejano de alguna cisterna y a un par de parejas en el pasillo, camino de su habitación.

—Eva, has dicho que nos viste cenar —apuntó Leonor, con voz tranquila—. Eso no es casualidad.

Lola alternó la vista entre las dos mujeres.

Eva asintió.

—Se lo he comentado mientras no estabas. Veréis, mi padre es el dueño de la cadena Cuerpo y Mente. Tras nuestro matrimonio, Oliver y yo empezamos a trabajar con él. Cuando la alcaldesa de Tres Naranjos llamó para solicitar este fin de semana para cuatro de las vecinas, yo estaba presente. No es que mi marido se mostrara receloso con respecto a los nombres de las huéspedes, pero tampoco fue del todo transparente, lo que llamó mi atención.

—Cuando una está alerta, suele ser porque algo chirría —sentenció Margarita.

—Llevo meses… —buscó la palabra— intranquila. No sabía si estaba sacando cosas de contexto o si eran imaginaciones mías. Cuando Oliver sugirió acudir solo a atender a la delegación del pueblo… Necesité comprobar con mis propios ojos que se trataba exclusivamente de eso.

Lola la escuchó atenta, sorprendida al reconocer, tras tanto tiempo, el estado de Eva: la rigidez en los hombros, la respiración medida, la vista fija en un punto para no afrontar la situación, el miedo a perderse a sí misma incrustado entre las costillas.

—Pensé que si os veía juntos… —Calló—. Pensé que encontraría respuestas.

—¿Y las obtuviste? —preguntó Ángeles, directa, aunque sin dureza.

Eva negó despacio.

—No. Vi a dos personas charlando. Nada más. Y aun así… —se encogió de hombros— algo se agrietó dentro de mí. Puede que fuese darme cuenta de que llevo demasiado tiempo en estado de alerta.

En ese punto, Lola bajó la guardia de forma inconsciente. No habló, pero su postura se relajó y las barreras que mantenía en pie cayeron.

—Vivir con el corazón en guardia permanente debe de ser agotador —comentó Leonor.

—Acabas por convertirte en detective de tu propia vida —añadió Ángeles—. Y no suele gustarte lo que descubres.

Eva levantó la vista, sorprendida.

—Exacto.

Hubo un pequeño lapso. Minutos, quizá, durante los cuales el vino empezó a surtir efecto. Afuera, una luz en el aparcamiento se apagó. Leonor fue la primera en hacerlo notar.

—Por eso estábamos fuera —explicó—. El hotel deja demasiadas luces encendidas por la noche. Queríamos comprobar si era coherente con todo lo demás.

—No era por cotillear —puntualizó Ángeles—. Bueno…, no solo.

Eva soltó una risa breve, nerviosa, que murió rápido.

—No sabía quiénes erais, solo que representabais algo importante para el pueblo.

—Eso es mucho decir —replicó Margarita—. Pero nos lo tomamos en serio.

El silencio volvió a caer, aún más denso esta vez. Eva bebió, por fin, un trago largo de su copa.

—Yo creía que el amor era esto —dijo de pronto—. Estar alerta. Cuidar. No bajar la guardia. Pensé que si me mantenía vigilante, si era suficiente… —se le quebró la voz— no tendría miedo. Llevo años con ansiedad. No duermo bien, dudo de todo. De mí, de él, de lo que siento. No sé ni por qué os cuento esto. Bueno, sí: porque llevo años callada y esta noche… me pesa aquí. —Se llevó la mano al pecho.

Lola apretó la copa.

—Eso no es amor —murmuró Margarita—. A eso se le llama resistencia, querida.

Eva cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, estaban húmedos.

—¿Y cómo se distingue?

—Porque el amor no te encoge, te ensancha —respondió Leonor con suavidad.

Ángeles asintió.

—Con Paco discuto a menudo. Me enfado casi a diario. A veces lo asfixiaría con una almohada, pero jamás he sentido miedo de perderme por quererle.

Margarita intervino con una naturalidad que no admitía réplica:

—El amor de verdad no te pone en alerta, te ayuda a dormir.

Eva respiró hondo; sus labios temblaron antes de que se le llenaran los pulmones. Lola siguió sin intervenir; era lo más honesto por su parte: escuchar a Eva. Sin embargo, tras la afirmación de Margarita, pensó un instante en sí misma. Intentó remontarse a la última vez que no durmió, presa del miedo. No la recordaba.

—Creo que yo… nunca he tenido eso.

Las copas se vaciaron un poco más y Lola las colmó de nuevo. El reloj avanzó mientras la noche, lenta, se encargaba de suturar heridas sin que ninguna de las presentes percibiese siquiera el primer punto.

01:42 En la habitación 108

Lola se apoyó en la cómoda, con la copa entre los dedos. No bebía, observaba. Eva, por primera vez desde que entró en la habitación, había dejado el bolso en el suelo, a un lado de la butaca, en una declaración manifiesta de que ya no necesitaba ningún ancla. Ángeles jugaba con el dobladillo de la sábana; Leonor, en silencio, prestaba toda su atención a cada uno de los movimientos de sus compañeras. Margarita había cruzado las piernas y mantenía la espalda recta.

—Hay un tema que no hemos tocado. —Ángeles rompió el silencio sin estridencias—. Y no porque no lo sepas.

Eva alzó la vista, desconcertada. Lola sintió el comentario en su propia piel, como una fricción desagradable.

—Cuando una arrastra —continuó la señora— esa mezcla de cansancio y miedo, es porque lleva demasiado tiempo sin nadie en quien apoyarse.

Leonor se mostró de acuerdo.

—Y porque ya no puede más.

Eva tragó saliva.

—No sabía cómo seguir adelante sin cerciorarme por completo —admitió—. Que no estoy loca, que el pasado no llamaba a la puerta, que se trataba de una falsa alarma. Algo.

A Lola, el lastre con el que había cargado durante años, el que había aprendido a ignorar a base de mentiras que la ayudaron a sobrevivir a medias, se le acomodó en el pecho. Margarita dio un sorbo corto a su copa, que dejó sobre la mesilla, y luego alzó la mirada, primero hacia Eva, después hacia Lola.

—No me andaré con rodeos; ninguna tenemos edad para ello. —El silencio se espesó un punto—. Eva, lo que sientes no nace de esta noche, ni en este hotel.

»Lola, tú llevas con la misma cara desde que entraste por la puerta con el vino.

Lola rastreó los ojos de Margarita en busca del reproche, el juicio. En cambio, encontró una lucidez que la desarmaba.

Eva asintió sin mirarla.

—Esa cara —añadió Margarita— es la de alguien que ha ocultado una verdad durante demasiado tiempo.

Lola tomó una bocanada de aire.

—Margarita…

—Déjame acabar. No pretendo señalarte, solo te sitúo.

—Hay silencios que protegen y otros que enquistan. Tu cara refleja lo segundo —intervino Leonor.

—Exacto —apuntó Ángeles—. Y debe de pesar mucho.

Eva miró a Lola, por primera vez desde su llegada, con toda su atención. Sin reproche, pero con una necesidad urgente de entender. Inspiró hondo. No era la primera vez que compartían una habitación ajena, y se preguntó de nuevo qué había hecho mal.

—Lola, me gustaría no sentirme perdida nunca más. Necesito cerrar lo que dejamos abierto.

Lola tembló de pies a cabeza. Nunca fueron solo dos.

Margarita formuló al fin la pregunta que Lola esperaba, sin elevar la voz ni adornarla.

—¿Sabías que Oliver estaba con Eva?

Lola se tomó su tiempo. Bajó la vista a sus dedos; el vino osciló entre ellos.

—No. No hasta que la conocí.

Eva cerró los ojos para atenuar el impacto. Un segundo. Dos. Cuando los abrió, se leía en ellos una tristeza profunda.

—Entonces, es cierto. Jugó con las dos.

Ángeles volvió a romper el silencio unos instantes después.

—Vale. Lo más importante está dicho.

—Y lo demás vendrá después, tranquilas —añadió Leonor.

—Es innecesario escarbar esta noche en el pasado, cuando la gran duda está despejada. La verdad requiere reposo para asimilarla —concluyó Margarita.

El cuerpo de Eva le dio permiso para aflojarse un poco y dejó escapar una respiración larga, que distendió sus hombros. A Lola, por el contrario, un nudo se le instaló en la garganta: jamás imaginó que Oliver le hubiese ocultado esa información a su mujer.

En el exterior, el hotel permanecía en calma mientras, en el interior de la habitación ciento ocho, se desataba un tornado. Uno que, como comprendieron aquellas cinco mujeres, cada una a su manera, no giraba alrededor de un hombre.

Iba de dos mujeres.

Y de permitirse, al fin, una vida sin miedo.

02:50 En la habitación 108

El tiempo jugó a favor de las cinco mujeres, que, sin euforia ni dramatismo, forjaron un vínculo que no entendió de juicios, silencios o heridas. Ángeles se descalzó sin pedir permiso; dejó los zapatos alineados junto a la cama. Leonor, aún en el suelo, seguía con su labor de observar sin interrumpir, a no ser que fuese del todo imprescindible. Lola permanecía apoyada en la cómoda; le venía bien estar en pie, se sentía más despierta. Tampoco tenía urgencia por hablar, sí de regodearse en la complicidad que se había gestado entre ellas.

Eva, en la butaca, hizo girar la copa de vino con lentitud.

—Siempre pensé que el amor consistía en estar pendiente —afirmó—. Como si bajar la guardia me convirtiera en una irresponsable. ¿Tiene sentido?

—Nos vendieron tan bien esa mentira… —murmuró Ángeles.

—Así es. Mi madre siempre me insistió en que amar era anticiparse, vigilar, no dejar ni un solo flanco descubierto —añadió Margarita.

—Como si descansar fuera una señal de debilidad —contribuyó Leonor.

Eva alzó la vista hacia ella.

—¿No lo es?

—En absoluto. Descansar es la prueba.

Ángeles profirió una risa breve y delatora.

—El día que dejé de vigilar y empecé a descansar fue cuando entendí que lo mío con Paco iba en serio.

—¿Nunca te ha dado miedo perderlo? —quiso saber Eva, sorprendida.

—Claro que sí. Pero no miedo a desaparecer yo por estar pendiente de él. Ese es el matiz.

—Confundir intensidad con amor es muy habitual cuando una intenta que una relación funcione a la fuerza —dijo Margarita.

Eva bajó la mirada.

—Al estar alerta, imaginé que si detectaba cualquier contratiempo con antelación, evitaría el dolor.

—¿Y lo conseguiste? —preguntó Leonor.

—No. Solo me ahogué.

Un silencio respetuoso recorrió la habitación ciento ocho.

—Eso es aguante, no amor —sentenció Margarita—. Jamás debería confundirse compromiso real con soportar convivir con otra persona.

Eva cerró los ojos un instante; las palabras de Margarita resonaron en su pecho.

—Hay relaciones que no te rompen, pero te encogen. Son golpes invisibles, Eva. No aceptes vivir de ese modo —le aconsejó Ángeles.

—Tu pareja debería permitirte bajar la guardia sin miedo a que todo se venga abajo. Si no es con él, ¿con quién? El sentimiento es ese —añadió Leonor.

—No duermo bien desde hace años. Con eso os lo digo todo.

Lola oyó la frase de Eva como un eco lejano. Intentó recordar la última noche que había soñado con Oliver, con el muñeco de nieve, con Eva llamando a la puerta. Fue incapaz de ubicarla.

—El cuerpo nos habla cuando no escuchamos a nuestra cabeza —comentó Leonor.

Eva alzó la vista hacia Lola.

—¿Y tú?

—Yo sí duermo.

Añadir más no tenía sentido.

Eva le sostuvo la mirada y después asintió despacio. Acababa de colocar la última pieza del puzle.

—Jamás he vivido una relación como la que describís.

Ángeles se inclinó hacia delante. Su intervención requería proximidad:

—Nunca es tarde para empezar, cielo.

Margarita y Leonor asintieron.

Eva respiró hondo.

—Me niego a vivir con miedo.

El reloj avanzó sin que ninguna estuviera pendiente de él. En el exterior, una de las luces del aparcamiento se apagó. Leonor fue la única en apreciarlo.

Lola miró a su alrededor. Menos mal que no había abandonado a sus compañeras de viaje en una gasolinera el primer día.

Sí, tenían el gen de Tres Naranjos, y más peligro que serenidad.

No, jamás hubiera alcanzado ese punto de calma sin ellas.

El destino, además de caprichoso y un poco cabrón, también te acerca a esas personas que, aunque lo considerases imposible, te muestran el camino desde el respeto.

03:37 En la habitación 108

El vino había hecho su función. No de forma escandalosa, ni siquiera evidente, pero había suavizado los bordes afilados de la conversación, redondeado las esquirlas más puntiagudas. A esas horas, las copas, medio vacías, se encontraban ya lejos de sus dueñas, que rumiaban para sí mismas desde hacía un rato.

Ángeles, cansada de darle cabida al silencio, se propuso romperlo como mejor supo:

—Bueno, ya hemos hablado de lo que duele. Ahora propongo hacerlo de lo que no sale en las películas de sobremesa.

Margarita exhaló una tos seca; a Leonor se le iluminaron los ojos.

—¿Te refieres a las discusiones por tonterías? —Margarita tenía un montón de esa índole.

—Más bien, a que Paco ronca como si estuviera talando un bosque y, aun así, cuando se levanta antes del amanecer para ir al campo, ya no duermo igual.

A Eva se le escapó la risa.

—¿Tanto ronca?

—Muchísimo, pero también me deja el último yogur aunque a él también le apetezca. O me pone el último cubito de hielo en el refresco, aun cuando se quede sin él.

—Fermín no ronca —intervino Leonor, sin cambiar de postura —. Pero deja las gafas en cualquier sitio menos donde deben estar. Llevo veinte años buscándolas antes de salir de casa. En ocasiones me desespera. Otras… —se encogió de hombros— otras me parece una forma extraña de pedirme que lo cuide.

Eva, tras recuperar su copa, se reclinó en la butaca para escuchar con atención.

—Carlos —se sumó Margarita— no recuerda jamás dónde ha aparcado el coche. Y «jamás» significa «jamás». Hemos vuelto a casa andando más veces de las que puedo recordar. Pero, cuando me duele la cabeza, me trae el calmante antes de que se lo pida, se acuerda de todas mis citas médicas y nunca olvida una fecha importante.

—Ese amor logístico está muy infravalorado, amigas —concluyó Ángeles.

Eva soltó una risa incrédula.

—Nos han vendido que el amor debe ser extraordinario. Ángeles, Margarita y yo os aseguramos que la cotidianidad es la que sostiene los cimientos.

Lola, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la cómoda, escuchaba con atención. Conocía bien las disputas de Margarita y Ángeles con sus respectivos. Y aun así, saltaba a la legua que se profesaban amor del bueno. Sonrió. El reconocimiento

se abrió paso en su interior, como si cada frase encajara en un lugar que llevaba tiempo a la espera de que ella reaccionase.

—Paco me saca de quicio cuando discutimos por quién se ha dejado la puerta abierta, ha colocado la sal en otro armario o ha olvidado apagar la tele. Pero siempre hemos mantenido nuestra esencia sin borrar al otro. Eso es un regalo.

—Borrar al otro…

Eva, con la vista fija en su alianza, respiró hondo. Su cuerpo se desinfló de golpe.

—No permitiré que me borren. Empezaré de nuevo —anunció, más para sí misma que para el resto.

Lola se alegró al escucharla. No eran amigas, pero le importaba. Pensó en Pablo, en su silencio atento, en la forma en que llenaba el espacio sin invadirlo. En cómo dormía a su lado sin exigirle nada. En que le había pedido que silbara en caso de urgencia. Él era el único al que le había contado su historia con Oliver. No porque necesitase consejo o escucharla en voz alta. Solo que Pablo la supiera.

Eva clavó la vista en Lola.

—Gracias por permitirme estar aquí. Sé que no era tu responsabilidad.

—No tienes que darlas.

Margarita miró el reloj y chasqueó la lengua.

—Si seguimos así, nos dan las cinco.

—¿Alguna tiene prisa? —replicó Ángeles.

Poco después, Margarita recuperó su pañuelo, Leonor estiró las piernas con un leve quejido y Ángeles se calzó los zapatos. Sin prisa, y sin despedidas solemnes, regresaron a su habitación.

Eva se quedó un rato más sentada en la butaca, con la necesidad de memorizar aquella escena improbable: una habitación de hotel, cuatro mujeres desconocidas y una claridad que había perseguido durante años.

—Creo que esta noche dormiré bien —dijo al levantarse.

—Eso es una declaración de intenciones —afirmó Lola.

—Lo es. En cuanto os vayáis, hablaré con él para ponerle fin a nuestra mentira.

La puerta se cerró tras ella con suavidad.

El silencio engulló la estancia de una forma amable. Lola recogió las copas y las colocó juntas sobre la cómoda, al lado de la cubitera. Se descalzó y retiró las sábanas; se metió en la cama sin desvestirse; de repente se sentía agotada.

En ocasiones, las certezas no vienen acompañadas de respuestas, sino de comparaciones.

Ese día, casi de madrugada, Lola se despertó.

04:36 En la habitación 108

Llevaba más de media hora con los ojos cerrados cuando aceptó lo evidente: no pegaría ojo. Su cuerpo estaba exhausto, pero la mente, en cambio, tan despierta que no cesaba de reordenar lo ocurrido las últimas horas: la tensión previa a la cena con Oliver, el momento en sí, Eva, Margarita, Ángeles, Leonor… Necesitaba colocar cada instante en su sitio antes de permitirse descansar; la noche había sido intensa.

Y después estaba Pablo, su ausencia, el mensaje.

Se dio la vuelta. El móvil descansaba sobre la mesilla, boca abajo, donde lo había dejado. No leerlo había sido una decisión prudente. A veces, posponer la realidad es la única forma de no acabar rota.

Suspiró. Se incorporó despacio y decidió ser valiente:

Pablo
Hablamos en Tres Naranjos.

Releyó el mensaje un par de veces más. No había reproche ni promesas. Solo un tono neutro y un lugar: el suyo. Comprobó la hora: las 04:36. Demasiado tarde para llamar, así que le envió un mensaje.

Lola
OK.

Pulsó el botón de enviar antes de permitirse pensar.

Si le daba vueltas, llamaría. Y no estaba segura de querer oír lo que Pablo tuviera que decirle.

Apagó la pantalla, dejó el móvil en la mesilla y se tumbó de nuevo. Esta vez, el cuerpo cedió. Al fin y al cabo, era Pablo; hablarían en casa. Apostó por creer que eso bastaba.

Lejos de allí, en un piso de Madrid, Pablo sujetaba su propio móvil con fuerza. No se había equivocado al irse, mucho menos al cambiar de destino en el último momento y dirigirse a su piso en lugar de al de Lola. Aquella contestación breve, enviada de madrugada, confirmó sus temores.

No sería un estorbo.

Dejó caer la cabeza sobre el sofá. Imposible dormir. Hay cosas que no se dicen y, aun así, lo cambian todo.

Grupo «Más muertos que vivos»

Carlos
Vale. Supongamos que tienes razón.

Paco
¿Sobre qué parte exactamente? ¿Quién?
Porque tenemos varios frentes abiertos.

Carlos
El hotel. No negarse por sistema.

Elvira
Uy. Esto huele a giro argumental.

Paquita
Carlos, ¿te encuentras bien?, ¿te has dado un golpe?

Paco
¡Me cago en todo! No te muevas, voy para tu piso.

Carlos
No exageréis. No he dormido por darle vueltas al asunto de los muertos, los vivos y los futuros octogenarios, que son pan para hoy y hambre para mañana, como la mayoría de nosotros.
Supongamos que Reme está en lo cierto. ¿Cómo propones llevarlo a cabo?

Reme
Me he perdido. ¿A qué te refieres?

Carlos
A aceptar la viabilidad del hotel sin infringir nuestros mandamientos ni convertirnos en aquello de lo que hemos renegado durante décadas. La porra lleva cuarenta y seis síes, por algo será.

Rafa
Momento histórico. Te invito a comer, amigo.

Genaro
Carlos, es lo más sensato que has dicho en años.

Fermín
El hotel y nosotros podemos coexistir, con condiciones. ¿No?

Paco
Yo sigo con mis reservas. Me siento invadido, y eso que todavía no se ha votado. Que ganase el sí sería la constatación de nuestra incapacidad para mantener el equilibrio del que siempre alardeamos.

Marta

O evolución, según se mire. Yo voto que no, pero quiero escuchar a la otra parte.

Elvira
Paco, hoy te noto menos gallo y más gallina clueca. Igual que a Carlos.

Paco
¡¿Cómo?!

Carlos
¿Perdón?

Elvira
Protegéis lo vuestro sin saber muy bien cómo.

Isaías
Las palabras de Reme nos han llevado a todos a reflexionar. Incluso dos radicales dudan.

Reme
No es blanco o negro. Empezaría por hablar entre los vecinos, decidir qué futuro queremos y cómo podemos conseguirlo con la mente abierta.

Reme
Después, poner condiciones claras: preferencia por el empleo local, respeto al medio ambiente, límites de aforo. Que no nos vendan como decorado rural; no somos un experimento, somos un modo de vida. Como digo: ni blanco ni negro. Hay que pensar mucho, decidir más y estar muy atentos.

Carlos
A eso me refería. Gracias, Reme.

Rafa

Te invito a la cena también. Y que venga Margarita. Tú, dándole las gracias a mi mujer por trastocarte las ideas. Leer para creer.

Carlos
No te mofes, que no piso el bar en un mes.

Paco
¡Sí, hombre! ¿Y con quién desayuno yo los domingos?

Genaro
¿Con Fermín y conmigo?

Paquita
Yo sigo muy aferrada a los mandamientos.

María (mensaje de voz)
Hijos, yo no entiendo de hoteles, pero sí de pueblos. Y uno sin gente joven se apaga. Vosotros mismos podéis comprobarlo.

Fermín
Amén.

Marta
Además, no sé si sabéis

Carlos
¡Ahora qué! No puedo con tanta presión. ¡Y Margarita sin contarnos cómo van las cosas por el hotel!

Paco
Bienvenido al club de los esposos ciegos y sordos.

Marta
Perdón, que he recibido una llamada y, con los nervios, le he dado a enviar antes de tiempo.

A lo que iba: ayer una pareja entró en la carnicería de mis padres. Cuarenta y pocos, de ciudad.

Rafa
¿Y?

Carlos
Marta, ¡me provocarás un infarto!

Reme
Tranquilidad. Está escribiendo.

Marta
Le preguntaron a mi padre si conocía alguna casa en venta dentro del pueblo, porque habían dado una vuelta y no habían visto ningún cartel. Habían leído en la panadería el panfleto sobre los octogenarios y se han interesado por nuestra comunidad, el colegio (tienen dos hijos), los impuestos y la cobertura de internet.

Elvira
¡Lo sabía! Ese diseño cutre llamaría la atención. Voy a avisar al grupo. ¡Menuda alegría! Y para otra, que tu padre avise, Marta, que nos acercamos y les exponemos las bondades de Tres Naranjos.

Paco
¿En serio?

Genaro
Elvira, ¿no crees que los espantarías? Piénsalo.

Isaías
Increíble.

Paquita
¿Qué buscan?

Marta
Tranquilidad, aire libre, un lugar donde no sentirse invisibles.
Palabras que me traslada mi padre, pero dichas por ellos.
Pobre gente, han dado en el clavo: aquí, invisible, nadie es.

Carlos
¿Qué les dijo tu padre?

Marta
Que somos intensos pero buena gente, honestos y muy leales.

Rafa
Eso último convence más que cualquier folleto.

Reme
Igual no estamos tan muertos como creemos.

Paco
No cantemos victoria hasta que los veamos mudados.

Elvira
No, pero igual sería mejor dejar de cavar una tumba colectiva por inercia.

Genaro
A mí me gusta creer que el pueblo aún respira. Aunque sea a trompicones.

Carlos
Por eso he preguntado cómo se hace. No me gustaría meter la pata. Es un momento decisivo.

Reme
Escucha, lo primero es dejar de pensar que cualquier cambio representa una amenaza.

Paquita
No irrumpir en hostales como si fuéramos la Inquisición también ayudaría.

Paco
¿No podemos olvidarnos de ese asunto?

Rafa
Conclusión provisional: nadie está del todo tranquilo, nadie lo tiene claro, pero vamos por buen camino. Amigos, es un honor formar parte de este grupo.

Paco
Igual.

Carlos
Igual.

María (mensaje de voz)
Pues hala, hijos, todos contentos. Y puede que no tan muertos.

Paquita
Vamos a desayunar. Las revoluciones, con el estómago vacío, salen regulares.

10:35 En el aparcamiento – Hotel Cuerpo y Mente

Lola, con esa mezcla de cansancio y lucidez que dejan tras de sí las noches largas, se aproximó al grupo, que ya se despedía. Oliver, junto a Eva, se encontraba a poca distancia del coche. Era la segunda vez que ella los veía juntos y, aunque no tenía base ni criterio, la energía que emanaban era muy reveladora. A Lola le vino a la mente una tarde en la que cambió de sitio el mueble del

comedor: la habitación era la misma, pero respiraba de manera distinta.

—Ha sido interesante —le dijo Oliver—. Gracias por traerlas. Y por venir.

Lola asintió. Miró a Eva; a pesar del agotamiento, parecía entera. Lola se dejó llevar y la abrazó con fuerza. Eva, en un inicio, se tensó; después, se dejó hacer.

—Cuando pierdas fuelle, piensa en esto: arriba las tetas. No hay nada que les joda más a los problemas que el que los afrontemos con dignidad —murmuró Lola, para que solo Eva lo escuchase.

—Gracias por todo —sentenció esta al separarse. Después, las miró una a una—. De verdad.

Ángeles inclinó la cabeza.

—Cuídate. Dormir bien es un privilegio que no se debe perder.

Leonor le guiñó un ojo.

—Si algún día vienes a Tres Naranjos, no te vayas sin saludarnos.

Margarita se limitó a sonreír.

—Buen viaje —les deseó Oliver.

—Igualmente —respondió Lola.

Subieron al coche, las puertas se cerraron casi al unísono. El motor arrancó e iniciaron la marcha. El hotel, elegante, discreto, en un enclave precioso, quedó atrás.

—Bueno… —comenzó Ángeles, a los pocos minutos.

—Bueno —repitió Margarita.

Leonor, que observaba el paisaje, fue la que introdujo el tema sobre el que las tres mujeres meditaban.

—El entorno está cuidado, no se puede negar.

—Mucho. Y no huele a trampa —admitió Ángeles.

—Que no es poco —añadió Margarita.

—Las cocinas estaban limpias. Y el sistema de reciclaje, bien ideado.

—Leonor, tienes razón, pero ¿no creéis que es demasiado? Confieso que a mí tanto orden me pone nerviosa —gruñó Ángeles.

Margarita rio.

—Reconócelo: te ha gustado.

—No exageres.

—Los puntos de carga no estaban de adorno. Los cuidan y los promueven. Eso habla de apuesta y criterio —apuntó Leonor.

—Y no nos han vendido proyectos de sostenibilidad a futuro. No necesitaban comprarnos con lo que no tienen —afirmó Margarita.

Lola se apoyó en el reposacabezas y suspiró.

—No han sido invasivos —dijo.

Ninguna de las tres mujeres respondió. Todas entendieron que su afirmación iba más allá del hotel.

El coche enfiló el desvío a la derecha y el edificio desapareció por completo tras la curva. Delante de ellas se extendía el camino de vuelta a Tres Naranjos. No lo expresaron en voz alta, pero pensaron lo mismo: no había sido un mal fin de semana. Y eso, dadas las expectativas que tenían a la ida, suponía todo un éxito.

De regreso a casa, cada una reflexionó sobre lo que le tocaba afrontar: cerrar un ciclo, abrir un nuevo capítulo, elegir la zona segura. No lo sabían, pero el futuro no siempre depende de lo que uno decide. En algunas ocasiones, un pueblo tiene mucho que aportar; otras, basta una persona.

12:55 En el piso de Lola – Tres Naranjos

El piso la recibió con una energía distinta a la habitual. La sensación no fue hostil, pero sí inequívoca. Dejó las llaves en el cuenco de la entrada y aguzó el oído, a la espera de escuchar algún ruido en el pasillo, una puerta que se cerraba, una presencia que contradijera lo evidente.

Nada.

Avanzó despacio, como si el suelo pudiera abrirse bajo sus pies. Encontró el comedor tal y como lo había dejado: la manta, doblada sobre el respaldo del sofá; el libro que leía, boca abajo en la mesa; la planta, necesitada de agua. No había rastro de Pablo. Ni

una chaqueta olvidada, una taza mal colocada, ni ese desorden mínimo que indica que alguien ha pasado por un espacio que no es del todo suyo, pero que empieza a serlo.

Fue a la cocina. Abrió la nevera por inercia. La volvió a cerrar.

En el dormitorio, ni una huella fugaz. Como si Pablo jamás hubiera estado allí. Eso fue lo que más le dolió.

Soltó la maleta y se sentó en el borde de la cama. El cansancio se le instaló en los hombros, obligándola a curvarse. Imágenes de la noche anterior, junto a Eva y las mujeres, desfilaron en tromba por su mente. El mensaje.

Cogió el móvil.

Lo sostuvo unos segundos, sin decidirse. Llamarlo habría sido fácil, rápido. ¿Qué le decía? «¿Dónde estás?» «¿Por qué?»; incluso se permitió fantasear con un «te echo de menos». Esa idea la llevó a soltar el aparato. No porque fuese mentira; lo había descubierto tarde, pero no lo negaría. Los últimos dos días le habían mostrado muchas verdades, y también había aprendido otra: actuar en caliente solo la devolvería a un lugar en el que no quería estar. No quería reaccionar, sino decir. Para ello, necesitaba asimilar. Aire. Perspectiva.

Se levantó para abrir las ventanas del comedor. El pueblo seguía su ritmo habitual: Elvira cruzaba la plaza cargada con bolsas, una persiana descendió en el edificio de enfrente, el sonido amortiguado de una radio escapaba de una casa vecina. Tres Naranjos no se detenía porque ella tuviera el corazón en suspenso. Eso, curiosamente, la apaciguó.

Pablo la había acompañado en todo momento sin soltarle la mano, hasta que no supo cómo quedarse. Lola se juró descubrir qué había producido el cambio. Pero no ese día, ni a base de reproches.

Durante mucho tiempo había vivido apegada a un recuerdo, por lo que se debía ser ella durante un tiempo. Ella, sin más.

A unos kilómetros de distancia, Pablo, sentado en su sofá, ojeó el móvil por enésima vez. Se pasó la mano por el pelo, se echó hacia atrás. Las horas no corrían, se arrastraban. Lola debía de estar ya en Tres Naranjos y no daba señales de vida, eso lo desesperó. No pretendía recibir explicaciones, tan solo un «he llegado bien». Poco

podía reclamarle tras haber desaparecido sin hacer ruido ni decir adiós.

La sensación de que ella había pasado página le escoció, no por haberla perdido, sino porque, después de todo, habían sido amigos. Refugio. Se lo reprochó durante unos segundos; después pensó que quizá lo mejor era poner tierra de por miedo. Aunque fuese difícil de aceptar, doliese hasta doblegarlo y lo mantuviese en un limbo del que aún no sabía si no quería, o no podía, salir.

16:00 En El Local – Tres Naranjos

Faltaban dos minutos para que comenzara la reunión extraordinaria, y El Local, sin un hueco libre, evidenciaba que en la comunidad había dos grupos bien diferenciados. Las dudas, los miedos y las diversas expectativas individuales se agolpaban con las colectivas por primera vez en mucho tiempo. En el aire flotaba un murmullo reticente.

Charo y don Aurelio conversaban animados frente al atril. Ella gesticulaba, con una carpeta bajo el brazo; él asentía con las manos cruzadas a la espalda, esa postura suya que conjugaba autoridad y calma, como si ningún obstáculo lograse pararlo. Saúl apareció desde un lateral con un portátil abierto, lo conectó a la red con soltura y, tras un par de tecleos, una diapositiva se proyectó sobre la pantalla blanca del fondo.

Proyecto: Polideportivo de Tres Naranjos

Piscina climatizada – Clases guiadas – Servicio de bienestar

Un «oh» recorrió la sala. No fue entusiasmo, tampoco rechazo. Fue una sorpresa, estaba por ver si de las buenas.

Lola, sentada en primera fila, flanqueada por Margarita, Leonor y Ángeles, por un lado, y por Bea, Nora, Zeta y Nacho, por el

otro, se prometió que, si le preguntaban directamente sobre su estancia en el Hotel Cuerpo y Mente, respondería con la verdad. Al fin y al cabo, formaba parte de todo aquello. De Tres Naranjos. Esas personas eran su familia, aunque la mayoría de las veces la sacaran de quicio.

Tres filas por detrás, el grupo «Más muertos que vivos» al completo ocupaba una fila entera de sillas: Paco y Carlos se sentaban juntos; Reme miró a Rafa, que le apretó el muslo y le guiñó un ojo; Marta cuchicheaba con Isaías; Genaro permanecía serio como en misa; Fermín no le quitaba el ojo de encima a su señora, ¡cuánto la había echado de menos! Paquita le escribía un mensaje a María para ponerla al corriente. Junto a Elvira, el grupo de cazadores observaba en silencio, con los cuerpos tensos, como si esperaran el momento exacto para intervenir. Los de la Unión de Montañeros, tras ellos, comentaban la jugada del consistorio. Al fondo, casi pegados a la pared, los miembros de la Resistencia fijaban la vista en Sergio, que había optado por quedarse en un rincón, aislado, con los brazos cruzados y el gesto adusto. Nadie se le acercaba. Ni falta que hacía, pensaba él.

Charo dio un paso al frente y el murmullo se apagó con la docilidad que anticipa un discurso de suma importancia.

—Buenas tardes. Gracias por venir. Sabemos que han sido días intensos, y que no todas las informaciones han sido lo fidedignas que deberían. Pero aquí estamos, para aclarar, debatir y tomar decisiones.

La alcaldesa hizo una pausa. Miró la sala, a todos y cada uno de los allí presentes, mientras simulaba buscar unos papeles en la carpeta que sostenía. No reclamaba aliados ni miradas incómodas, solo atención.

—El ayuntamiento desea presentar una contrapropuesta a la construcción del hotel. Silencio, por favor. Se trata de un polideportivo municipal: con piscina climatizada, sala polivalente para impartir clases y un servicio de medicina deportiva y bienestar general, disponible cinco días a la semana. En terrenos de titularidad privada, sí. En los de Sergio. —Bufidos, carraspeos y exabruptos, esas fueron las reacciones—. No es un premio. Es una medida de

control para evitar futuros golpes, para decidir desde este punto lo que se construye y lo que no. El consistorio no le regala nada, sino que lo proponemos aquí para su votación.

Saúl avanzó una diapositiva: planos sencillos, funcionales.

—¿Y quién lo paga? —Una voz desde la izquierda.

—¿Y el mantenimiento? —Otra, al fondo.

—¿Para cuándo?

—¿Con descuentos para jubilados?

Charo respondió con calma: datos, aforo, límites. Don Aurelio tomó el relevo en un momento dado, con esa voz que no necesitaba elevarse para imponerse.

—Tres Naranjos no es un decorado. Y no lo será mientras sepamos decir sí o no cuando corresponda.

El murmullo se fragmentó en opiniones cruzadas. Ángeles inclinó la cabeza hacia Margarita.

—La piscina les ha tocado la fibra sensible.

—Normal. Hace años que ronda por el imaginario colectivo. Incluso Leonor parece entusiasmada.

—Falta por saber si habrá masajes o no. Eso podría ser decisivo —susurró Leonor.

Charo levantó la mano.

—Por favor, antes de seguir, nos gustaría que las embajadoras del pueblo subieran para hablar de su experiencia este fin de semana.

Un pequeño revuelo se alzó sobre las cabezas de los asistentes. Algunas se giraron; hubo dedos que señalaron y algún que otro «allí» que mosqueó a Margarita.

—Como si no nos hubieran visto en la vida.

Las tres se levantaron sin prisa. No en bloque, sino como seres individuales que saben que no están en posesión de la verdad absoluta.

—No venimos a vender nada —empezó Margarita—. Contaremos lo que hemos visto. Punto.

Durante los siguientes minutos, respondieron preguntas sobre reciclaje, empleo local, energías renovables, trato recibido, consumo de agua, material utilizado en la construcción del hotel y en el uso

diario. Ángeles fue directa cuando resultó necesario; Leonor, precisa; Margarita, honesta incluso al admitir las dudas.

—No nos han prometido el paraíso —dijo Leonor—. Y eso suma puntos.

Desde la Resistencia, un hombre alto, ataviado con chaqueta de campo, levantó la voz.

—Cuando empiecen a venir autobuses llenos de gente, el pueblo dejará de ser nuestro. ¿Alguien se lo ha planteado?

—Eso dependerá de nosotros —replicó Ángeles—. Debemos poner límites y vigilar que se respeten.

—Con el monte no se negocia —sentenció un cazador.

—No nos inclinamos rotundamente hacia el «sí», pero tampoco decimos que no por defecto —aseguró Margarita.

El ambiente se tensó. Carlos se removió en su asiento.

—Yo sigo con mis reservas, pero negar sin escuchar no es la solución.

Paco asintió, aunque una punzada de incomodidad le pellizcó el pecho.

Don Aurelio levantó la mano de nuevo.

—Bueno, bueno, seguro que todos tenemos mil dudas. Avancemos. Reme, ¿te importaría acercarte? Nos gustaría que compartieses con todos nosotros lo que has comentado con la señora alcaldesa. Es muy interesante, y un nuevo punto de vista.

Reme parpadeó. Se puso en pie despacio, entre susurros que se elevaron poco a poco.

—Habla —le pidió el hombre cuando llegó a su lado.

Reme compartió sus miedos: calles sin niños, un pueblo convertido en museo, más muertes que nacimientos, un colegio a punto de cerrar. Prefería vigilar, sin miedo y con responsabilidad, antes que Tres Naranjos se extinguiese.

—Quizá para mantenernos vivos necesitamos renunciar a una parte de nuestra identidad. Todo cambia, todo evoluciona. Tal vez considerarnos intocables fue un error que aún estamos a tiempo de subsanar. Con todos mis respetos, la propuesta del ayuntamiento está muy bien, pero cojea. El hotel conlleva nuevos vecinos; más

puestos de trabajo. Una oportunidad de crecer que hacía años que no se presentaba.

Cuando terminó, el silencio se espesó. La decisión era un arma de doble filo que muchos lugareños no habían contemplado.

Charo anunció un receso de veinte minutos antes de la votación.

Grupo «Más muertos que vivos»

Paco
No sé qué pensar. Me aprieta el pecho.

Carlos
No fuerces la máquina.

Paco
Gracioso.

Reme
Escuchar no significa rendirse. Es pensar antes de disparar.

Paquita
Escuchar, vale. Firmar ya es otro asunto.

Marta
No han dicho ninguna barbaridad.

Isaías
Barbaridad fue el panfleto del cementerio.

Genaro
Me asusta que, por salvar el pueblo, dejemos de reconocernos en él.

Fermín
Y que se cierre el colegio, ese sí que es el fin de una comunidad.

Paquita
No dramatices.

Carlos
Esto no va de hoy. Va de dentro de diez años. Ya lo han dicho.

Paco
O de quedarnos quietos mientras los demás deciden por nosotros.

Reme
Es complejo, lo sé.

Isaías
Estoy perdido.

Paco
Igual.

Carlos
Bienvenidos al limbo.

María (mensaje de voz)
Peor será no decidirse.

Reme
Eso.

Paco
Joder.

Carlos
Respira, amigo.

Elvira
Nadie ha hablado del folleto para la captación de octogenarios, me parece gravísimo.

El Local se dividió en corrillos. Sergio permaneció solo. Lola continuó en su sitio, desubicada. Nora la golpeó en el hombro para llamar su atención.

—¿Y Pablo?

—Luego.

Bea y Saúl intercambiaron una mirada cómplice. Zeta carraspeó.

—Como abras la boca, te castro —le advirtió Lola.

Las risas distendieron el ambiente. Por un instante, Tres Naranjos volvía a reconocerse entre sus habitantes.

17:33 En El Local – Tres Naranjos

El descanso no sirvió para descansar.

El Local se convirtió en un enjambre de corrillos, murmullos que subían o bajaban de volumen según quién hablara y quién escuchara. Nadie ocupó su asiento de forma definitiva; las sillas quedaron a medio arrastrar, como si el pueblo entero se negara a sentarse antes de averiguar en qué lugar iba a caer.

Sergio seguía solo. No por falta de espacio, sino por exceso de memoria. Nadie olvidaría quién los había puesto en ese brete. Se apoyó en la pared, móvil en mano, sin escribir a nadie. Era una figura estática en medio del movimiento, un recordatorio incómodo de que las formas importan tanto como las ideas.

En la tarima, Charo hablaba con don Aurelio en voz baja. Él, aferrado al tacataca, escuchaba con la cabeza ladeada, como hacía siempre que calibraba el peso de una decisión. Saúl, junto a ellos, expectante, no intervenía. Aprendía. Lola permanecía de pie en un

lateral, junto a Bea, Nora, Zeta y Nacho. Entre la muchedumbre, Margarita, Ángeles y Leonor resolvían dudas de algunos parroquianos insistentes. Tres Naranjos era un organismo vivo, contradictorio, ruidoso, capaz de desquiciar y de sostener a partes iguales. Solo había que observarlos.

Bea se acercó a Lola.

—¿Estás bien?

Ella asintió sin convicción.

—Aquí.

—Parece ser que eso ya es mucho —añadió Nora, como si le leyera la mente a su hermana.

Zeta sonrió con ese gesto suyo que presagiaba un comentario inoportuno. Lola gruñó.

—Aventuro que, pase lo que pase, en la panadería se comentará hasta agosto.

—No sé qué sabes, pero como abras el pico… —Al sentirse amenazada, atacó.

—Me castras, sí, ya me lo has dicho. Cuñada, llegado el momento, con cariño. Gracias.

Bea soltó una risa breve. Saúl, a un par de metros de distancia, los miró de reojo y negó con la cabeza.

Charo golpeó con suavidad el micrófono.

—Vecinos, por favor. Vamos a reanudar la asamblea.

El murmullo se apagó con más renuencia que antes. No era falta de respeto, sino los nervios que electrificaban el ambiente. Emitir un veredicto era más serio que debatir una idea.

—Gracias. Procederemos a la votación de la propuesta tal y como se ha expuesto: aceptación de la viabilidad del proyecto hotelero bajo condiciones estrictas que se definirán en una comisión vecinal en el plazo de una semana. En función del resultado de dicha votación, se votará la propuesta del consistorio: proyecto Polideportivo Tres Naranjos; finalizaremos con una tercera opción, la de quedarnos como estamos.

»Empecemos: quien esté a favor de la construcción del hotel, que levante la mano cuando se indique. Quien esté en contra, también tendrá su turno. No hay prisas.

Don Aurelio se adelantó un paso.

—Recordad una cosa: esto no va de ganar o perder, va de convivir después.

—A favor —anunció Charo.

Las manos se elevaron primero con timidez, después con mayor firmeza. Algunas subieron a medias, como tanteando el gesto; otras, con decisión. Reme levantó la suya sin dudar; Rafa la imitó. Marta miró a Isaías antes de hacerlo. Él tardo un par de segundos más. Paco elevó la mano despacio, como si le pesara el brazo; Carlos lo siguió, cruzando una mirada escueta con él. No fue un gesto triunfal, sino más bien un acuerdo silencioso.

En el grupo de cazadores, algunos brazos permanecieron bajos. Uno de sus miembros, Julián, meneó la cabeza y murmuró algo que solo escucharon los más cercanos.

—Esto es el principio del fin —dijo uno del grupo montañés en alto, para que se oyera.

—O el principio de otra era, según se mire —respondió alguien desde atrás.

Charo contó. Volvió a contar. Don Aurelio supervisó el recuento.

—En contra —indicó ella a continuación.

Menos manos esta vez. Más rígidas. Más convencidas de su decisión.

El silencio que siguió fue denso, casi reverencial.

—Este es el resultado —anunció Charo tras intercambiar una última mirada con don Aurelio—. A favor: noventa y seis por ciento. No es necesario realizar más votaciones.

Un rumor, distinto a los anteriores, recorrió la sala. Aun habiendo votado a mano alzada y a la vista de todos, la incredulidad se hizo hueco entre los presentes. Tras unos segundos, algún aplauso aislado se diluyó antes de cuajar.

—La propuesta quedó aprobada bajo condiciones y con la implicación de todos. En una semana nos reuniremos para depurar límites, controles y responsabilidades. Aquí no se firma nada a espaldas del pueblo.

—Ni de noche —añadió don Aurelio, que arrancó alguna risa contenida.

El ambiente se relajó lo justo para permitir respirar.

—Bueno —Nora se inclinó hacia su hermana—, hay cosas que no cambian. Van a su bola, pero siempre sorprenden.

—Y menos mal —respondió ella.

—¿Y Pablo? —insistió Nora.

Lola negó despacio.

—Luego.

Bea la miró con atención. No era necesario preguntar para intuir.

Zeta carraspeó.

—Yo solo digo… No me calcinarás, cuñada. Vale, vale. Me callo. Pero que conste que soy una tumba indiscreta y tu hermana me obligará a desembuchar lo poco que sé.

Nacho posó una mano en el hombro de Lola.

—Más pronto que tarde tendrás que dar explicaciones. Aquí no se esconden los secretos demasiado tiempo, lo sabes.

Ella asintió. Lo tenía claro, aunque esperaba que le permitiesen ir a su ritmo, porque, en realidad, no tenía la menor idea de qué había sucedido. Para conjeturar, se valía sola.

Charo cerró la sesión con un gesto firme.

—Gracias. De verdad. No ha sido fácil, pero seguimos aquí. Juntos.

El Local se vació lentamente, como si nadie quisiera ser el primero en salir. Afuera, Tres Naranjos continuaba en su sitio, ajeno a los cambios que se avecinaban.

Lola se quedó rezagada. Observó cómo sus vecinos se despedían los unos de los otros, cómo se formaban grupos, cómo algunas distancias se acortaban y otras se acentuaban.

Pensó en Pablo. En el mensaje. En su ausencia. En la falta de palabras.

«Luego», se dijo. Se le antojó cómodo, pero también una trampa.

Lunes, 11 de abril

09:30 En el Mala Vida - Tres Naranjos

El estudio Mala Vida olía a desinfectante y a tinta fresca, el punto exacto entre lo clínico y lo íntimo en el que Lola se sentía invencible. En su espacio, reinaba el orden: agujas esterilizadas, guantes, papel *film*, el zumbido constante de la máquina como un metrónomo que no admitía dudas. Allí, si alguien le decía: «Me duele», ella sabía cómo actuar. Si temblaba, también.

Lo que le venía grande era el silencio por elección.

La agenda, abierta en la pantalla, le mostraba un lunes rutinario, como si los sucesos del fin de semana formaran parte de un sueño: a las once, repaso de diseño; a las doce, retoque; a la una, hueco para comer; a las cuatro, la pareja de los tigres, espalda con espalda, tamaño «me odiarás cuando lleves dos horas boca abajo».

Lola leyó el nombre de los clientes, por inercia, y empezó a pergeñar excusas: no puedo irme, tengo trabajo, compromisos. Vida.

El móvil vibró sobre la mesa por tercera vez en veinte minutos. No lo miró. Sabía de quién se trataba. Nora y Bea llamaban cada vez que olían sangre; Zeta, en cuanto había novedades; Nacho, ante emergencias; sus compañeras de viaje, cuando les rotaba. Lola había aprendido a hacerse la sorda cuando el mundo la empujaba hacia la realidad.

Apoyó la palma en la mesa, respiró hondo y reordenó la sala como si fuese su cabeza: colocó las tintas por tamaños, alineó los rollos de papel, limpió por segunda vez una superficie que ya relucía.

Cogió el móvil. Lo dejó.

El timbre de la puerta emitió un tintineo corto, alegre, como si el local no supiera que dentro había una mujer a punto de deshacerse sin hacer ruido.

Levantó la vista, a la espera de encontrar a Bea o a Nora. Quien entró, sin embargo, fue Margarita, impecable incluso para allanar un estudio de tatuajes: abrigo abrochado, bolso colgado del brazo, la mirada de alguien que no iba a preguntar por un *piercing*, precisamente.

La recién llegada se detuvo en medio del local, observó el orden con un gesto mínimo de aprobación y se quitó los guantes.

—¿Hemos perdido al bombero para siempre?

La pregunta cayó como una bomba.

Lola parpadeó una vez. Dos.

—Buenos días para ti también, Margarita.

—Buenos serán si me contestas.

Lola se apoyó en el respaldo de la silla giratoria, con el fin de ganar tiempo para elaborar la respuesta correcta. Encontró decenas imperfectas.

—No tengo ni idea.

—Eso es un sí maquillado, querida.

—Es un «no lo sé», que es distinto.

Margarita avanzó hasta la mesa de trabajo, donde contempló los diseños impresos: flores, letras, un pequeño corazón, los tigres.

—¿Es posible que no lo sepas porque no has preguntado?

—He tenido… cosas.

—Tatuajes, sí. Ya lo veo. Y clientes. Y la vida. Y miedo.

Lola abrió la boca para negarlo, pero no pudo ser. Justo en ese momento, la puerta volvió a sonar. Y luego otra vez. Y otra. Como si el pueblo entero se hubiese puesto de acuerdo para acudir sin cita previa.

Ángeles irrumpió como llega la naturaleza: sin disculpas y con energía.

—¡Ah! Ya está aquí la jefa de la intervención. No te asustes, Lola, no venimos a arrancarte las uñas. Solo evitaremos que cometas una estupidez. O que no la cometas, que es peor.

Tras ella apareció Leonor, más despacio, como si la prisa fuese un lujo que no iba con ella. Se quitó la bufanda, saludó con un gesto y se sentó en la esquina del sofá de espera sin preguntar, como si el mueble fuese del pueblo tanto como de Lola.

—Tu cara no indica que sean buenos días.

—Leonor, lo eran. Ya no lo son —murmuró Lola.

—Nosotros conseguiremos que lo sean —remató Ángeles, que abrió el cajón de los caramelos como si llevara años trabajando allí.

La puerta se abrió por cuarta vez. Nora entró como un huracán con botas, seguida de Bea, que miró a Lola con una mezcla de preocupación, rabia y alivio por verla bien. Zeta y Nacho cerraban el grupo.

—Hola, familia. ¿Habéis empezado con la terapia de choque?

—No, no, acabamos de llegar —contestó Ángeles.

Nora, a grandes zancadas, se situó frente a Lola.

—¿Me puedes explicar por qué me evitas?

Lola apuntó al ordenador, a la agenda, a la máquina.

—Trabajo.

—No vengas con esas. ¿Lo veis? Siempre igual: se pone productiva para evitar hablar. Es su deporte favorito. Eso sí, solo cuando se trata de ella; al revés, te escupe verdades como puños de acero.

Bea se acercó a su amiga con tiento, como si en lugar de una herida ajena, fuese propia.

—¿Estás bien?

—Estoy.

—Eso es que no —tradujo Margarita.

Zeta carraspeó y se cruzó de brazos, la espalda contra la pared.

—No eres la única que asegura estar, por si te sirve de algo.

—Zeta, no me líes. Venga, fuera todos. En una hora me llegan clientes. —Mentira.

—Eso es perfecto. Yo me encargo de ellos. Los invito a comer al hostal, les pongo una habitación para la siesta, les doy conversación y les cuento la historia de cómo mi pueblo casi se autodestruye por una piscina climatizada.

Leonor sonrió. Qué razón tenía la muchacha.

—Esa historia vende —aseguró Ángeles—. A ver si consigues que pasen unos días con nosotros y, ya puestos, que se queden a vivir. Sangre joven. Sería una auténtica carambola.

—Haré lo que pueda; eso sí, Lola, hoy no te quedas escondida tras… mmm, a ver… ¡Qué pasada de dibujo! Pues eso, que no te agazapas tras los tigres.

—¡Que no me escondo!

Ángeles soltó una risa de incredulidad, tan contundente que Lola se vio pillada.

—Ay, por favor. Si una se propone escabullirse, lo hace bien. Porque a mí, así, me das pena. Y ya es difícil, que yo soy de las que lloran poco.

Nora apoyó las manos en la mesa de trabajo, inclinándose hacia su hermana.

—¿Dónde está Pablo?

El nombre, pronunciado en voz alta, cargó el aire de electricidad. A Lola, el cuerpo le pidió el mismo truco de siempre: desviar, bromear, contraatacar. Ser ácida, aunque se desmoronase por dentro. Pese a todo, se reprimió.

—No lo sé.

Bea agachó la mirada, como si conociera la respuesta de antemano y, aun así, la decepcionara. Zeta apretó la mandíbula; qué necesidad tenían esos dos de estar igual de perdidos. Su primo era idiota, Lola era idiota. El amor tenía fases idiotas. Nacho negó con la cabeza, mientras que Nora asintió. Leonor exhaló con lentitud. Margarita no pestañeó. Ángeles se llevó la mano al pecho.

—¿Nos puedes dar más detalles? ¿Te lo has tragado? ¿Lo has guardado en un cajón? ¿Ha desaparecido como las monedas en la lavadora? —Nora no entendía nada.

Lola bajó los párpados un instante.

—Se fue.

—¿Se fue? —repitió Ángeles—. ¿A dónde? ¿Al monte, para convertirse en ermitaño? ¿A la carpintería, a por puertas nuevas? ¿Podrías especificar?

—A Madrid. Supongo.

La risa de Nora fue seca. Nacho le golpeó el hombro en un aviso para que se controlase. Zeta miró a Nacho, quien asintió. Nora era la única que podía encarrilar a Lola.

—Vale. Perfecto. Fantástico. Zeta, esto se os ha ido de las manos: que sea la última vez que tu primo y tú os andáis con secretitos. Y tú, Lola, ¿qué ha pasado para que un tío que me promete que cuidará de ti salga despavorido? ¡Joder! No pongas esa cara; no es tan extraño que me dijese tal cosa. ¿Estás ciega?

—Ni idea de lo que ocurrió.

—¿Has intentado hablar con él? No se iría sin más, ¿o sí? —La mirada de Bea se paseaba entre las embajadoras de Tres Naranjos, que mostraban su conformidad, y Lola, que seguía muda.

—¿Lola? —dijo Nacho, que vio a Zeta sacudir la cabeza a los lados.

—No quiero actuar en caliente.

Margarita chasqueó la lengua.

—Actuar en caliente es pegar un grito, o romper un plato. Preguntar qué ha pasado es ser adulta.

—¿Por qué debo justificarme? —Lola subió el tono—. Se marchó sin decir nada. ¿Qué esperáis de mí? ¿Que salga tras él con una antorcha? ¿Que le pida perdón por tener un pasado?

—No. Quiero que hagas lo de siempre cuando algo te importa: ir de frente, no esperar.

Lola contrajo los dedos alrededor del cartucho de tinta. Luego lo dejó. No quería romperlo. No quería romperse.

—No me da la gana perseguir a nadie.

—No es perseguir —intervino Leonor—. Es elegir.

Ángeles asintió con solemnidad teatral.

—Eso. Elegir. Qué bonito. Y qué jodido.

Bea dio un paso hacia Lola.

—Aquí la cuestión es sencilla: ¿lo quieres?

Lola la miró. Esa pregunta, en boca de su amiga, parecía tener respuesta fácil.

—No lo sé —admitió bajito. No se lo creerían, pero no necesitaba más presión.

—¡Mentira! —reprochó Margarita.

Lola se giró hacia ella con rabia. Se sentía expuesta, abierta en canal.

—¿Perdón?

—Que es mentira y lo sabes. Pero te da pánico reconocerlo en voz alta porque, entonces, no podrás fingir estar a salvo. No te culpo, nadie podría tras este fin de semana, pero no permitas que el pasado se interponga en lo que tenga que venir.

—Esta mujer debería cobrar por consulta —dijo Ángeles.

—En vino, por favor.

—Lola, ¿qué ocurrió en el hotel? ¿De qué pasado habla? —susurró Nora, desconcertada.

Los años de silencio se agolparon frente a sus ojos. Las medias verdades, los motivos ocultos, la falta de claridad. Años en los que su principal objetivo había consistido en omitir aspectos de su vida, a todos en general, y a su hermana y su familia en particular. Al final, el latigazo de lo ocurrido hacía tanto tiempo, y que se había hecho presente de nuevo: el nombre de Oliver; el papel de Eva.

Nora perdió el color ante el abatimiento de su hermana.

Lola se quebró. Las compuertas se abrieron. Ni un alma respiró mientras ella confesaba: les contó cómo se había enamorado de Oliver, sí, el abogado que trabajaba para la cadena Cuerpo y Mente; que salieron durante unos meses, justo cuando Nora se mudó a Tres Naranjos. Que todo iba bien, que tenía pensado presentárselo a la familia, ella, que siempre había huido de formalidades. Que se fueron de fin de semana. Que todo se rompió. La autocompasión no iba con ella, o muy poco, así que se trasladó a Tres Naranjos, con su hermana. Le pidió perdón a esta por contárselo a Pablo en primer lugar. Quizá debería habérselo dicho a Nora; quizá involucrarlo a él fue un error.

Cuando finalizó, Bea abrió la boca, pero no dijo nada. Zeta cerró los ojos un segundo. Las palabras de Lola confirmaban lo que le había dicho Pablo: su amigo se apartaba para no estorbar. Qué equivocado estaba.

Nora permaneció inmóvil. Se tragó la rabia como quien guarda una daga en el bolsillo para no caer en la tentación de

usarla, pero la mantiene a buen recaudo, cerca, a mano.

—Vale. ¿Ellas lo sabían?

—Nora, nosotras nos enteramos porque estábamos en el lugar indicado para ello. —Ángeles se encogió de hombros.

—No nos correspondía contártelo —añadió Leonor.

Margarita puso el broche:

—Lo que sí es labor nuestra es impedir que tu hermana se hunda en silencio.

—¿Cuánto tiempo cargaste con ello tú sola? —A Nora le tembló la voz.

—Demasiado.

Nora respiró hondo, se acercó y, para sorpresa de Lola, no le gritó. Le colocó la mano sobre el regazo.

—Cuando regreses de Madrid, hablaremos.

—¿De Madrid?

—Por supuesto.

—No… no puedo. Tengo clientes.

Bea se irguió como si hubiese sido invocada.

—Yo me encargo.

—Bea…

—Lola…

—No se hable más. Nos vamos a por el próximo habitante de Tres Naranjos.

—¿Nos vamos? Nacho, ni hablar.

—He dejado el coche en el taller, así que me irá bien que me lleves al despacho. Iban a venir a recogerme. Muchas gracias. Enseguida vuelvo, salgo a avisar de que ya no hace falta.

Lola exhaló un bufido. Gesto suficiente para que el resto entendiera que acababa de ceder.

Margarita se le acercó un paso, sin atosigar.

—No te decimos que vayas a rogarle.

—Imagino.

—Pero tienes que escuchar sus motivos. —Leonor fue clara.

—Eso. Escuchar, hablar y cerrar. O abrir. Por favor y gracias. —Ángeles le guiñó un ojo.

Lola miró a todos. Uno a uno. Sintió que el impulso de enfadarse, echarlos, decirles que no los necesitaba, daba paso a la gratitud. Esa que te deja sin defensas y te protege al mismo tiempo.

—¿Y si me manda a la mierda?

Nora dio un respingo. Ahí estaba su hermana.

—Pues te manda a la mierda. Vuelves. Y lloras. Y luego sigues con tu vida.

—Pero al menos no te imaginas mierdas de aquí a que cumplas los ochenta —declaró Bea.

Ángeles se llevó la mano al pecho y después rio:

—Y si no te atiende, lo mandamos nosotras a la mierda, que también se nos da bien. Aunque eso no ocurrirá.

Lola miró a Zeta.

—No tengo su dirección.

—¿Cómo? —El grito procedía de Nora—. ¿Y dónde os veis cuando vas a Madrid? No te hagas la desentendida, que no es normal que no sepas dónde encontrar a tu pulpo.

La carcajada de Lola no se hizo esperar. Su pulpo, ese era Pablo.

La campanilla sonó de nuevo y Nacho entró al estudio.

—Ya he avisado. ¿Te va bien que salgamos en media hora? Tengo una reunión con un cliente al que no me gustaría hacer esperar.

Lola respiró hondo. El local aún olía a tinta; la aguja seguía en su lugar; la agenda, abierta. No podía parapetarse toda la vida tras el orden.

—Vale —dijo, con más firmeza de la esperada—. Vale. Vamos.

—Hoy Pablo trabaja. Le cambió el turno a un compañero. Te paso la dirección al móvil —dijo Zeta.

Por primera vez en toda la mañana, Nora abrazó a su hermana con fuerza.

—Me cabrea que no me lo contaras, pero te quiero más que a mi cabreo. Eso sí, cuando vuelvas, te pienso regañar hasta que te tatúes la palabra «confía» en la frente.

Lola rio como una hiena.

—Gracias.

—No me des las gracias. Tráelo de vuelta.

—Voy a llamar a la pareja de los tigres —resolvió Bea—. Les diré que hoy les toca aventura rural: comida, hostal y paseo por el monte.

Ángeles se levantó del sofá.

—Yo me pido hablarles de nuestros mandamientos. Me lo he ganado.

Leonor también se incorporó.

—Y nosotras… —miró a Margarita— nos aseguramos de que esta niña no se raje frente a la puerta del coche.

Margarita asintió.

—No se rajará.

Lola tragó saliva. Observó su local. Su mundo ordenado. Y luego miró a aquel pueblo desordenado que se había metido dentro de él, apoyándola como solo Tres Naranjos sabía: a base de humor, empujones y una lealtad sin fisuras.

—Como alguien diga «tetas…

—¡Tetas arriba! —dijeron todos al unísono.

La risa que llenó el Mala Vida no fue un parche. Fue savia. Fue movimiento. Fue Lola sintiéndose bien en su propia piel.

11:52 En un parque de bomberos - Madrid

Lola dejó a Nacho frente a su oficina. Él se despidió con un «gracias, conduce despacio» que decía más de lo que aparentaba. No había formulado preguntas incómodas durante el trayecto, solo le apretó el hombro antes de apearse del coche.

Ahora, aparcada a unos metros del parque de bomberos, recordó el coro que había tenido que escuchar antes de poner en marcha el coche: el «¡tetas arriba!» había recorrido la calle mayor del pueblo sin tapujos. Primero, Nora. Después, Bea. Luego, como si fuese un himno mal ensayado, el resto. Negó con la cabeza mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

Miró al frente. El edificio era sobrio: ladrillo visto, puertas altas, camiones alineados con una precisión que le recordó a su estudio. Orden funcional y sin adornos.

Tres hombres salieron por una de las puertas laterales. Uno llevaba una toalla al hombro; otro hacía botar una pelota contra el suelo, de forma distraída. Reían por algo que había dicho el tercero.

Bajó del vehículo.

Caminó hacia su destino sin acercarse del todo. Rodeó la manzana para convencerse de que no había otro acceso más directo, sencillo, discreto. Menos definitivo.

Se apoyó en el capó y sacó el móvil. Podía irse. Nadie le impediría volver a Tres Naranjos gracias a una excusa que idearía durante el viaje.

Bufó.

Era una mujer valiente y práctica: lo que dolía, lo miraba de frente y lo desmontaba. Excepto cuando el dolor era suyo, claro. Repasó de nuevo el edificio, apretó los puños; debía cambiar esa actitud.

Al llegar a la entrada principal, dudó antes de empujar la puerta. El interior olía a café reciente y a detergente industrial. Un tablón con el cuadrante de los turnos colgaba de la pared; al fondo, varias voces se entremezclaban con el eco de un balón que percutía el suelo.

Un hombre de unos cuarenta años, camiseta azul marino, levantó la vista desde detrás del mostrador.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Busco a Pablo.

El bombero la observó un segundo más de lo correcto, suficiente para encajar las piezas: Pablito llevaba todo el turno cruzado, y apostaría dos guardias a que la mujer que lo observaba tenía mucho que ver con ello. Sonrió.

—Espera aquí.

No le preguntó el nombre. Se limitó a señalar una sala diminuta con una mesa, dos sillas y una máquina de bebidas que había sobrevivido varias generaciones.

Lola entró.

Se sentó.

Escuchó pasos alejarse. Risas a distancia. El balón dejó de botar. Después volvió a hacerlo.

Apoyó las manos sobre las rodillas; le temblaban.

Ya estaba allí. En Madrid.

En un parque de bomberos.

A punto de reencontrarse con Pablo.

12:08 En un parque de bomberos - Madrid

El balón golpeó el suelo con más fuerza de la necesaria.

—Macho, te vas a cargar el parqué —gruñó Dani desde la línea de tres puntos.

Pablo no respondió. Lanzó. Falló. Recuperó el rebote. Botó de nuevo, con más ímpetu todavía.

Desde la noche anterior, no había dormido más de veinte minutos seguidos. El mensaje de Lola, escueto, aséptico, se le clavaba entre las costillas. Ese «OK», sin preguntas ni explicaciones que arrojasen algo de luz, lo reconcomía. Sacudió la cabeza, como si así pudiese borrar de sus pensamientos el mensaje que realmente esperaba: «¿Por qué te has ido?», y este dejase de martirizarlo.

La actitud de Lola confirmaba sus sospechas, pero también agrietaba una confianza que él había considerado de doble sentido.

El esférico volvió a golpear el suelo. Ritmo constante. Control. Eso sí se le daba bien.

—Pablo —lo llamó Ismael, desde la puerta del gimnasio—. Tienes visita.

—Ahora no puedo, estoy en mi descanso. ¿Quién es?

—Creo que vas a querer poder.

Algo en el tono de su compañero obligó a Pablo a levantar la vista.

—Es… —Ismael estiró el momento, disfrutándolo— una chica.

El estómago le dio tal vuelco a causa de la expectación que se reprendió a sí mismo.

Era imposible. Y al mismo tiempo, solo podía ser ella.

Se pasó la mano por la nuca; el balón rodó hasta la pared.

Caminó hacia la puerta sin prisa. Sin correr. Adelantar suposiciones era un gran error. Mantenerse frío, eso era lo que debía hacer. Sin embargo, lo pensó tarde: el pulso ya se había saltado unos cuantos latidos y había comenzado a galopar.

La vio antes de que los ojos de ambos se cruzasen: de pie, en la pequeña sala. Espalda recta, manos apoyadas sobre las rodillas, labios entre los dientes. Que no fingiese tranquilidad le dio esperanzas.

Se acercó con sigilo. Lola levantó la cabeza y, entonces, la estancia empequeñeció.

—¿Qué haces aquí?

Neutro. Controlado. Transparente.

—Hola.

Ella le sostuvo la mirada. Él no sonrió, no se acercó, no mostró de más.

Se escuchó el repiqueteo lejano del balón contra el suelo, una carcajada, un camión que llegaba al parque.

—¿Qué haces aquí? —insistió.

—Obvio. He venido a verte.

Pablo asintió.

—Ya.

—¿Ya? ¿Eso es todo, Pablo?

—¿Qué esperabas?

El golpe fue limpio. Lola dio un paso hacia él para encararlo.

—No lo sé. Pero algo.

—Mira, no es buen momento… Estoy trabajando.

Una cuchilla atravesó a Lola, que cruzó los brazos.

—Se podría decir que yo también trabajaba, en mí, en superar mi pasado, cuando te fuiste sin despedirte.

Los ojos de Pablo vibraron; apretó los puños. Después, una capa fina de autocontrol lo recubrió. Bajó la vista un instante. Debía elegir bien la siguiente frase:

—No pareció que necesitaras que te dijese adiós, Lola. Estabas ocupada. No quise interrumpir.

Cuando las palabras de Pablo cobraron sentido para ella, la sangre le coloreó el rostro.

—¿Perdona?

—Me escribiste a las cuatro y media de la mañana.

Ahí estaba. Lola abrió la boca. La cerró. Pablo era idiota.

—¿Y?

—Nada.

—La «nada» puede abarcar un universo entero, así que suelta lo que estás pensando.

—No es necesario.

—Para mí, sí.

Pablo dio un paso atrás. La mano en la nuca. Los ojos clavados en Lola.

—Esa noche se hizo… tarde. Bajé al comedor para comprobar que estabas bien, pero ya habían recogido. No te busqué más, no quise interrumpir. ¿Qué más da?, ya no importa.

La frase le salió a trompicones. Sí que importaba. Pero ¿qué podía decir? Ella era libre de escoger, y lo había hecho. No pretendía convertirse en un amigo con derechos y despechado.

—No estaba con Oliver. Al acabar la cena, me senté junto a una chimenea para aclararme. No lograba entender por qué, después de todo, no dolía.

El pecho de Pablo acusó el golpe. Parpadeó.

—¿Qué no dolía?

—El pasado.

—Entonces, ¿por qué ese mensaje? —susurró.

—¡Porque me dijiste que hablaríamos en Tres Naranjos!

—Contestaste «OK».

—Pablo…, eran las cuatro y media, ¿pretendías mantener una conversación profunda a esas horas?

—Exacto.

Ahí estaba la grieta. Pablo se sintió estúpido; ella lo entendió.

—¿De verdad creíste que…?

—Me fui porque no quería estorbar, ya te lo he dicho.

—¿Desde cuándo estorbas?

—No compito con muñecos de nieve, Lola.

Silencio. A ella, la afirmación le retorció el estómago; a él le supo amarga.

—No había muñecos de nieve, ni fantasmas, ni nada que se le parezca.

—Había historia.

—Había pasado.

—Exacto. Sin resolver.

Se miraron. Lola dio otro paso para eliminar la distancia entre ellos.

—No creí que estuvieras compitiendo. —Una ráfaga en las pupilas de él le mostró a Lola el orgullo herido, el dolor. Respiró hondo—. Eres un cabezota.

Una sombra de sonrisa tiró de la comisura de Pablo.

—Tú, más.

—¿No pensabas luchar?

—Eres libre. Puedes ir a donde quieras. Ya lo he dicho.

—Pues estoy aquí. Y no por descarte.

El balón dejó de botar de fondo.

Alguien gritó en el patio.

Un camión arrancó en el exterior.

Nadie reparó en que, entre tanto ruido, dos personas decidían su futuro.

—¿Vienes en busca de un amigo?

—No.

El silencio cayó entre ellos.

Un segundo.

Dos.

Pablo sostuvo la mirada hasta que le fue imposible. Bajó los párpados; dio un paso atrás.

—Está bien —dijo, con una calma impostada—. No me debes nada.

Dio media vuelta.

Un vértigo repentino alertó a Lola.

No como en el pasado. No el vértigo que relacionaba con Oliver, sino el de perder una elección que hasta hacía poco no sabía que había hecho, pero que se le antojaba tan real como los latidos erráticos que amenazaban con abrirle el pecho.

—Dime por qué te fuiste, pero de verdad. Era un hotel con muchas habitaciones, podías haber dormido en cualquiera de ellas sin estorbarme.

Pablo expulsó el aire por la nariz y la enfrentó de nuevo. Una risa breve.

—¿De verdad no lo sabes?

—No.

Él la miró, por primera vez sin coraza. Sin embargo, fue un error. Tener a Lola enfrente, sin barreras, le dolió. Ya había decidido que no podían ser lo que él anhelaba, pero asumirlo… Ella era fuerte, preciosa, ácida.

—Me fui porque te quiero. Cumplir con el papel de amigo que espera se me atragantó, porque nunca lo fui. Convertirme en tu plan seguro mientras decidías si era suficiente funcionó durante un tiempo. Pero ya no. Imposible competir con lo que no ha terminado.

Ahí estaba. No era orgullo. Era un miedo que laceraba por dentro, que se cuela bajo la piel sin ser visto. Lola bufó. Pablo se había apartado antes de que ella se lo pidiese. Era tan obtuso como el primer día, aunque ella no se quedaba atrás. Le habían hecho falta una noche incómoda, un hotel lleno de fantasmas y unas mujeres sabias para reconocer que lo amaba, y no quería fingir lo contrario.

Sonrió.

—No necesito que compitas con nadie. Necesito que te quedes. No sabes lo mucho que te he echado de menos. ¿Me acompañas al coche?

12:12 En un parque de bomberos - Madrid

Salieron del parque sin tocarse, con la mirada al frente, como si cualquier gesto precipitado pudiera hacer peligrar una nueva realidad que aún no sabían si sería frágil o irrompible.

El aire de la calle era más frío de lo que Lola recordaba. El ruido de la ciudad, una rutina a la que aferrarse: el golpe de la portezuela de un vehículo cerrándose, dos personas que hablaban en una esquina.

Caminaron unos pasos en silencio. Pablo no paraba de darle vueltas a lo que le había confesado. Ese «te quiero» descartaba al amigo, el plan seguro, la pausa entre dos decisiones importantes. Lola alargó la mano y le rozó los dedos. La electricidad recorrió el brazo de él; una luz se encendió en su pecho. Sobresaltado, buscó sus ojos.

Ella, tranquila, se regodeó en el dulce cosquilleo que la envolvió. Qué ciega es una cuando se lo propone… Finalmente, entrelazó los dedos con los de Pablo y cerró los ojos un instante, para comprobar, medir, guardar el recuerdo para el futuro: ilusión. Paz. Todo.

Se detuvieron frente al coche sin ser muy conscientes de cómo habían llegado a él. Pablo se aproximó a Lola hasta que sus alientos se mezclaron; una excitación apremiante le burbujeaba en la sangre.

—¿Desde cuándo, Pablo?

—Desde la peineta. No frunzas los labios. ¿No lo recuerdas? Vamos, mujer. En el avión, camino a Ibiza.

—Yo iba con Nora y Bea; tú, con Zeta y los chicos.

—Exacto. Un mal vuelo; alguien gritó: «¡Vamos a morir!», y una voz femenina respondió: «Cállate, gilipollas». Ahí me robaste el corazón.

La carcajada de Lola impactó en los labios de Pablo, de tan cerca como estaban.

—Eso es imposible y muy tú a la vez.

—Cierto, pero falta la peineta. No intuí hasta qué punto, pero supe que me desordenarías la vida desde ese instante.

—Yo he tardado más en darme cuenta.

—No importa.

—Sin embargo…, estas últimas semanas, lo sabía. No lo aceptaba, pero lo sentía. Al final, la irrupción del pasado ha servido para mucho más que para cerrar una historia. Abre un inicio, o una continuidad, pero ahora con rumbo.

El corazón de Lola le sacudió el pecho con una violencia adolescente. Dejó de protegerse. Amaba a ese hombre, sin condiciones, solo por ser él. Por estar. Por aceptarla con sus sombras, por insuflarle oxígeno incluso cuando ella creía que no lo necesitaba.

—No eres un pulpo.

—¿No? A mí me gusta ser tu pulpo.

—Un día te contaré esa historia. Créeme: no quieres serlo. Aunque lo seas.

Pablo le enmarcó el rostro con una mano y deslizó las yemas por su mejilla.

—Dímelo, solo una vez, para que me quede claro. Ya sabes, los gilipollas son cortos de entendederas.

—Te amo. No como refugio, ni como plan B, ni porque sea fácil. Te quiero porque cuando estamos juntos, no necesito estar en guardia. Porque cuando pienso en quedarme, pienso en ti. Porque cuando necesito ayuda, te silbo a ti.

El mundo siguió sonando a su alrededor: el claxon de un coche, una mujer que hablaba por teléfono cerca de ellos, una sirena que se activó a lo lejos. No importaba. El ruido que él llevaba dentro se apagó de golpe.

Desde el interior del parque, alguien llamó a Pablo.

No respondió.

Por el contrario, apoyó la frente en la de Lola. Exhalaron a la vez, como si por fin respiraran sincronizados. Ella se puso de puntillas y rozó sus labios con los de él en una pregunta sin palabras. Pablo correspondió sin pensar. La besó sin prisa, sin

resistencia. Como quien deja de luchar contra lo evidente. Con alivio. Libre al fin de dudas.

El primer contacto fue directo. El segundo, más pausado. El tercero, con las manos de Lola sobre su pecho y las de él rodeándole la cintura, un acuerdo tácito.

Lola se aferró a su camiseta, como si pudiese fundirse en él, con él. Sin medias tintas ni distancias prudentes. Las bocas de ambos se abrieron para tomar aire y ellos se miraron un instante, que les sirvió para reconocerse, validarse desde esa nueva posición.

Se buscaron.

Cayeron de nuevo en el abismo.

Un coche pitó impaciente.

Un perro tiró de su correa.

La verja del parque se abrió con estruendo.

Desde dentro volvieron a llamar a Pablo.

No respondió.

Madrid no se detuvo.

Pablo, tampoco.

Esta vez no dio ni medio paso atrás.

Epílogo

La mesa del comedor estaba a medio recoger: quedaban platos con migas de pan, una fuente con restos de asado y varios vasos medio vacíos. Bea se había quitado los zapatos y hablaba con Saúl, quien gesticulaba con una servilleta en la mano, mientras la ponía al corriente de una modificación en el proyecto en el que trabajaba.

—Y a raíz de eso, se me ocurrió que aquí se podría hacer algo similar. No me mires raro, que es una buena idea. Además, algo habrá que hacer para que el hotel no nos deje sin huéspedes.

—Como me llenes esto de amantes del asfalto que gritan cuando una araña se cruza en su camino, la tenemos. No te rías. ¿No me crees? Ponme a prueba: tráeme a un par y ya verás qué pronto se te quita la tontería —dijo Bea, con una sonrisa en los labios que contradecía su tono.

A su lado, Zeta pretendía censurar a Nora.

—Después te quejarás, ambos lo sabemos.

—Es domingo. Los domingos no cuentan. Mmm… Bea, la tarta te ha quedado de rechupete.

—Es la tercera porción, no miente. ¡Oye! Ostras, hermanita, deberías empezar a ejercitar la puntería. Me meo. Se ha quedado mudo.

—¡Pablo, perdona! Tú, deja de reír. Te juro que apuntaba a Lola. Las manchas de mermelada en la ropa blanca salen bien, no sufras.

—Eso espero.

Llamaron al timbre. Bea se levantó para abrir, dejando atrás las risas.

Al otro lado de la puerta, Nacho, apoyado en el quicio, observó la escena como si pudiese grabar esa estampa en su retina para siempre.

Sonrió.

—Qué bonicos os veis juntos. Pensar que me lo debéis a mí me pone la piel de gallina.

—¿Cómo que a ti? —saltó Lola.

Nora dejó la cuchara en el plato.

—A ver, iluminado, explícate.

Nacho se frotó las manos mientras se sentaba junto a Zeta.

—Si Nora y yo no nos hubiéramos divorciado, el pueblo no habría perdido un habitante. Si no hubiera perdido un habitante, mi madre no os habría enviado a Ibiza para celebrar una despedida de casada mientras todo Tres Naranjos creía que ibais en busca de un nuevo vecino. Si no hubierais ido a Ibiza, no habríais conocido a estos dos. —Señaló a Pablo y a Zeta—. Si cierta imagen no llega a salir en la tele, Saúl no se habría presentado en este hostal, dispuesto a conocer a sus abuelos.

Nadie podía discutirle la lógica. Aun así, ninguno lo sentía como una deuda, sino como el destino.

Zeta miró a Nora.

Pablo miró a Lola.

Saúl miró a Bea.

—Sé que es políticamente incorrecto —añadió Nacho—, pero me merezco un regalo por haberos unido, la verdad. Repartir tanta alegría debería conllevar premio.

Bea lanzó una carcajada.

—Te vamos a regalar un marco con la foto de los seis, anda.

—Con dedicatoria incluida. —Nora alzó las manos para hacer el gesto de las comillas—. «Gracias por liarnos, querido ex».

—Eres insoportable, tío —aseguró Lola con una sonrisa en los labios.

—Y visionario.

Lola le sostuvo la mirada a Nacho antes de negar con la cabeza.

—Las carambolas de la vida no tienen artífice, amigo. Pero gracias por el empujón.

Volvió a sonar el timbre.

—¿Quién será ahora?

—Tranquila, ya voy yo —se ofreció Saúl.

Abrió la puerta y Paquita irrumpió agitada.

—¡El bombero! —Señaló a Pablo como si fuese el único adulto responsable en kilómetros a la redonda—. ¡Reme! ¡En el bar! ¡Que la criatura viene con prisa!

—¡Pero si faltan semanas! —Esa fue Nora.

—Siete, siete semanas —aclaró Paquita.

—A la mierda el domingo. —Lola se puso en pie, mirando a Pablo.

—¿Habéis llamado a una ambulancia? —A Bea le preocupaba de verdad que no lo hubiesen hecho.

—A mí me han mandado a por el bombero.

Y ahí estaba.

Pablo ya se encontraba en la puerta, con las llaves del coche en la mano.

—¿Está con Rafa?

—Sí, pero el pobre hombre parece un fantasma entrado en años. Está más blanco que el mantel de los domingos, así que no creo que sirva para mucho.

—Venga, vamos —apremió Pablo.

Y todos salieron.

Grupo «Más muertos que vivos»

Carlos
Está pasando.

Paco
Además de verdad.

Marta
Que alguien escriba con sentido, por el amor de Dios.

Carlos
En el bar. Reme está sentada en la silla de siempre. Dice que es pronto. Yo digo que no, que el charco es enorme y los dolores, jodidos.

Elvira
Llego en dos minutos.

Genaro
Pero ¿qué ocurre?

Paco
La criatura ha decidido que el calendario es orientativo.

Marta
Pero ¿no faltaban semanas?

Carlos
Siete. Pero al parecer el bebé tiene mucha personalidad.

Isaías
¿Ambulancia?

Paco
El bombero ya está aquí.

Paquita
Pablo le habla bajito. No entiendo qué dice, pero creo que funciona. Reme asiente.

Elvira
Confirmo. Estoy fuera, pegada a la ventana. Llevo prismáticos.

Marta
Elvira…

Carlos
Me juego el pescuezo a que Rafa se desmaya.

Genaro
Normal.

Paco
Vale. Esto es serio. La mirada que han cruzado Pablo y Zeta no inspira confianza. ¡¿Y la ambulancia?!

Isaías
¿Reme?

Paco
Respira. Aprieta la mano de Rafa. Grita.

María (mensaje de voz)
Hijos, que alguien me diga si me necesitan.

Paquita
No, María. Tú, quieta.

Carlos
Propongo algo.

Marta
Temo esa frase.

Carlos
Sacad a Reme del grupo.

Genaro
¿Ahora?

Paco
¿Estás bien?

Carlos
Que no lo lea luego, para que no le traiga malos recuerdos.

Isaías
Tiene sentido.

Elvira
Hecho.

Reme ha sido eliminada del grupo

Paquita
Ay.

Carlos
La ambulancia ya está aquí.

Paco
Rafa no se ha movido.

Elvira
Charo entra corriendo.

Carlos
Nos han echado del bar.

Paco
Literalmente.

Isaías
¿Quién está dentro?

Carlos
Pablo.
Rafa.
Bea.
Lola.
Nora.
Zeta.
Nacho.
Charo.
Y los sanitarios.

Elvira
Yo estoy en la ventana lateral. Venid y os hago un hueco.

Marta
¿Se la llevan?

Carlos
Sí.

Paco
Rafa se va con ella.

Genaro
¿Y ahora?

Paquita
Ahora toca esperar.

Isaías
No tenemos regalo.

Carlos
¡Mierda!

Marta
¿Quién tenía que encargarse?

Elvira
No señalemos.

Paco
Era una manta, ¿no?

Genaro
Y algo más.

Carlos
Se ha adelantado siete semanas, ¿qué queréis?

Paquita
Podemos hacer una canastilla.

Isaías
¿Con qué?

Marta
Con lo que haya.

Elvira
Yo tengo un pelele que compré por si acaso.

Paquita
Yo tengo lana.

Isaías
No creo que tengan tiempo para tejer.

María (mensaje de voz)
Vamos al súper a por pañales, eso siempre viene bien.

Fermín
Ya voy yo, y me llevo a Leonor conmigo.

Carlos
Esperad.

Paco
Se escucha algo.

Rafa (mensaje de voz)
Se oye ruido de fondo. Voces. Un llanto agudo, persistente.

Carlos
Está aquí.

Paquita
Un pedacito del pueblo.

Genaro
Uno de los nuestros.

Isaías
Bienvenido a casa.

Marta
O bienvenida.

Elvira
No tiene regalo.

Paco
No.

Carlos
Pero tiene un pueblo entero.

María (mensaje de voz)
Ay, hijos. Qué bonita es la vida.

Genaro
Más vivos que muertos.

Elvira
Mucho más.

Espero que hayas disfrutado del Hotel de la discordia.
Si te has quedado con ganas de más risas y momentos entrañables, puedes leer «Un error con patas»: una relación falsa, una asociación

de vecinos y un concurso muy especial te esperan en esta novela (**en la siguiente página encontrarás el inicio**). Además, Si quieres estar al día de mis novedades, **suscríbete a mi boletín** y lee gratis **un relato muy especial** pincha aquí.

Inicio UN ERROR CON PATAS

1

Jueves, 5 de septiembre

Blog AAVV El Rincón Gatuno

CAZA A TU *CRUSH*

¡Volvemos de las vacaciones con las pilas recargadas y una noticia que os hará tilín! Agarrad vuestros calendarios y marcad a fuego la fecha: **¡el próximo sábado 13 de octubre, a las 20:30 horas, llega la SEXTA edición de nuestro mítico Caza a tu *crush*!** Y con esta, llevaremos seis jornadas de magia NON-STOP.

Sé que muchos esperáis este momento con redobles de tambores, pero para los nuevos vecinos, o los rezagados, ¡esta es una cita que no os podéis perder! Decenas de parejas han encontrado a esa persona especial, ¡con solo unos minutos de charla! Aquí, la que os escribe ha visto nacer historias de película.

Así que: **vestid vuestras mejores galas, aparcad la vergüenza en casa** (aviso: para el amor no sirve de nada) **y venid a disfrutar de dos horas** en las que, os lo prometo, **TODO puede suceder:** risas, miradas que hablan por sí solas, ¡y quién sabe si el comienzo de vuestra próxima gran aventura!

Detalles importantes:

- **Inscripción gratuita** (¡sí, GRATUITA!) hasta el **5 de octubre**. ¡No hay excusas!
- **Dieciocho mesas y una cuenta atrás…** La tensión y la emoción están garantizadas.
- Solo durante la **última hora** podrás repetir con la persona que te haya robado el corazón. ¡Prepara tu estrategia!
- ¿Mente en blanco? ¡No hay problema! Nosotros te proporcionaremos **posibles temas de conversación** para que la chispa salte sola.
- **¡Pista de baile para los más atrevidos!** Si el amor no te mueve los pies, la música se encargará de ello.
- Las consumiciones corren por tu cuenta. ¡Invitar a tu *crush* es decisión tuya!
- **Requisitos**: ser mayor de 55 años, no tener pareja y sí muchísimas ganas de ilusionarse.

Recordad: nuestro horario de atención al público, para resolver cualquier duda o para que os apuntéis a esta locura maravillosa, es de **martes a viernes, de 19:30 a 20:00.**

¡Os esperamos con los brazos abiertos y el corazón listo para la fiesta!

Y es que Cupido afilará sus flechas en El Rincón Gatuno, su campo de juego favorito. ¡Nos vemos el 13 de octubre para sumar historias de amor a nuestra comunidad!

2

Diez minutos, a lo sumo once. Ese es el tiempo de reacción de mis compañeros de la junta directiva de la asociación de vecinos. ¡Y es que lo sabía! Sabía que en cuanto anunciase en el blog la nueva edición de Caza a tu *crush*, la paz de las vacaciones se desvanecería, ¡puf! Hasta el año que viene, sensación escurridiza.

Dejo el café con leche sobre la encimera y cojo el móvil, que no cesa de vibrar; miedo me da. O siguen en modo zen, entusiasmados por cómo he anunciado el evento, o puede que el primer día de trabajo se les esté atragantando.

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 08:12

¿Lo habéis leído?

Rosa 08:13

Sí. Está genial, Ana, ¡muchas felicidades! Lo has bordado. Será un éxito, ya veréis.

Fabio 08:13

Opino igual.

Héctor 08:14

Mierda.

Pepi 08:14

Eso. Demasiados comentarios en contra.

Fabio 08:15

¿Hay comentarios? ¿En contra?

Rosa 08:16

La leche. ¡Eso es mentira! ¿Quién será R2-D2?

Pepi 08:16

¿Y Motosierra13? Tampoco se queda atrás.

Fabio 08:17

La peña es una desagradecida.

Rosa 08:17

Necesitamos que las parejas manifiesten su opinión. Ana, ¿y si entrevistas a las más recientes y subes un artículo al blog? ¿Mañana?

¿Pero qué…? Cruzo el pasillo hacia mi cama, donde reposa el portátil, con la seguridad de que voy a encontrar puras explosiones de testosterona: Motosierra13 y R2-D2 la exudan en los apodos que han escogido. Me siento en el borde del colchón y respiro hondo. Allá voy. Actualizo y… ¡doce comentarios!

Jamás participan más de tres personas.

Mierda. Esto es el caos.

Comentarios del blog:

Estela M

¡Me muero de ganas de que llegue el día! Tengo medio convencido a mi abuelo y espero que encuentre a su *crush*.

R2-D2

Todo el mundo sabe que estáis de capa caída. Las últimas dos jornadas fueron un fiasco. ¡Perdéis el tiempo y malgastáis el dinero de las cuotas de los socios! ¡¡Nueva junta, ya!!

Motosierra13

Esta directiva necesita una poda.

César M

Está claro que han perdido fuelle, pero esta es de las pocas cosas que hacen que valen la pena. Me gusta la junta actual; quizá solo estén cansados.

R2-D2

Cansados… ¡Incompetentes!

Motosierra13

De las tres parejas que salieron en julio, siguen juntas… ¡una! Cupido no sabe que existe El Rincón Gatuno.

R2-D2

Y de las seis de abril, quedan dos.

Carmen Díaz

Mi Genaro y yo seguimos enamorados y muy felices. No entiendo estos comentarios en contra de la junta. Es lo de siempre: nadie tiene tiempo para dedicárselo al barrio, pero sí para criticar a las personas que se vuelcan en él. R2-D2 y Motosierra13, ¿lo haríais mejor? Permitidme que lo dude.

Valeria Díaz

Digo lo mismo que mi hermana. Pepi, Héctor, Ana, Fabio y Rosa son un amor. ¡Arriba la junta! Seguro que Cupido se acordará de mí este 13 de octubre.

Severino H

No es justo culpar a los miembros de la asociación del desamor que puede surgir entre las parejas que nacen en los eventos.

R2-D2

Si es así, Severino H, deberían pensárselo antes de asegurar que Cupido afilará sus flechas. Además, ese día las consumiciones del bar de Pepi tienen precios mucho más altos, ¿a dónde va el dinero que se recauda? ¡Exijo explicaciones!

AAVV El Rincón Gatuno

Queridos vecinos y socios: cada año se presentan las cuentas en la asamblea anual. Además, estas son públicas y se pueden consultar, bajo petición escrita, en cualquier ocasión. En

cuanto al evento, cabe decir que estamos felices de llegar a esta sexta edición, y estoy convencido de que será todo un éxito. Para cualquier duda o aclaración, tanto yo mismo como el resto de los miembros de la junta estamos a disposición de todos los socios.
Héctor Garrido
Presidente de la AAVV El Rincón Gatuno

Me tiemblan las manos. ¿Desde cuándo el anuncio de un evento se puede convertir en un arma arrojadiza? La gente es más idiota de lo que yo suponía. ¿De verdad creen que puedo lograr que Cupido afile sus flechas? Es un ser imaginario, ¡joder! Una forma de hablar, un poquito de esperanza frente a tanta soledad. ¿Y lo del dinero? Ven demasiada tele. ¿Creerán que tenemos cuentas en paraísos fiscales?, ¿un chalé en Torrevieja?

Me desplazo sobre el colchón hasta apoyar la espalda en el cabezal: menuda vuelta a la realidad. Dejo ir la mala hostia que me hierve en las venas con un resoplido demasiado fuerte; miro a Víctor, que ronca junto a mí como un oso resfriado. Anoche nos enrollamos, pero no comprendo por qué sigue bajo mis sábanas. Ya lo solucionaré después. Veamos:

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 09:12

Héctor, muy bien contestado, pero necesitamos algo más.

Rosa 09:12

Ana, ¿hiperventilas? Tú, ni caso. Con el currazo que te pegas con cada escrito… ¡Que les den!

Fabio 09:13

Ana, ¿estás bien?

Ana 09:13

Sí, sí. Es que… no dejan de entrar comentarios. ¿En serio creen que desviamos pasta? Sería lo último por ver, aunque no lo descarto.

Héctor 09:13

Prepararé las cuentas para que Ana las cuelgue en el blog.

Pepi 09:14

¡De eso nada! Nos centraremos en el evento. Es nuestra mayor fuente de ingresos, y no renunciaremos a ello por dos insurgentes.

Ana 09:15

Lo malo es que tienen razón: cada vez menos participantes forman pareja, y hoy son pocas las que siguen unidas. Deberíamos… demostrar que Cupido sí acude a cada una de las citas. Pero ¿cómo?

Rosa, lo de las entrevistas lo tenía en mente para darle vidilla al evento durante las semanas previas.

Rosa 09:17

OK. ¿Demostrar que Cupido está de nuestra parte? Querida, ¿te has dado un golpe?

Fabio 09:17

Ana, se te ha ido la pinza.

Pepi 09:18

Nada de dar explicaciones. ¡Se me ha ocurrido una idea! Nos vemos a las seis en punto en la asociación. Mantened la mente abierta; sé cómo salir de esta.

Héctor 09:18

Allí estaré.

Fabio 09:19

OK.

Rosa 09:19

¡Eres la mejor!

Ana 09:20

¡Genial!

3

El Rincón Gatuno se encuentra a solo tres calles de mi piso; con un poco de suerte, podría escabullirme de la reunión cuando Rosa se ausente para ir a buscar a sus hijas a la extraescolar de música. Alegaré que voy al médico, o a por cafés, con mi mejor cara. Mmm…, imposible. Ninguno de mis compañeros ha dicho ni media; no obstante, soy consciente de que el color ha abandonado mi tez y que mi pierna derecha no deja de menearse hacia los lados.

«Genial», fue mi respuesta exacta cuando Pepi afirmó que tenía la solución a nuestros problemas. Pero ¡esta vez se le ha ido bien la cabeza! Desde que ha compartido su gran idea, Fabio alterna la vista entre Héctor y yo, con la boca abierta; Rosa, entusiasmada, asegura que debemos elaborar una base sólida, y Héctor… Héctor respira tan fuerte que, incluso a dos sillas de distancia, escucho cómo inhala y expulsa el aire. Juraría que no le quita el ojo de encima a su madre. Puede que en menos de dos segundos explote, pero es solo una impresión. Su comportamiento resulta tan raro que adivinar lo que pasa por su mente equivaldría a comprar un boleto para la lotería en el último minuto y acertar.

—Fuera. Todos, menos Ana.

¡Ostras! Me hubiese tocado. En cuanto termine aquí, me paso por el estanco.

Mis tres compañeros abandonan la sala de reuniones/taller/biblioteca/minicocina sin objeción. Fabio me da un apretón en el hombro; Rosa guiña un ojo a Héctor, para después hacer lo propio conmigo.

—Pensadlo bien, es nuestra única salida —augura Pepi antes de desaparecer.

El silencio solo se ve enturbiado por una respiración más pausada de Héctor. Mis ojos permanecen fijos en el calendario de

gatitos que cuelga de la pared, junto a la pizarra magnética. Diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta segundos. Dos minutos. Tres minutos. He ido a parar al infierno.

—¿Qué opinas? —Héctor acerca su silla hasta quedar frente a mí—. ¿Podría funcionar?

Elevo la cara para enfrentarlo. Espera paciente una respuesta sentado en la misma postura despreocupada de siempre, esa con la que parece que cada puñetero rincón del universo sea suyo. Pues que se lo tome con tranquilidad, que mi lengua está bajo cero.

Me llevo las manos a las mejillas y las froto. Un poco de calor, ¡joder!

—No sé si lo tuyo con Víctor va en serio o no. Podría suponer un problema.

¿Un *problema*? Qué sobrado es, Virgencita.

Niego con la cabeza. Ni se inmuta. Bajo los párpados unos segundos, me concentro y:

—Nadie creerá semejante fantasía —afirmo, con una vehemencia que no vi venir.

—¿Das por hecho que podemos hacerles creer que Cupido afila sus flechas para el evento, pero no que tú y yo seamos pareja?

Su tono. Ese maldito tono que utiliza cuando da el último vistazo a mis artículos, y que rezuma suficiencia, autoridad y una pizca de «¿esto es lo mejor que sabes hacer?», me repatea los higadillos.

—Jamás hemos compartido una sola actividad fuera de las estrictamente relacionadas con la asociación, ni siquiera somos amigos, ¿cómo pretendes engañar a los vecinos? De sobra saben que tú no eres la clase de chico en que suelo fijarme. Lo mismo se podría decir de mí, yo no… No. En absoluto. A tu madre se le ha ido la olla. Lo siento. Alguien tiene que manifestarlo en voz alta. —Lo suelto de carrerilla, con una voz aflautada que vergüenza me da.

Diez, veinte, treinta, cuarenta segundos. Me mata, su actitud me mata.

—¿Se te ocurre otra solución?

Ahora soy yo la que deja pasar el tiempo sin abrir la boca.

—Repito, ¿podría funcionar?

No. Ni de coña.

Pero como soy una sentimental de libro, dejar a los abuelos sin su momento de gloria trimestral me puede. Vaya asco de compañeros; entre todos han conseguido que yo sea la única responsable si el evento se va al garete, y todo por mi falta de ganas de hacer un teatrillo del bueno.

—Apenas nos conocemos, Héctor. Nos descubrirán y será mucho peor el remedio que la enfermedad. No se me ocurre…

—Eso tiene fácil arreglo —me corta—. Con una base sólida, como dice Rosa, y que nos vean juntos por el barrio será suficiente. Esta noche perfilamos la historia por WhatsApp. Encárgate de Víctor. —Se levanta—. Serán cuatro meses; después volveremos a nuestras vidas.

—¿Cuatro meses? —Me incorporo de un salto.

—Ana, ¿en qué momento has desconectado?

—Mi cerebro se ha fundido cuando tu madre ha propuesto que nos hagamos pasar por pareja.

—Pues deben ser cuatro meses.

—Ah.

—Me voy, llego tarde al entreno. Quizá el próximo día podrías ir a verme.

No. No. No. Debo preservar un mínimo de control. Y de dignidad, dicho sea de paso.

—¡Alto ahí! —Sujeto a Héctor por el bajo de la camiseta—. Siéntate. Hay que establecer unas líneas rojas.

Héctor regresa a su posición en la silla. Parece que mi propuesta le ha hecho gracia, porque juraría que reprime una carcajada, aunque sus mejillas hundidas, que remarcan sus hoyuelos, dan el cante.

Levanta la mano para concederme el turno de palabra.

«Ana, tú puedes con lo que te echen», digo para mis adentros mientras doy un repaso rápido en mi cabeza a las novelas y películas románticas sobre parejas falsas, para crear mi propia lista de normas. Me centro en las más típicas y añado las que, bajo ningún concepto, me saltaría con Héctor. Voy a por papel y bolígrafo y me siento ante el escritorio.

—Acércate. No creo que se vayan a dar la mayoría de las situaciones, pero más vale dejarlo cristalino desde un inicio, ¿estamos?

—Sí.

Cuando empiezo a enumerar, Héctor se inclina sobre el folio, aproximándose en exceso. ¿Debería incluir un espacio vital mínimo? Sería estúpido, supongo. No me detengo; si levanto la cara para averiguar qué opina, capaz que me muero de la vergüenza.

¡Hecho! Suelto el bolígrafo, que me arde entre los dedos.

—¿Quieres añadir algún punto? —se me ocurre, demasiado tarde, la verdad, ya que no he dejado espacio para ello—. Podemos hacer un anexo.

Me mira. Uno, dos, tres; la madre que lo trajo. Coge el contrato y lo revisa con suma lentitud.

—Está perfecto. ¿Firmamos?

Contrato de relación falsa:

El presente contrato establece un acuerdo mutuo entre: Héctor Garrido, en adelante Parte A, y Ana Gómez, en adelante Parte B.

Ambas partes deciden instaurar una relación sentimental ficticia con el propósito acordado previamente entre las dos. Para mantener claridad emocional y proteger intereses personales, las siguientes reglas, o «líneas rojas», son obligatorias:

1. No involucrar sentimientos.
2. Nada de citas o planes en días especiales, como cumpleaños, aniversarios, Navidad…
3. Nada de comidas familiares; (nos excusaremos con que queremos ir despacio).
4. Prohibidas las muestras de afecto espontáneas: solo manifestaciones preacordadas.
5. No usar apelativos románticos, solo nombres propios.
6. No revelar informaciones íntimas del otro.
7. En caso de que surja la necesidad de besarse, será en la mejilla. Y nunca cuando no haya público.
8. Prohibido subir fotos de los dos juntos, o del otro, en redes sociales.
9. Nada de acercamiento físico, como darse la mano, fuera del acuerdo original, a menos que lo convengan explícitamente ambas partes.
10. Bajo ningún concepto las partes pasarán la noche juntas.
11. Prohibido decir «te quiero» o expresiones similares, aunque sea en broma.
12. Este contrato tiene una vigencia de cuatro meses a partir de la fecha de firma.
13. Solo las partes conocerán la existencia de dicho contrato.

Firma Parte A: Firma Parte B:

Consigue aquí Un error con patas

Agradecimientos

Gracias por llegar hasta aquí. Gracias por leer, por acompañar a Lola, a Pablo y al resto de los habitantes de Tres Naranjos. Gracias por confiar en esta historia que trata de muchas cosas, pero, sobre todo, de futuro. De cómo impactamos en él, de cómo cada decisión que tomamos nos empuja hacia un destino; de cómo cada pequeño gesto suma o resta, tú decides.

Como escritora, siempre me preguntan dónde nacen las ideas. Yo contesto que están en cualquier parte: se asoman desde un artículo, una lectura, una película… En esta ocasión, te diré que la escena del cementerio es real como la vida misma. Cuando falleció mi abuela María, sus hijos discutieron con mi otro abuelo (el consuegro), mientras el sepulturero esperaba, en qué nicho estaría mejor. Mi abuelo opinó que en el más alto, que el Lorenzo se agradece, seguro. Cuando finalizó ese debate, se abrió el del transistor. Y es que mi abuela vivía pegada a él. Mi tío José opinó que era buena idea; uno de mis primos, por el contrario, comentó que el sonido daría más de un susto. Mi madre se reía, aunque sé que en su fuero interno estaba a favor. Una de mis primas, que vive en Ibiza, nos llevó a los demás primos a un lado y nos rogó: «Cuando me muera, me envolvéis en una sábana y me tiráis en una cuneta. Prometedlo».

Ya ves, no es necesario vivir en Tres Naranjos para formar parte de escenas surrealistas, aunque cargadas de buenas intenciones.

Espero que la historia de Lola y Pablo haya estado a la altura y sea un buen cierre para la serie. Solo he tardado cuatro años en escribirla… La vida, ya sabes. Además, me resultaba triste. Me bloqueaba. Hasta que entendí que Lola es Lola, no Bea, no Nora. Que necesitaba mostrarse como ella misma, y le permití simplemente ser (aunque su historia no tenga un final con fuegos artificiales incluido).

Si he conseguido dibujarte una sonrisa, ¿puedes pasar por Amazon y dar tu opinión? ¿Se la recomiendas a una amiga? Gracias por tu impulso.

Nos leemos pronto.

Con cariño.

Tessa

Sobre la autora

Tessa Cooper nació en Súria (Barcelona) en 1976. Desde muy niña tiene problemas para conciliar el sueño, por lo que tomó el hábito de inventar historias que se narraba para dormirse. Con el paso de los años, se decidió a realizar cursos de escritura. Su primera novela, Nada que no desees, salió a la luz en 2018. Después, llegaron Churros con chocolate (2019), La tercera constelación a la izquierda (2020), Siete días y una foto (Harlequin, 2022), Sabor a regaliz (2022), Tú de Santa Claus y yo de Reyes Magos (2022) y Sabor a mar (2023), Conectados por error (2024), Un mensaje por error (2025), Un error perfecto (2025), Un error con patas (2026), Prohibido besar al villano (2026).